

Todos perros de mi vida

ELIZABETH VON ARNIM

Primera parte

Para empezar, les diré que aun apreciando mucho a mis padres, mis maridos, mis hijos, mis amantes y mis amigos, ninguno de ellos es capaz de ofrecer el amor con que te obsequia un perro. Como yo también he sido madre, hija, esposa, amante y amiga, sé muy bien cuán tornadizos son los amores humanos. Los perros, en cambio, están libres de esos vaivenes del sentimiento. Cuando un perro te ama, eso es para siempre, hasta su último ladrido.

Así es como me gusta ser amada, y por eso hablaré de perros.

§

Hasta la fecha he tenido catorce, aunque no estuvieron repartidos de manera regular a lo largo de mi vida, y hubo un período de bastantes años en que no tuve ninguno. Esto, cuando comencé a reflexionar sobre mis perros, me resultó sorprendente; es decir, que durante años y años no tuviera ninguno. ¿En qué estaría pensando —me pregunté—, para permitirme una vida sin perros? ¿Cómo es posible que hubiera períodos tan largos en los que no me dedicué a hacer feliz a ningún buen perro?

Así pues, a fin de responder a estas preguntas, en los últimos tiempos he mirado hacia atrás y he rescatado momentos del pasado que me han hecho descubrir que la razón fue mi padre. Hubo también razones más recientes que detallaré a continuación, pero él fue la primera. No le gustaban los perros. Hombre justo pero irritable, dotado de paciencia insuficiente, el ruido lo sacaba de sus casillas con facilidad, y los perros suelen ser ruidosos. En consecuencia, no los toleraba a menos que estuvieran en el jardín de atrás, encadenados, pobres animalitos, a la espera de disuadir al ladrón que nunca apareció. Y si, por azar, una visita se presentaba en casa con un perro y este hacía lo que tal vez no debería haber hecho, como roer la alfombra, saltar y ladrar o, lo peor de todo, mostrarse poco contenido, mi padre, decidido a no perder jamás la compostura, se quedaba allí de pie, celebrando su comportamiento con tal sarcasmo, aplaudiendo con tal lentitud y diciendo con afabilidad forzada cosas tales como «Perrito bueno», «Buen chico», o «Espléndido muchacho», que la visita no volvía a repetirse.

A mi madre también le traían sin cuidado, o como era una mujer encantadora y llevaba una vida demasiado feliz y satisfecha para que algo le trajera sin cuidado, más bien debería decirse que simplemente ignoraba su existencia. Parecía no darse cuenta de que estaban en el mundo, respirando el mismo aire que ella, correteando con sus patitas a su alrededor hasta el momento inevitable de la muerte, de modo que dudo mucho que alguna

vez se inclinara para acariciarle la cabeza a un perro.

El hecho es que era demasiado hermosa y estaba demasiado ocupada con sus admiradores para disponer de tiempo libre que le permitiera reparar en sus compañeros de viaje de más de dos patas. Criatura adorable y feliz, se pasó la vida canturreando, siempre rodeada de amigos y admiradores, y nunca dio muestras de encontrarse a una distancia corta de esa soledad secreta, de esa necesidad de algo más que los humanos no alcanzan a proporcionar, de ese anhelo de profunda devoción y lealtad que halla en los perros su máxima expresión. Para ella no significaban nada. En lo concerniente a los canes, su mente, por lo demás bastante imaginativa, se quedaba en blanco. Y como los padres eran para mí, como hija, la máxima autoridad, tenían la última palabra. Yo veneraba y temía a mi padre y adoraba a mi madre, su actitud acerca de todas las cosas era la mía y lo que ellos pensaban no solo lo pensaba también yo, sino que lo defendía con pasión.

Por consiguiente los perros fueron descartados de la categoría de las pertenencias que, de otro modo, me habría gustado tener. Aunque, ahora que pienso en ello, recuerdo, sorprendida, que una vez, siendo yo muy pequeña, me regalaron un perro y dejaron que me quedara con él.

Perro I

Bijou

Durante un breve período de tiempo, es decir, el tiempo que un joven rico invirtió en cortejar y casarse con mi hermana, dejaron que me quedara con un perro, pues en el fervor previo al matrimonio aquel joven se dedicó a colmar de regalos a los parientes cercanos de su amada, y a mí me tocó un can.

No hay nada que explique por qué aquel perro fue aceptado en el círculo familiar, salvo que el ambiente general en casa durante aquellos días era de excelente disposición y gran permisividad, pues el pretendiente era deseable, y mi hermana, feliz. Además, es probable que mi padre tan solo estuviera aguardando el momento oportuno, a sabiendas de que tras la boda y la partida del novio todos aquellos regalos podrían ser seleccionados y colocados en el lugar que se les asignase. De cualquier modo, no recuerdo que mi regalo durara mucho más allá del día de la boda, y como yo tenía tan solo cinco años —que no es precisamente la mejor edad para asumir el cuidado y las atenciones que un perro necesita— cabe suponer que nadie se opuso a que fuera regalado. Su estancia en casa fue breve y su aparición y desaparición tan repentinas, que si no fuera por la fotografía que nos hicieron juntos —aquí está—, tengo la impresión de que ni siquiera recordaría que existió.

Pero lo recuerdo. Sé que se llamaba Bijou y que fue el primer perro que tuve. También sé que en aquel momento era una chiquilla tan frívola, tan poco capacitada —si es que lo estaba en alguna medida— para valorar las cosas importantes, que, en realidad, el día de la fotografía estaba mucho más interesada en mis nuevas botas amarillas con borlas que en el animalito moteado que descansaba a mis pies con actitud obediente y solemne. Cuánto he aprendido desde entonces. Cuánto conocimiento he adquirido en lo que a perros se refiere.



Así pues, Bijou fue el primero: una presencia vaga y menuda, perdida ya en la noche de los tiempos. Entre él y el segundo perro hubo un abismo de nueve años durante el cual tuve que subsistir a base de gatos. Mi padre, por fortuna, era un amante de los gatos, de modo que en casa siempre hubo algún ser vivo al que no solo no le importaba que lo acariciaran y le hicieran suaves cosquillas, sino que disfrutaba con ello. Yo era la menor de mis hermanos y cuando me quedé sola en casa fui confiada a una mademoiselle cuya labor consistía en educarme y asegurarse de que me lavaba las orejas. No se le pueden hacer cosquillas a una mademoiselle. No se puede esperar que se tumbe de espaldas y se deje acariciar la panza. Además, tampoco me apetecía hacerlo. Por lo tanto, los gatos me resultaron útiles y decidí concentrarme en ellos.

No obstante, concentrarse en los gatos resulta bastante desalentador. Siempre se espera de ellos alguna respuesta y cuesta mucho obtenerla. Altaneros y distantes, sumidos a todas horas en una meditación lejana y misteriosa, se limitan a dejarse adorar sin ofrecer casi nada a cambio. Solo ronroneos. Debo admitir que los ronroneos son encantadores y que hubo un tiempo en el que me habría gustado ser capaz de ronronear como ellos, pero no bastan para saciar la necesidad que el corazón humano tiene de llenar su vacío. A efectos prácticos, siendo como era en aquel momento hija única, estando mis padres absortos en sus intereses particulares y mi mademoiselle al otro lado de la barrera levantada por el francés, la mayor parte del tiempo me sentía extraordinariamente vacía. Además, qué frialdad, qué desaire, eso de llamar a alguien y obtener tan solo una mirada a modo de respuesta. No había halagos que lograran incitar a aquellos gatos si no estaban de humor, y cuando llamamos a alguien, esperamos que ese alguien acuda. Y no solo eso, esperamos que acuda con entusiasmo, dispuesto a lo que sea. Lo que queremos, en definitiva, es una pareja de juegos, un compañero, un amigo. Lo que queremos, de hecho, es un perro.

Perro II Bildad

Tuve un perro. Otro. El número dos. Aunque hube de esperar a cumplir los catorce y pasar nueve largos años con gatos de pura cepa.

Mi padre estaba ocupado viajando por el mundo, actividad que parecía agradarle, puesto que la llevó a cabo en dos ocasiones según mis recuerdos, y en el mismo instante en que salía por la puerta, en casa se instalaba la calma. Resulta curioso lo dichosa que se tornaba la vida, y espaciosa: qué amplitud de márgenes adquiría cuando mi padre no estaba. Por lo que a mí respecta, en lugar de inquietarme, me sentía despreocupada; en lugar de ser cautelosa y obediente, aparcaba la cautela y no hacía caso de nada, ni siquiera del entrecejo fruncido de mademoiselle. De modo que cuando mi hermana, que llevaba años casada pero aún se mostraba benevolente conmigo, me ofreció un perro, cerré el trato de inmediato, sin preguntarle a mi madre si podía aceptarlo.

Mi madre, dulce, benévola y complaciente, tan hermosa y tan querida ella, se rió, me besó y me dijo: «Está bien, cariño», como si yo hubiera implorado su permiso, porque sabía que mi padre se encontraba lejos y no volvería a poner los pies en casa hasta pasados seis meses por lo menos, de modo que en aquel amplio período de tiempo yo tuve cuanto pedía, y ella se reía y me besaba, y para guardar las apariencias decía: «Está bien, cariño», como si yo hubiera preguntado.

Aquel perro, el segundo, se llamaba Bildad. No tengo ninguna fotografía de él, pues nadie lo consideró lo suficientemente importante para ser digno de ella. Era un pomerania pequeño de color beige, un poco más alto que un zapato. Un pomerania muy profético, ahora me doy cuenta, ya que el destino habría de llevarme a Pomerania donde viví durante años. Fui yo quien lo bauticé con el nombre de Bildad, pues en aquellos tiempos era una estudiante aplicada de la Biblia. Un día, cuando mis tías Charl y Jessie vinieron con sus sombreros metidos en unas sombrereras que se abrían cual ostras forzadas por pescadores, y me preguntaron «¿Y por qué Bildad?», les respondí que porque tenía la altura de un zapato.¹ Como ellas seguían preguntando, las remití tajantemente al Libro de Job, capítulo dos, versículo once.

Una niña de actitud censurable. Una niña lenguaraz e insoportable. Mis tías, mujeres benévolas e indulgentes, se limitaron a mirarse la una a la otra y a comentar, como habrían hecho ya unas cien veces, que yo era una criatura de lo más peculiar.

Con Bildad no pude ser más feliz. A diferencia de Bijou, supuso todo un acontecimiento en mi vida. Lo quise a conciencia y no me cabía ninguna duda de que era el más hermoso de su raza; aunque sabiendo lo que sé ahora me doy cuenta de que no era gran cosa. Un pomerania nunca lo es. Por no ser, un pomerania ni siquiera es de Pomerania, pues cuando años más tarde estuve viviendo allí mantuve los ojos bien abiertos y jamás vi a un perro que ni por asomo se pareciera a Bildad.

De todos modos, cuando él llegó a mi vida, Pomerania era aún un lugar muy lejano para mí. Durante años, fue el único vínculo que tuve con aquel lugar. Ni siquiera sabía dónde se encontraba, y me atrevería a afirmar que mi mademoiselle tampoco lo sabía. Esta, que ponía tanto celo en mi educación como yo en dejarme educar, tenía la costumbre, del todo admirable a mi modo de ver, de elegir una página de ejercicios de digitación para que practicara al piano y otra de verbos franceses o declinaciones latinas para que las

memorizara, y yo me quedaba a solas con Bildad. Ella se retiraba a su habitación, de donde no salía hasta la hora del almuerzo.

Un error, eso de dejarme a solas con Bildad. De haberme quedado completamente sola es probable que hubiera mantenido una actitud virtuosa, pero con un cómplice tan afectuoso resultaba imposible. En cuanto oíamos que se cerraba la puerta de su habitación, Bildad y yo corríamos al jardín, huyendo de pianos, verbos y declinaciones, para revolcarnos sin moderación sobre la hierba. Sabía que mi mademoiselle no regresaría al piso inferior hasta que sonara la campana, así que reservaba los últimos veinte minutos para el estudio y dejaba los ejercicios de digitación para el final, de modo que me encontrara sentada al piano, con mis coletitas vibrando al ritmo con diligencia, sin que nada delatara que habíamos tenido tiempo de sobra para corretear.

¡Qué bien lo pasábamos! Revolcándonos una y otra vez, persiguiéndonos el uno al otro entre los arbustos, lanzando piedras para luego correr en su busca, y todo en absoluto silencio, pues Bildad sabía tan bien como yo que un ladrido habría resultado fatal. Y cuando nos cansábamos o él decidía atender un asunto en particular, yo paseaba junto a las lilas al tiempo que me decía: «¡Ah! ¿Conoceré algún día el amor? ¡Ah! ¿Lo conoceré?». Como en aquel momento no tenía ningún amor, pensaba a menudo e intensamente en amantes.

§

Un día mi padre regresó. La primera carta que abrió fue una factura de Marshall and Snelgrove, colocada por error entre su correspondencia, por valor de cien libras solo en lazos.

Aquello empañó su vuelta a casa. Él ni siquiera sabía que pudiera haber tantos lazos en el mundo, y que se hubieran empleado metros y metros de cinta en adornar a una joven esposa provocó en él un estado de total incredulidad.

Nosotros pululábamos por allí con cautela, tratando en todo momento de pasar inadvertidos. Con nosotros me refiero a mi Bildad, a mi mademoiselle y a mí misma, si bien incluso la audaz compradora de lazos anduvo un tiempo con pies de plomo. Sin embargo, ella tenía tal habilidad en lo tocante a maridos, o más bien en lo tocante a los hombres en general, que si bien es cierto que durante unos días respiramos un ambiente cargado, se las arregló para que se diluyese mucho antes de lo que lo habría logrado cualquier otra esposa.

Por desgracia, Bildad también tuvo que diluirse. Porque si bien mi padre fue incapaz de resistirse durante mucho tiempo a las maneras dulces y a las carantoñas de mi madre, no le sucedió lo mismo con Bildad. De nada le sirvió al pobre perro azotar la alfombra con el rabo cada vez que notaba una mirada de severidad. ¿Acaso no sabía —me preguntó mi padre, con sus ojos azules encendidos, mientras Bildad corría a esconderse debajo de la mesa más cercana— que no se podían tener perros en casa? ¿No sabía que tampoco podían estar en el jardín, ni a una distancia de él inferior a un kilómetro a la redonda? ¿Tendría yo la bondad de explicarle cómo era posible que cuando él no estaba en casa para mantener el orden, el orden desaparecía?

Permanecí de pie ante él, temblando, sin atreverme a pronunciar una palabra, pues era el tipo de padres, frecuente en la época, a los que no se les replicaba. Además, ¿qué podía saber yo del orden, o de por qué no se mantenía? Tengo la impresión de que si me lo preguntó a mí fue porque no quería preguntárselo a mi madre, ya que, aunque él sabía tan

bien como yo que era a ella a quien debía dirigirle aquellas preguntas, cabía la posibilidad de que las zalamerías cesaran durante un tiempo. Ya entonces me daba cuenta yo de que sus muestras de cariño o la falta de ellas eran determinantes para la paz familiar.

Así las cosas, se llevaron a Bildad —igual que a Bijou—, a un buen hogar, según me aseguró mi madre, mientras me secaba las lágrimas con sus besos. Sin embargo, nunca acabé de creérmelo, pues de haber sido así, de haberlo sacado sus dueños a pasear como correspondía, ¿no me lo habría encontrado, tarde o temprano, cuando mi mademoiselle me sacaba a mí a pasear?

Y eso jamás sucedió.

§

Sin embargo, no le guardé rencor a mi padre. El rencor hacia un padre era algo que en aquella época cabía en la cabeza de muy pocos. Los niños los respetaban en todo, incluso en su modo de pensar. Los padres ordenaban y los niños obedecían. Lo que los padres hacían estaba bien hecho y no se cuestionaba, de modo que tenía tan pocos motivos para quejarme por la pérdida de Bildad como por un día de lluvia. Y cuando crecí y comencé a entenderlo mejor, una vez casada y fuera de casa, cuando lo libré de la responsabilidad que avinagraba su alma irritable y seria, el miedo que le tenía se evaporó y hubo lugar para el amor. Del respeto y el miedo pasé al respeto y el amor. Siempre lo había respetado, durante toda mi vida fue el ideal de hombre recto que hace lo que debe con justicia y se muestra humilde ante su Dios, pero con el paso del tiempo aprendí también a quererlo con un amor profundo. Al final lo quise incluso más que a mi madre, si eso era posible, y cada vez que podía escapar de Pomerania disfrutaba de su compañía y de las conversaciones que manteníamos. Así pues, terminamos en paz, amándonos el uno al otro de corazón.

Durante los últimos años, cuando todos los que habían sido la causa de sus tribulaciones estaban muertos o se habían alejado de él, y mi madre, superada ya la etapa de los lazos, acostumbraba a permanecer a su lado y a sentarse junto a él a tomar el sol, formaban la pareja de supervivientes más encantadora que se pueda imaginar. Y si bien los perros seguían sin gustarles, por aquel entonces yo ya me había sosegado y había llegado a entender que no se puede esperar que a todo el mundo les gusten las mismas cosas.

Salvo por ese detalle, me parecían perfectos. Ninguna anciana era tan hermosa, tan alegre, tan llena de vida y de risas como mi madre, y ningún anciano gozaba de mayor sensatez que su venerable compañero. Atrás quedaron sus pequeños conflictos —supongo que los hubo, y no pocos, debido a los admiradores que ella tenía, a aquellas personas para cuyo deleite la factura de Marshall and Snelgrove había crecido con desmesura— y atrás quedaron también los hijos que tanto lo habían exasperado. Mi padre era un hombre que no debería haber tenido hijos, al menos no hijos pequeños. El llanto de los recién nacidos lo enloquecía. No le gustaban las niñas, que entraban corriendo del jardín sin limpiarse las suelas de los zapatos. Tener que contratar a una mademoiselle y aguantarla durante lo que a él debió de parecerle una eternidad tampoco lo colmó de felicidad. En cuanto a las facturas, las numerosas facturas de botas, médicos, dentistas, vacaciones, chubasqueros y paraguas, de las múltiples fruslerías en las que se va el dinero cuando se tiene una familia, mi padre, un hombre en extremo austero cuando tenía posibles y que se volvió generoso cuando los bancos quebraron y empobreció, las detestaba con todas sus fuerzas.

Llegaron días oscuros. Dadas mis inclinaciones bíblicas, en aquellos momentos mi

instinto me inducía a invocar a las montañas para pedirles cobijo, pero me abstuve porque sabía que no me harían caso. Atormentada por mi irreverencia, en el fondo creía que las montañas eran como los gatos: por mucho que las llamara, no se moverían. ¿Cómo era posible que la Biblia —solía preguntarme, con todo el respeto del que era capaz— se atreviera a sugerir lo contrario? Preocupada, me entregué a urdir excusas y llegué a la conclusión de que, tal vez, la geología no fuera lo suyo.

Pero pasaron los años y los hijos se marcharon o alguien se los llevó —como en mi caso—, y las facturas que había que pagar ya no eran de botas, sino de bulbos. Nadie que ame su jardín como lo amaba mi padre pondría reparos a la hora de pagar bulbos; a poca gente, en cambio, le gusta pagar las botas de los demás. Así pues, los nubarrones, tan dados a formarse sobre los núcleos familiares extensos, comenzaron a disiparse al mismo ritmo que lo hacían los hijos, y mi padre, tras haber superado todas las pruebas, se entregó a la vida serena y sin perturbaciones entre los rosales, esperando plácidamente la llegada de la muerte.

De no ser por su pulcritud, podría haber pasado con facilidad por uno de los profetas de antaño, con aquella barba blanquecina y aquella cabeza calva y abombada. Jamás conocí a un hombre que se aseara con mayor meticulosidad y esmero que mi padre. Todas las mañanas invertía un cuarto de hora en cepillarse la barba, ataviado con el batín de seda rojo tomate que había traído de Japón años atrás, mientras recorría el vestidor de un lado al otro. Y esa misma dedicación ponía en todo lo demás. En su vejez fue un hombre tan pulcro por dentro como por fuera, liberado de todas sus preocupaciones, supo preservar su benevolencia y su buena voluntad. Cuando las tribulaciones dejaron de atormentarlo tuvo ocasión de ser como habría sido siempre si lo hubieran dejado: un hombre justo en estado de perfección. Me encanta recordarlo en sus últimos años, un superviviente que, tras muchos embates, por fin alcanzó la serenidad, bendecido con la compañía de la mujercita feliz que era mi madre; una mujer que solo quería estar donde estaba él y cuya presencia en una habitación bastaba para desatar el trino de los pájaros.

Sin embargo, hasta el fin de sus días siguieron empeñados en no querer saber nada de perros.

Perro III Cornelia

El tercer perro que tuve fue Cornelia, una teckel de lomo negro y cuerpo marrón que solo entendía alemán. Ella me enseñó las primeras palabras en alemán: *couche* —que pese a no sonar muy alemán, lo es—, *schönmachen* y *pfui*. La última de estas tres palabras me fue, a la larga, de gran utilidad. Con el tiempo fui descubriendo que, en Pomerania, casi todos los problemas domésticos podían solucionarse gritando *pfui* a sirvientes recalcitrantes, negligentes o torpes.

Cornelia, empero, no sustituyó de inmediato a Bildad. Entre la partida de uno y la llegada de la otra se produjo un intervalo de tiempo que aproveché para madurar y casarme, o más bien para dejar que se casaran conmigo, puesto que yo no tuve demasiado que ver en el asunto; no puse nada de mi parte, quiero decir.

El hombre que se casó conmigo era alemán, por lo que no era de extrañar que la perra que me daba la bienvenida a las puertas de mi nuevo hogar también fuera alemana. En aquella época no teníamos nada en contra de los alemanes, de modo que mis padres

fueron testigos de mi cambio de nacionalidad sin apenas pestañear. Lo conocí durante un viaje con mi padre por Italia, y él, un hombre que sabía lo que quería, parece que nada más verme estimó que yo sería una buena pomerana, aunque en aquel momento no lo mencionó.

No obstante, no tardó mucho en sacar el tema. Tres días más tarde, mientras me seguía, jadeante —como tantos otros alemanes de la época que ya habían dejado atrás la juventud, no era esbelto—, por las escaleras del *campanile* del *duomo* de Florencia, adonde me había llevado para mostrarme las vistas, se dirigió a mí con las siguientes palabras: «A todas las jóvenes les gusta el amor. Es muy agradable. A ti también te gustará. Cásate conmigo y ya verás». Y una vez en lo alto de las escaleras, me dio un abrazo repentino y voluminoso.

Recuerdo que opuse resistencia. Los abrazos eran algo del todo nuevo para mí, y aquello no me gustó en lo más mínimo. El hecho de que cuando por fin me liberó, me dijera que aquello no era más que el principio, en lugar de tranquilizarme, me alarmó.

Sin embargo, no había nada de alarmante en el anillo que se sacó del bolsillo y me colocó en el dedo, cerrando con ello el trato, lira un precioso anillo de zafiros y diamantes que había pertenecido a su primera esposa —ya había estado casado una vez—, y sentir que ahora era mío me llenó de felicidad. También me encantó la importancia que, de súbito, adquirí para mi familia. Hasta entonces no había sido nadie, por lo que sentir de repente que era alguien, incluso sentir por momentos que solo existía yo, debo admitirlo, fue muy gratificante.

A partir de ese momento, comenzó a llevarse a cabo sin dilación cuanto pudiera considerarse susceptible de causarme placer o beneficio. «La muchacha debe comer», decía mi prometido, infinitamente mayor que yo, cada vez que, paseando, pasábamos frente a una pastelería y yo soltaba un suspiro anhelante.

Pronto aprendí a dirigir la nariz hacia el lugar donde había algo que me apetecía comer, y mi padre, que nunca había sido partidario de dejarnos picotear entre horas, se vio de repente obligado a llevarme al lugar del que procedía el olor y observarme con los labios fruncidos mientras yo, no sin gula, engullía un pastel detrás de otro.

«La muchacha debe ir a Bayreuth», anunció mi prometido al descubrir que adoraba la música. Y, en efecto, cuando llegó julio, mi padre, que la detestaba, se encontró acudiendo a la ópera.

«La muchacha debe tener un perro», fue el anuncio que siguió al de Bayreuth, estando todavía en Florencia, después de que yo hubiera mostrado un violento interés por un cachorro que había visto por la calle. Según lo previsto, llegó un perro, un regalo de mi prometido, y a mi padre le tocó fingir que dejaría que me quedara con él.



Pero en el mismo instante en que el donante nos dejó para regresar a Pomerania a encargarse de las enormes extensiones de centeno que tiempo más tarde me resultarían tan familiares —*Animus tuus ego*, le aconsejé cuando partía, entrelazando apresuradamente las migajas del latín de mi mademoiselle que estaban esparcidas por mi cabeza, con un resultado excelente—, en ese mismo instante, su regalo regresó al lugar donde había sido adquirido. Mi padre se mostró inflexible. Yo ya sabía que cargar con un perro por trenes y hoteles sería difícil, de modo que me despedí de él con obediencia filial sin haber tenido tiempo siquiera de acostumbrarme a su nombre, motivo por el que ahora soy incapaz de recordarlo.

Tras el compromiso llegó la boda y mi traslado a Pomerania, donde frente a las escaleras de esta lejana y bonita casa antigua, en la que habría de pasar tantos años felices, me esperaba Cornelia.

§

Enseguida surgió el amor. Amor a primera vista. También ella había pertenecido a la primera esposa, el rastro de la cual estaba por todas partes. Mi opinión acerca de las primeras esposas, ya de por sí elevada gracias al anillo, ascendió hasta las nubes cuando vi a Cornelia. Mucho, muchísimo mejor que cualquier anillo era aquella bendición de perro de carrocería a ras de suelo. Gimoteó a mi alrededor, encantada al reconocer en mí a alguien que, por fin, se convertiría en su compañera de juegos y en su amiga. Su cuerpo entero se agitó en un gesto de bienvenida. Lució todos sus encantos. Hizo todos los trucos. Se echó de espaldas para mostrarme su hermosa barriga...

«No beses a la perra —nos interrumpió mi esposo—. Los perros no se besan. Cuando tengas que besar, dispón de mí con libertad.»

Así hablaba siempre. Con máximas que yo escuchaba con cierto respeto divertido, con el oído aguzado y la cabeza ladeada. Desde el primer momento supe disfrutar y valorar aquellas máximas.

§

Durante el primer año de mi matrimonio, Cornelia y yo lo éramos todo la una para la otra. Solas todo el día desde después del desayuno hasta la caída de la tarde, pues mi marido salía a inspeccionar las granjas que quedaban más lejos y no regresaba hasta la noche, de modo que si quería hablar con alguien, tenía que hacerlo con Cornelia.

Como los perros son excelentes lingüistas, pronto aprendió inglés, mucho antes de que yo aprendiera alemán, así que nos entendíamos de maravilla, y *couche*, *schönmachen* y *pfui* siguieron siendo durante mucho tiempo las únicas palabras de mi vocabulario.

Por fortuna nos gustaban las mismas actividades. Ella solo quería estar fuera, al sol, igual que yo. Las expediciones a los bosques cercanos pronto se convirtieron en parte de nuestra rutina diaria, y en cuanto mi marido se subía al carro y doblaba el primer recodo dando bandazos, nosotras salíamos corriendo en dirección contraria, tan rápido como podíamos, como si quisiéramos escabullimos, con la intención de mantenernos bien alejadas del alcance y la vista de los sirvientes.

Aquellos sirvientes, según me pareció observar, tenían una sed insaciable de recibir órdenes. Cuando me encontraba en la casa me seguían por todas partes haciéndome preguntas ininteligibles. A menudo me sentía tentada de ordenarles *couche*. Estaba

convencida de que si al oír la palabra mágica se tumbaran boca arriba y estiraran las piernas, todos seríamos bastante más felices. Tenían mucho que aprender de Cornelia. Creo, por ejemplo, que yo habría sido arcilla en sus manos si en lugar de abordarme con gesto ofendido se hubieran limitado a sentarse y suplicar.

Había una empleada gorda y menuda conocida como la *Kalte Mamzell*, cuya única ocupación eran las salchichas y el chucrut —y todos los productos fríos que consumíamos en invierno y que se almacenaban en una alacena destinada a ellos en exclusiva—, que habría estado irresistible sentada y suplicando, me dije, mientras me abría camino hacia la puerta más próxima seguida de cerca por Cornelia. ¿Por qué no lo hacía? Es probable que, atónita por el espectáculo, me animara incluso a darle una orden. Aunque para librarme del sentimiento de culpa por eludir mis responsabilidades, por comportarme como una *Hausfrau* huidiza, también me decía que, al fin y al cabo, no se podía esperar que alguien como yo, alguien que se había pasado toda la vida recibiendo órdenes, cambiara de repente y comenzara a darlas. Algo así no se consigue de la noche a la mañana. Hay que hacerse a la idea. Tan solo seis meses antes, mi mademoiselle me llamaba *petite sotte* y me mandaba que subiera a lavarme. ¿Cómo podía alguien acostumbrado a eso cambiar de un día para otro, convertirse en una persona altanera y empezar a dictar órdenes a gente que manifiestamente le doblaba la edad?

Convencida de que una servidora no podía, me escapaba al aire libre; una vez allí, una vez a salvo, ¡qué felices éramos Cornelia y yo! Retozábamos juntas por los campos, libres de miradas de reproche, riendo y hablando —juro que ella también reía y hablaba—, hasta la fronda del bosque más cercano. El mundo entero se abría ante nosotras, y mis bolsillos estaban a reventar de galletas y huesos que, una vez repartidos, nos servían de almuerzo. ¿Podía haber algo más perfecto? Nada allí fuera se molestaba por lo que hiciéramos. Nadie pretendía que le dieran órdenes. Al viento de marzo que me alborotaba la falda y hacía que las orejas de Cornelia quedaran escondidas detrás de su cabeza le importaba un bledo que yo fuera una *Hausfrau* a la fuga. Cuando por fin llegábamos al bosque, aquellos bosques de luz cegadora y abedules plateados, libres de arbustos que pudieran oscurecerlos, nos daban la bienvenida con su belleza, como si yo fuera tan digna de disfrutarla como cualquier otra persona. Era una belleza lánguida, bañada por un sol también lánguido; la belleza del invierno que se agota, de ramas peladas salvo por algún que otro brote de acebo. Sin embargo, debajo de las ramas asomaban las primeras señales de la primavera, pues, escondidas entre la hojarasca, en grupos, en montones, en riachuelos y en algunos lugares también en lagos, las hepáticas comenzaban a cubrir el suelo con su azul celestial.

Me sentaba satisfecha en algún tocón, mordisqueaba las galletas y me fijaba en cuanto me rodeaba, mientras Cornelia, igualmente satisfecha pero por motivos distintos, se entretenía cavando hoyos y escondiendo en ellos los huesos de su almuerzo. Y recuerdo que a menudo me preguntaba si habría alguien en el mundo más feliz que yo. En aquellos momentos no podía quejarme de lo que me había tocado en suerte. El sol calentaba, la primavera estaba a la vuelta de la esquina, tenía un marido bueno y permisivo que pasaba la mayor parte del tiempo en algún otro lugar, y no había un alma a la vista, exceptuando la presencia de un perro.

No le pedía nada más a la vida. Aún hoy sigo sin pedirle nada más. Por extraño que resulte —supongo que debe de ser extraño no volverse más exigente con el paso de la juventud a la madurez—, estas mismas cosas, el sol en la cara, la sensación de que la primavera está a punto de llegar y nadie a la vista salvo un perro, bastan aún hoy para

colmarme de felicidad. Qué sencillo. Y qué barato.

§

Por las tardes, una vez en casa tras una vuelta mucho más pausada que la ida, Cornelia y yo volvíamos a salir. Tomábamos el aire en un carruaje descubierto revestido de madera entretejida que tenía las ruedas rojas, un *Viersitzer* tirado por dos caballos robustos de pelaje hirsuto, que, a mi entender, parecían caballos de tiro. Lo conducía el viejo cochero de la familia, un hombre que en invierno tenía aspecto de limpiaplumas. Múltiples capas de ropa, una encima de la otra, llenas de prominentes flecos y volantes ocultaban su figura, de la que solo sobresalía, a modo de remate final, su anticuado pero no por ello menos impresionante sombrero de copa con escarapela.

No tardé en tomarle afecto. Era el hombre más afable y gentil del mundo, dotado de una paciencia inagotable hacia la persona de quien debió pensar con cierta frecuencia, al igual que mis tías Charl y Jessie, que era una criatura de lo más peculiar. Se llamaba Johann.

*Johann, Johann,
Du süsser Mann!*

Solía canturrear en voz baja, cuando ya era capaz de hacer pareados en alemán. *Frau Gräfin wünscht?*, decía él desde su cabina, volviendo la cabeza para mirarme sonriente.

«¿Qué pájaro es ese?», preguntaba yo entonces a fin de disimular mi bochorno.

«Eso —respondía él, después de haber escuchado sin demasiada atención un grito lejano, bien fuera el graznido de un halcón, de un águila o de un ganso silvestre—, eso —añadía, satisfecho por ser capaz de darme la información— es un pinzón.»

Pero aquello fue mucho más tarde, cuando ya sabía el alemán suficiente para formular preguntas. Antes de eso hicimos muchas salidas, a diario, puesto que los caballos tenían que hacer ejercicio. Reservados para mi uso personal, salir de paseo con aquel par se convirtió en una de mis obligaciones. Y no podía rehuirla, aun cuando en ocasiones me habría gustado, porque si la eludía aunque solo fuera una tarde, a la siguiente los animales daban coces sin cesar, y el *Viersitzer*, nuevecito en los setenta, época de máximo apogeo de la familia, ya no estaba para esos trotes. En tales ocasiones, tanto el carruaje como Cornelia, Johann y yo misma corríamos el riesgo de terminar descalabrados.

Fue esa una lección que no tardé en aprender. En consecuencia, salía diligente todos los días, tanto si me apetecía como si no. Los arreos tenían incrustaciones de pequeñas coronas de plata deslustradas y el sombrero y el látigo de Johann estaban decorados con escarapelas deshilachadas que lucían los colores de la familia: en ese estado de rancio esplendor —en la propiedad abundaba todo menos el dinero— nos entregábamos a hacer lo necesario para calmar a los caballos mientras explorábamos la parte del bosque que lindaba con el norte de nuestra propiedad.

El bosque era inmenso. Se extendía sin interrupción norte arriba hasta llegar a la costa del Báltico. Lo teníamos para nosotros solos. Sin que nadie nos viera, a excepción de los que Johann llamaba pinzones, recorríamos el paisaje sin que ningún ojo humano se posara sobre las capas, las coronas y las escarapelas. En aquel pasado que yo, a mi edad, sentía tan remoto, esos objetos habían sido nuevos y Johann había ido de punta en blanco,

reflejo del esplendor del que en otros tiempos había disfrutado la familia. Y cuando, tras alcanzar el punto culminante, ese esplendor se desvaneció, dejó tras de sí un reguero de desechos ajados que, al parecer, habían de ser aprovechados por una jovencita extranjera y una pequeña teckel autóctona. Tampoco las capas de Johann habían sido renovadas desde los años setenta, de modo que, sentada detrás de él, cuando el aire se colaba entre sus voluminosos pliegues, me llegaba el intenso olor a alcanfor entre el que habían sido guardadas a lo largo de innumerables veranos. Atrás quedaban los tiempos en que lo normal era estrenar capa nueva todos los inviernos. Había llegado la época de penurias, de mantenerse a flote a toda costa, de conservar. Al menos así lo creía mi marido, pero eso se debía al infortunio de tener un pasado con el que comparar. Yo, que apenas tenía pasado pero sí una familia que nunca se había caído de ningún pedestal, pues no había pedestal alguno del que caerse, opinaba que aquellos eran tiempos dichosos. Además, a mí me gustaba el alcanfor.

§

Una vez adentrados en el bosque lo suficiente para perder de vista la última de nuestras granjas, Cornelia y yo solíamos bajar y dar un paseo, ella siempre a mi lado, avanzando despacio con sus diminutas pezuñas almohadilladas que se hundían en la tierra sin hacer ruido, mientras el carruaje nos seguía a una distancia respetuosa, pues en Pomerania todo era respetuoso, incluso las distancias. Yo no lograba evitar sentirme abrumada por la cantidad de respeto mostrado hacia mi persona, que hasta hacía tan poco no había sido más que una *petite sothe*, de la mañana a la noche.

Siempre caminábamos hacia el norte y por mucho que nos alejáramos nunca llegamos al punto en que los árboles clareaban y empezaba el mar. Tampoco nos cruzamos jamás con un alma pues, como ya me habían informado, no había ninguna. No en el bosque. No a menos de dieciocho kilómetros al noreste, donde vivía el guarda forestal.

¡Qué maravillosa me parecía aquella seguridad, la deliciosa seguridad de saber que nadie repararía en mí, que nadie me vería! Y no era solo que el bosque estuviera vacío de seres humanos, sino que el vecino que teníamos más cerca, al otro lado del mar de extensas llanuras y campos de centeno, se encontraba a dieciséis kilómetros de un sendero lleno de baches casi infranqueable. Me refiero al único vecino de nuestra misma clase, es decir, un *hochgeboren*. Había otros vecinos mucho más cerca, algunos a poco más de tres kilómetros de distancia y eran mucho más accesibles porque vivían junto a la carretera principal, pero esos no contaban por ser *wohlgeboren*. En lo concerniente a las relaciones sociales, los *wohlgeboren* no nos resultaban de ninguna utilidad. Si los *hochgeboren* se encontraban con ellos en el tren o en cualquier otro espacio público, se comportaban, por supuesto, con cortesía, a menudo con una cortesía apabullante, pero no los invitaban a cenar. Y como yo me había convertido en una *hochgeboren*, si bien mediante un proceso del que no se me podía responsabilizar, me vi en la inmediata y acuciante obligación de aprender y practicar el ardid de la cortesía con el cuidado suficiente para no verme envuelta en algo demasiado comprometedor, como una comida.

Fue muy difícil. Me llevó años, muchos más que hablar alemán. Pero una vez aprendido, me resultó igual de difícil de desaprenderlo. ¡Cielo santo, cómo se pegaba! Por ejemplo, cuando años más tarde enviudé y regresé a Inglaterra, me pasé un buen período de tiempo sorprendiendo a mis amistades con la cortesía extrema que empleaba para indicarles que podían sentarse aunque ya lo estuvieran haciendo.

Cuando al fin comencé a darme cuenta de lo atrapada que estaba en la red de

normas de comportamiento, reparé por primera vez en la magnífica libertad de los perros. Había querido a Bildad y quería a Cornelia con toda mi alma —Bijou quedaba demasiado lejos—, pero ahora, además, los envidiaba. Nadie esperaba nada de los perros. Si hacían algo que a nuestro modo de ver no estuviera del todo bien, se achacaba a su condición de perros y no se volvía a pensar en ello. Qué maravilloso verlos por las mañanas, solía decirme con la mirada de envidia puesta en Cornelia, verlos saltar de sus cestas y, con una simple sacudida estar listos para el nuevo día, mientras que yo tenía que soportar las más fastidiosas sesiones de lavado, peinado y anudado de prendas antes de que una doncella alemana, con cuya presencia impedía que me saltara alguno de los pasos, considerara que estaba presentable. Qué maravilloso verlos a la hora de la comida, engullendo lo que se les daba y listo, mientras que yo, sentada a la mesa con solemnidad, tenía que esperar, por mucha hambre o deseo que sintiera, a que un grupo de sirvientes con guantes blancos — mucha corona en los botones pero todos remendados, primos hermanos de los guantes viejos que llevaba Johann— me sirvieran los platos a su debido tiempo. Y lo más envidiable, ver que, ante un gesto de desaprobación lo arreglaban todo poniéndose a dos patas y rogando, o meneando el rabo para pedir perdón.

Si tuviera la suerte, la enorme suerte de tener rabo también yo —solía decirme cada vez que, siempre de manera misteriosa, siempre sin alcanzar a descifrar el cómo ni el porqué, ofendía a la frau *Direktor*, o a la frau *Inspektor*, o a la frau *Vieharzt*, o a cualquiera de las numerosas frau que parecían infestar el lugar—, ¡con qué brío lo menearía! Tan angustiada me sentí al cabo de un tiempo, cuando por fin hube aprendido que comportarme de acuerdo con las normas era, simplemente, una obligación, a menos que quisiera manchar el nombre de todos los *hochgeboren* y, muy probablemente, además de tener que salir huyendo de Pomerania, tan angustiada, que de buena gana me habría hincado de rodillas y rogado durante horas si aquello hubiera servido para aplacar los ánimos de alguien.

Al final, no obstante, cuando ya me había aprendido de memoria la lección, la dulzura de mis modales era tal que había que verlo para creerlo. Y en cuanto supe hablar alemán con fluidez pude utilizar a placer las fórmulas de cortesía más elaboradas e intrincadas y poner el verbo en el lugar adecuado, al final, con algunas de ellas.

§

Por las mismas fechas en que tuve a mi primer hijo, Cornelia tuvo a los suyos, solo que en lugar de uno, ella tuvo seis. Era de suponer que le costaría seis veces más que a mí, que solo había tenido uno, recuperarse del parto, pero no fue así. Al cabo de una semana ya estaba en pie de un lado para otro, más animada que nunca, mientras que yo ni siquiera recuerdo las semanas que tardé en ponerme en pie y comenzar a ir de aquí para allá, y menos aún en estar más animada que nunca. Lo cierto es que no volví a sentirme más animada que nunca. Animada sí, pero no más que nunca. Cornelia acababa de perder para siempre a su compañera de juegos. Si quería divertirse, y a menudo quería, tenía que hacerlo sola. Yo me quedaba en casa, inclinada sobre las cunas en actitud de adoración. Con respecto a Cornelia había dejado de existir, había desaparecido tras una nube de bebés que crecía a ritmo constante. Ni siquiera me interesaban sus cachorros, absorta como estaba en otros cachorros que seguían apareciendo, año tras año, de Dios sabía dónde. Es más, estaba tan ocupada en recibir a aquellas multitudes, en atender a aquella prole de extraños sorprendentemente pequeños que se arremolinaban junto a mí, que llegué a olvidarme de ella. Se esfumó de mi mente. La parte de mí que la adoraba se quedó dormida. Y al

despertar, cuando los niños habían crecido y yo disponía de más tiempo libre para mirar a mi alrededor, al preguntar, con súbita preocupación: «¿Qué ha sido de Cornelia?», me dijeron que había muerto.

Entonces me sentí triste; triste y avergonzada. Qué desagradable sensación descubrir cuán egoísta, cuán indiferente hacia aquellos que un día fueron amigos podía volverse una mujer ensimismada en la vida familiar. Cornelia no se merecía que la excluyera, la desatendiera y la olvidara. Durante todo un año había sido mi leal compañera, la que acudía a mí en busca de diversión y felicidad, y casi la única fuente de mi alegría y mi felicidad. ¿Merecía, acaso, que en el mismo instante en que tuve a alguien más a quien amar la apartara de mi vida? Podría haberla sacado a pasear de vez en cuando, haber dejado que entrara a comer o haber acariciado sus sedosas orejas. Pero mi marido sentenció, en una de sus máximas, al poco de nacer mi primer hijo, el día que Cornelia abandonó a sus cachorros y vino a visitarme: «Los perros resultan fatales para los bebés», y al ser yo demasiado ignorante para cuestionar sus afirmaciones, lo creí a pie juntillas y permití que la ahuyentaran de mí. Ese fue el principio de su fin.

Perro IV Ingraban

Sería razonable asentar la premisa indiscutible de que si alguien no está dispuesto no solo a cuidar de un perro, sino también a quererlo, no debería tener ninguno. Y no puedes ocuparte de un perro ni quererlo como se merece si estás cuidando y queriendo a un montón de pequeñuelos. Sencillamente, no tienes tiempo.

Así pues, si en los años que siguieron no tuve ninguno no fue por respeto a la teoría de mi marido sobre lo fatales que eran para los niños, ya que después de darle vueltas y fijarme en la abundancia de niños sanos que había en los pueblos y la simultánea abundancia de perros, decidí descartarla. Si entre Cornelia e Ingraban hubo un vacío de diez años fue debido a la falta de tiempo. En aquel momento la primera tanda de niños ya iba a la escuela y la segunda aún no había empezado a aparecer, de modo que los perros volvieron a vagar por mis pensamientos.

Necesitaba un compañero. Mi marido continuaba partiendo a sus remotas granjas justo después de desayunar, y una vez terminado el pesaje de salchichas y el recuento de sábanas —en aquel momento ya había asumido y aceptado mis responsabilidades—, las mañanas se hacían muy largas. Necesitaba algo que requiriera ejercicio y me proporcionara una excusa para ir al bosque. Como todavía era joven —me costó un esfuerzo tremendo dejar atrás la juventud—, mi compañero no podía ser un hombre agradable en la flor de la vida como tal vez me hubiera gustado, ya que eso habría desatado las habladurías de frau *Direktor*, frau *Inspektor* y frau *Vieharzt*, sino algo que pudiera mantenerse fuera del alcance de la calumnia.

Y nada más alejado de la calumnia que un perro. En realidad, los perros parecen gozar de todos los privilegios y exenciones que merecen la pena. Ingraban y yo podíamos pasar juntos días enteros, y de noche podía dormir sobre una estera junto a mi cama sin que nadie dijera una palabra. Era un gran danés, una bestia enorme y encantadora de color *isabelle*. Se lo compré a un criador del pueblo más cercano, y formaba parte de una camada en la que todos tenían nombres que empezaban por «I». Pagué por él doscientos marcos y

me lo llevé a casa en el *Viersitzer*, agarrándolo del collar, entre triunfal y aterrada.

Die kleine Frau und der grosse Hund, fue la máxima de mi marido cuando, benevolente pero abstraído, pues no dejaba de pensar en su centeno, nos vio juntos por primera vez.

Con la espléndida presencia de Ingraban a mi lado podía ir a cualquier lugar, por lejano y solitario que fuera. Además de mi amigo era mi protector. En cuanto entró en mi vida las caminatas dejaron de entrañar peligros. Aquellos temores que, supongo, la mayoría de las mujeres sienten al adentrarse en territorios solitarios, me abandonaron de repente. Dejé de dar un respingo cada vez que oía el ruido de lo que me parecían pasos, dejé de detenerme y prestar atención con el corazón desbocado si algo se movía entre los arbustos. Ingraban se haría cargo de todo. Ingraban estaba preparado para hacerse cargo de lo que fuera, quedaba claro con solo mirarlo. Y aun así, qué cariñoso era conmigo y con los niños, qué considerado y qué amable. Con el tiempo descubrí que, además, era bastante más inteligente de lo que suelen serlo los grandes daneses, de modo que tuve mucha suerte. «El perro perfecto», pensé. Y una tarde, estando él sentado a mi lado en el *Viersitzer* durante una de aquellas salidas para que los caballos hicieran ejercicio, con su pose orgullosa y espléndida, atento pero inmóvil, bastante más alto que yo y casi tanto como Johann, reflexioné sobre su infinita superioridad con respecto a las otras tres criaturas de mi pasado, Bijou, Bildad y Cornelia. «A partir de ahora solo quiero perros grandes», me dije, desagradecida como solemos ser con el pasado cuando el presente resulta gratificante y sin saber aún lo muy estúpidos que algunos perros grandes pueden llegar a ser.

Las virtudes de Ingraban se veían empañadas por un único defecto: ante la visión de un ciervo no lograba controlarse. Los campos estaban llenos de gamos, criaturas pequeñas y elegantes con la cara del color del centeno maduro, tras el que se ocultaban para mirarnos, y él, que se había criado en los alrededores de un gran pueblo y no había visto ninguno hasta llegar a mí, los encontraba irresistibles.

Aquello habría de ser su perdición. Tal vez si no se hubieran movido de su sitio se habría salvado, pero cuando veían aparecer el *Viersitzer* se alejaban al galope y de inmediato, Ingraban, ajeno a las órdenes perentorias que yo le daba, se lanzaba en su persecución.

De lo más obediente en cualquier otra situación, en este punto era incorregible. Hice cuanto pude por remediarlo, no porque sospechara que eso iba a ser su perdición, sino porque, como buena esposa de agricultor, me parecía espantoso que pisoteara el centeno. *Animus tuus ego* era un mandamiento capital para nosotros, que vivíamos principalmente del centeno, de modo que le imploraba, lo reprendía y lo agarraba por el collar, pero él se zafaba sin apenas esfuerzo, y cuando por fin regresaba le daba una azotaina que me dañaba tremendamente la mano y que él apenas notaba. Y un día, tras salir corriendo a tanta velocidad que lo perdí de vista en un abrir y cerrar de ojos, oí un disparo lejano que no mató a ningún ciervo pero sí a Ingraban. Cuando lo encontramos estaba muerto, con un agujero sangrante en su hermoso y suave costado.

«¡Cómo ha podido! ¡Oh, cómo ha podido!», grité fuera de mí al tirador que lo miraba mientras encendía un cigarrillo.

Er jagte, se limitó a decir, con indiferencia.

¿Y por qué no habría de mostrar indiferencia? Ante sus ojos no había más que un cochero decrepito y una joven, a todas luces extranjera. Hombres viejos y mujeres. No iba a malgastar palabras, ni a ofrecernos su ayuda, ni hacer nada por el estilo. Si Johann y yo hubiéramos vestido uniforme en lugar de tener el aspecto de dos personas que tan solo

podían quejarse —y Johann ni siquiera eso, educado como estaba para obedecer— es probable que se hubiera disculpado e incluso nos hubiera echado una mano en la repugnante tarea, casi imposible, de levantar aquel pobre cuerpo sangrante y colocarlo en el *Viersitzer*.

Así las cosas, nos marchamos.

Perro V Ingulf

No tengo ninguna fotografía de Ingraban, pero aquí aparece una de su sucesor, Ingulf, un perro triste, un perro que durante su corta estancia a mi lado no mostró alegría en una sola ocasión.



Hay que ver el aire de solemnidad que muestra en la fotografía, dándome la espalda, sin una pizca de interés por lo que pudiera estar haciendo con mi hijo pequeño.

Yo lo atribuía a su enorme tamaño. Fue el perro más grande que jamás tuve, y daba la sensación de que su enorme cuerpo lo deprimía, como si fuera una carga que tenía que arrastrar a todas partes. Lejos de intentar dar caza a los ciervos, se los quedaba mirando con ojos apagados mientras brincaban por los campos. Un perro triste y apático que aprovechaba cualquier ocasión para tumbarse y siempre se levantaba de mala gana.

La muerte de Ingraban me afectó mucho, y mi marido, que se dio cuenta, empezó a consolarme y, como suele suceder, una cosa llevó a la otra, así que antes de que pudiera darme cuenta me vi atrapada de nuevo en las redes de la maternidad. Un método de lo más extraño, me decía, mientras lidiaba como podía con los dolores y las molestias, los oscuros presagios y una propensión a los antojos que en mi caso siempre acompañaban tal estado. De todos modos, así estaban las cosas, y lo cierto es que durante un tiempo me ayudó a olvidarme de Ingraban. Pero cuando hubo terminado y empecé a arrastrarme de nuevo

hacia la libertad, y poco después a caminar, y otro poco después, recuperada en parte la confianza en la vida, a correr, ¡cómo lo eché de menos entonces! ¡Qué inmensos y solitarios me parecían los bosques sin su compañía y su protección!

Sin embargo, hasta que la segunda tanda de niños —si es que a dos se les puede considerar una tanda— logró sostenerse sobre sus cortas y rechonchas piernas, y corretear por su habitación rompiendo cosas, no me permití pensar en buscarle un sucesor. Hasta entonces me había comportado como una gallina pendiente de sus polluelos, pero cuando los capazos se convirtieron en cunas, las cunas en camas, y el contenido de estas comenzó a esparcirse por toda la casa, pensé que podría tomarme un día libre de vez en cuando. Y para los días libres no hay nada como los perros.

Si bien es cierto que también había tres niñas mayores y robustas que se morían por estar conmigo, las pobres desgraciadas no podían, pues en aquella época las retenían profesores particulares e institutrices. Pasaban la mañana en el aula de estudio, donde eran atormentadas por miradas vigilantes y pedagógicas del todo ajenas a lo que pudiera estar aconteciendo en el exterior en forma de sol o frescas y agradables brisas. Por las tardes traían los ponis y les enseñaban a montar, sacaban las raquetas y les enseñaban a jugar a tenis. A una hora determinada se las llevaban al estanque más cercano y les enseñaban a nadar. A otra hora determinada las traían de vuelta, les mostraban arbustos y flores, y les enseñaban botánica. Dos profesores, uno alemán y el otro inglés, y dos institutrices, una alemana y la otra francesa, se encargaban de supervisar aquellas actividades meticulosamente organizadas. Las niñas eran educadas de acuerdo con un plan que mi esposo había trazado nada más casarnos para educar a los hijos que resultaron ser hijas, y no estaba dispuesto a que nada lo desbaratara. Así las cosas, decidió sacarle partido a aquella lamentable situación, convenciéndose de que, si les daba la misma formación, fueran niños o niñas, los resultados serían los mismos.

No estoy segura de que así sea. En nuestro caso, al menos, no lo fue. Pese a que las lecciones que recibían en casa eran exactamente las mismas que recibían los niños que iban a la escuela pública, pese a los exámenes anuales en la capital del estado realizados justo antes de Navidad, no hubo resultados. O al menos no los resultados que mi marido y el profesor alemán habrían considerado buenos. Era como si en nuestras tres hijitas hubiera anidado algo que imposibilitara la adquisición de conocimientos, algo del todo indiferente a la vergüenza de suspender exámenes.

Al principio me disgustaba y deploraba que mis queridas hijitas, fuente de tanto orgullo y tantas alegrías, aun contando con todos los medios para destacar, mostraran un desinterés tan evidente. Pero después me sentí aliviada, pues en Alemania la educación de los chicos era un asunto muy serio, sobre todo si no se era un chico, y corrían historias terribles de jovencitos que, después de haber hecho enormes esfuerzos para aprender y asimilar las lecciones, fracasaban y se quitaban la vida. Uno, el hijo de un pariente lejano, apareció colgado de un manzano del huerto de su padre. Otro terminó su miserable existencia en el Oder. Como es normal, al escuchar aquellas historias dejé de lamentarme y pasé a alegrarme cuando año tras año mis hijas eran rechazadas o sacaban las peores calificaciones.

Su padre, sin embargo, se preocupaba mucho, igual que su profesor alemán, cuya tarea consistía en prepararlas para el nivel que deberían haber alcanzado a su edad. Su padre, que de hecho se sentía violentamente ofendido, las llamó *dumme Weiberswesen*, culpó de ello al profesor alemán y lo despidió.

«¿A qué venía tanto alboroto?», preguntó el profesor de inglés, uno de esos jóvenes

que llegaban de Oxford o de Cambridge para pasar seis meses leyendo prosa y poesía en su lengua materna a los niños.

«¿Qué habría tenido de bueno aprobar todos esos exámenes, *lorsque ces pauvres petites feront leurs premières couches?*», preguntó la institutriz francesa.

Y la institutriz alemana, una mujer propensa al amor, que se enamoraba de todos y cada uno de los profesores de alemán, brindó su más ferviente apoyo al despedido, se dedicó a seguirlo por todas partes como un perro, y proclamó con agudos ladridos que toda la culpa era de las niñas, que eran unas perezosas incorregibles.

Tal vez lo fueran, pero cuánto mejor ser perezosas que terminar colgadas de un manzano o en el Oder. Fue precisamente el comportamiento de la pobre fraülein Pöckel, que no dejaba de pisar los talones al que estaba a punto de partir, lo que me hizo pensar de nuevo en los perros y en lo agradable que era ser seguida por una presencia abnegada, por una presencia, en mi caso, de cuatro patas.

Con aquellas criaturas mías siempre encerradas, tan inaccesibles, con la segunda tanda todavía en el jardín de infancia, en el que habrían de permanecer aún muchos años..., si quería un compañero era evidente que tendría que pertenecer a esa raza feliz y despreocupada a la que no se le obligaba a tomar lecciones. Tendría que ser, en definitiva, un perro.

«Desearía sentirme satisfecha», espeté de repente durante la cena un día en que, como siempre, estaban sentadas a la mesa las tres niñas mayores, sus padres, sus profesores y sus institutrices.

No sé por qué no dije, simplemente, que lo que necesitaba era un perro. Me expresé de manera que debió de sonar como una banalidad, algo propio de *femmes incomprises*, de mujeres frustradas, carentes de ternura.

Sin embargo, ese comentario resultó muy exitoso con las institutrices, que emitieron sendos gemidos de aprobación.

Ach ja!, suspiró la alemana, con la vista clavada en el nuevo profesor de alemán, que a su vez la tenía clavada en su plato, pues era candidato a recibir el orden sacerdotal y en consecuencia un hombre prudente.

Dieu, que c'est vrai, susurró la francesa, alzando los ojos.

El profesor de inglés me miró con cierta curiosidad. Llevaba con nosotros tres meses y ya sabía que durante las comidas no se decía ni se discutía —y mucho menos se esperaba— nada que tuviera que ver con los sentimientos más íntimos de cada cual. En aquellos encuentros, que se producían dos veces al día, los padres solían dirigirse con amables tópicos a cada uno de los miembros de la *Lehrkraft*, el nombre colectivo de profesores e institutrices, y a veces incluso hacían bromas ligeras que eran recibidas con la misma efusividad que se observa en los tribunales de justicia cuando el juez se permite un comentario jocoso. Las bromas las hacía el padre; la madre se sentía demasiado oprimida por la pompa de la situación para estar de humor. Lo que sucedía durante el desayuno y a la hora del té, cuando los padres estaban a solas, el profesor de inglés lo desconocía, pero en cualquier caso, cuando él estaba presente, se comportaban como auténticos *hochgeboren*.

Y de pronto uno de ellos comete un desliz. No era de extrañar que el profesor de inglés mirara a los comensales con curiosidad y renovado interés. Además, los gemidos de aprobación de las institutrices debieron de hacerle creer que la contención estaba a punto de esfumarse, que el decoro reinante en la mesa sería sustituido de un momento a otro por un aluvión de desatadas quejas femeninas. Y siendo como era un hombre joven y sin modales, parecía encantado.

Aunque no contaba con la intervención del señor conde. Ducho en manejar los problemas en los que lo metía su esposa y secundado por las risitas obedientes de la concurrencia, respondió: «*Meine liebe kleine Frau*, sírvete otra de estas admirables tortitas y te sentirás satisfecha».

Más tarde, en la biblioteca, cuando el reloj ya había dado las ocho y media, y las institutrices, que lo habían oído, se habían levantado, habían acostado a los niños, nos habían deseado las buenas noches y se habían retirado por una puerta, mientras los profesores simultaneaban la acción de darnos las buenas noches y retirarse por la otra, me dijo, esperanzado: «¿A qué venía eso de que no te sientes satisfecha? Mi pequeña, ¿acaso deseas otro hijo?».

Y me temo que, pese a que teníamos ya cinco, se sintió muy decepcionado cuando le respondí que solo deseaba un perro.

§

Al día siguiente me subí al *Viersitzer* y visité de nuevo a los criadores que me habían vendido a Ingraban.

Me enamoré de inmediato de Ingulf. Aparece en la página siguiente junto a la más pequeña de mis hijas, que trata en vano de divertirse con él. Y vuelve a aparecer en la siguiente, con la misma niña y con el mismo aspecto de pocos amigos.

Creo que su tamaño fue lo que hizo que me enamorara perdidamente de él. Acostumbrada a que todo el mundo se inclinara para mirarme, ¿cómo podía resistirme a una presencia tan admirablemente imponente? Y si algo tenía

Ingulf era presencia. De la misma camada que Ingraban, con un nombre que empezaba por la misma inicial, doblaba en tamaño a su predecesor, parecía un poni pequeño, lo cual, es decir, el hecho de que doblara en tamaño a Ingraban, sin duda fue la causa de que su precio fuera también el doble. Pensé que, probablemente, el precio estuviera en relación con su altura. ¿O estaría en relación con mi evidente interés? Fuera como fuese, lo compré.



En aquella época ganaba dinero escribiendo relatos y no me sentía tan culpable por gastar un poco como en los inicios de mi vida en Pomerania, de modo que el *Viersitzer*, ocupado casi en su totalidad por aquel perro, emprendió el penoso pero triunfal regreso a casa.

Sin embargo, las dudas pronto comenzaron a atenazarme. En el mismo camino de vuelta, en realidad, pues, ¿no resultaba un tanto extraño que a aquel perro, que no estaba

acostumbrado a los viajes, no le importara ni subirse al *Viersitzer* ni nada? No estaba asustado ni contento. Permanecía indiferente. Se pasó el viaje con la cabeza gacha, una gigantesca masa perruna abatida sentada junto a mí, a la que no me hizo falta agarrar por el collar como había tenido que hacer, con todas mis fuerzas, para controlar a Ingraban durante nuestro primer viaje juntos. Las caricias, los halagos, los intentos por animarlo con promesas de huesos o comida resultaron del todo inútiles. Con él nada surtía efecto. No se movió, no mostró ningún interés, dudo incluso que me escuchara. Fijó su mirada apagada en el infinito y no dio la menor señal de vida, ni siquiera cuando una liebre se cruzó en nuestro camino a toda velocidad. Y lo primero que hizo al llegar a casa fue tumbarse.



Resultaba innecesario ordenarle *couche*, no hacía otra cosa. También era innecesario reprimirlo con un *pfui*, pues era un perro de lo más virtuoso, a salvo como estaba del pecado gracias a la ausencia de deseos. ¡Qué diferencia respecto a su apasionado predecesor! ¿Era posible que mi hermoso nuevo perro no fuera inteligente? ¿O tal vez tan solo necesitara una buena alimentación?

Como no podía soportar la idea de que no fuera inteligente me dediqué a cebarlo a conciencia. Y a pasearlo igualmente a conciencia. Comía con apatía cuanto le ponían delante y con la misma apatía me seguía cuando lo sacaba. No obstante, sacarlo a pasear no era tarea sencilla, pues aunque yo corriera —y me pasaba el día corriendo, en mi afán por conseguir su bienestar—, a él, para seguir mi ritmo, le bastaba con caminar, y si por cualquier razón, como recuperar el aliento o atarme el cordón de un zapato, me detenía, él se echaba en el suelo.

Así las cosas, recurrí a un veterinario.

—Este perro tiene que comer cuanto le venga en gana —dictaminó, después de examinarlo.

—Ya lo hace —respondí.

—Ejercicio, pues, es lo que necesita.

—Pero si pasea a todas horas.

—Entonces tiene lombrices, le mandaré el medicamento apropiado.

La medicina llegó, le fue administrada y no aparecieron lombrices. Se compraron cantidades cada vez mayores de comida que eran obedientemente consumidas. Como el perro de los sueños de cualquiera, hacía todo lo que se le pedía, comía, aunque a regañadientes salía a pasear, volvía a comer y en cuanto tenía ocasión se tumbaba de nuevo.

—No sé qué hacer con él —confesé al fin.

—Pobrecita mía —dijo mi marido, tratando de consolarme. Sin embargo, por aquel entonces ya había aprendido a desconfiar de las tácticas de consuelo y las evadí.

—Tal vez —dije días después, mirando con desconsuelo a Ingulf echado en el suelo — sea mejor que lo devuelva.

—Por supuesto —convino mi marido, a quien la idea de devolver perros le resultaba apasionante.

—Y que lo cambie por otro.

—No. Cambiarlo por otro, no.

Sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que lograra hacerme a la idea de devolver a Ingulf. No podía dejar de pensar que debía de tener muchas cosas buenas que yo no conseguía sacar de él. Un perro tan grande, que ocupaba tanto espacio, y con una cabeza tan espléndida..., era de lo más improbable que la tuviera vacía. La culpa era mía, por no saber cómo animarlo.

Pero algo me decía que, por mucho que lo intentara, jamás sería capaz de animar a Ingulf. Era un perro de una tristeza y una indiferencia congénitas y permanentes. De modo que una tarde, él y yo, callados y abatidos, regresamos al lugar del que había salido.

El criador, que nada más verme había esbozado una sonrisa, la borró de un plumazo cuando reparó en él.

—Tal vez sea un poco viejo —dije, convencida de que era una razón que lo explicaba todo.

—¿Viejo?

—Viejo —repetí, tratando de hacer frente a una mirada cada vez más indignada, sin pestañear. Siempre me ha resultado difícil hacer frente a las miradas de indignación. Por fortuna, hasta ahora no he tenido que hacerlo a menudo.

—¿Ha dicho viejo? —preguntó, como si no pudiera creerse lo que acababa de oír.

—Sí, he dicho viejo —admití, dominándome para no mirar hacia otro lado.

Entonces separó las mandíbulas de Ingulf y me pidió que le examinara los dientes. Así lo hice, aunque no me sirviera de mucho.

Después me pidió que le tocara ciertos músculos. Así lo hice, sin que tampoco me sirviera de mucho.

—Podría decirse —empezó a decir en voz alta mientras se enderezaba (y nadie puede hablar en voz más alta que un alemán, ni ponerse derecho en actitud más amenazante)— que este perro es un recién nacido.

No me atrevía a sostenerle la mirada, tanta indignación había en ella. De modo que clavé los ojos en Ingulf, echado en el suelo, y reuní el valor para susurrar algo acerca de que los años vuelan del modo más extraño cuando uno está muy ocupado, y de cómo, sin que apenas nos demos cuenta, se van acumulando y pasan de largo.

Al oír aquello se enderezó aún más, y con los brazos en jarras me miró sin decir palabra; el silencio resultó tan aterrador, que yo, desesperada por evitar lo que pudiera seguir, me apresuré a explicarle el verdadero propósito de mi visita. No era otro, según le dije, que comprar otro perro. (No tuve valor para pronunciar la palabra «cambio».)

Al final compré dos. Dos cachorros. De lo más adorable, pero dos. Capaces de

derretir un corazón de piedra, pero dos. ¿Cuál iba a ser la reacción en casa? ¿Con qué máxima serían recibidos? «En fin, más vale no preocuparse por eso ahora», me dije mientras contaba el dinero.

Costaron el doble que Ingulf, no hay que olvidar que eran dos. Evidentemente, señaló el criador, habida cuenta de que había llegado con uno y me marchaba con dos, debía, en toda justicia, pagarle el doble, pero como daba la impresión de que me estaba convirtiendo en una cliente habitual, me haría un descuento.

Entonces volví a susurrar algo, en aquella ocasión sobre llevarme tan solo un perro a cambio de Ingulf. Pero el hombre no quería oírlo y yo pensaba que tenía que argumentarlo mejor. Sin embargo, aquel no era un buen momento para razonar una argumentación, puesto que los cachorros, del tamaño de una oveja, ya estaban siendo colocados en el *Viersitzer*, del que salieron por el otro lado nada más entrar.

El viaje estuvo salpicado de huidas y capturas. Los caballos estuvieron a punto de desbocarse en varias ocasiones. De un lado a otro del *Viersitzer*, los cachorros, que por momentos parecían haberse convertido en una docena, con cientos de patas y miles de rabos en plena excitación, saltaban y brincaban para bajar. Yo estaba demasiado ocupada dándoles caza y esforzándome en devolverlos a su sitio para preocuparme por la clase de acogida que ellos y yo tendríamos al llegar a casa.

Fue incluso menos cordial de lo que me había temido. Tuve la mala fortuna de que mi marido, ya de vuelta de sus visitas de inspección, decidiera salir a saludarme, y antes de que los caballos se detuvieran, los cachorros bajaron a trompicones, liberándose de mi mano, hasta entonces aferrada a los collares, y se arrojaron jubilosos sobre él.

Como era de esperar, se disgustó.

Perros VI y VII Ingo e Ivo

Aquellos cachorros se llamaban Ingo e Ivo. Perteneían a la misma clase «I» que Ingulf e Ingraban, y tenían tan solo seis meses cuando irrumpieron en mi vida de forma tan violenta.



Tengo varias fotografías de ellos tomadas durante el tiempo que pasaron a mi lado, que fueron tres años. La primera que vemos pertenece a uno de los raros momentos en que, al principio, estaban en reposo. La mujer, mal que me pese admitirlo, soy yo. Creo que entonces era menos agraciada de lo que haya podido serlo años después, si bien no me atrevería a asegurarlo.

Aquí aparece otra, con mis dos hijos pequeños en segundo plano. Del joven que sostiene la rama no me hago responsable; me refiero a que no era hijo mío, aunque pudiera haberlo sido, puesto que en lo relativo a progenie yo parecía capaz de cualquier cosa. Sin embargo, era el muchacho encargado de la alacena. En esta aparece Ingo, años más tarde, con mi hijo pequeño.

Y en la página siguiente está Ivo, también años más tarde, con la hija del pastor, que celebró con nosotros su cumpleaños, de ahí la corona.



Ambos se convirtieron en hermosos perros, como se puede apreciar, y en una fuente de satisfacción para mí cuando por fin aprendieron a comportarse.

Les llevó su tiempo. Hasta entonces tuve que armarme de paciencia, pues cuando los compré ya había adquirido el hábito de encerrarme a escribir, una vez atendida la casa, atendido mi marido, atendidos mis hijos, y atendidas mis tareas con frau *Direktor*, frau *Inspektor* y frau *Vieharzt*.



Solía encerrarme en el invernadero en desuso que había en el jardín, y como los cachorros estaban siempre conmigo, también tenían que entrar. Aquello en nada contribuía a la paz.

Antes de su llegada, el invernadero, en la página siguiente, había sido un remanso de paz. Húmedo pero silencioso, como podría serlo una tumba espaciosa, con aquel olor a pasado —igualmente propio de una tumba—, había sido el lugar donde jardineros que llevaban muchos años muertos solían guardar macetas, rotas hacía ya tiempo, con plantas destinadas a hacer las delicias de señoras de la casa *hochgeborene* que habían partido hacía ya muchos años.



En aquellos días tranquilos anteriores a la llegada de los cachorros solo se oía el ruido de mi escritura, pues Ingulf, echado sobre una estera, era el último perro al que se le pasaría por la cabeza emitir el más mínimo sonido y, agradecido por no tener que pasear ni comer, permanecía inmóvil como una estatua. Así pues, reinaba la paz. Podía escribir sin ser molestada. Desde el exterior no me veía nadie, ya que las ventanas estaban empañadas por el polvo de los años, y si algún sirviente poseído por la necesidad perentoria de recibir una orden decidía salir a buscarme, era imposible que descubriera que me encontraba allí, pues no cabía duda de que Ingulf, perro prudente, reacio al menor esfuerzo, no gruñiría por más que llamaran a la puerta. De modo que lo único que tenía que hacer era quedarme sentada, no moverme y fingir que estaba en cualquier otro lugar.

Unas condiciones admirables para el trabajo, a las que Ingo e Ivo pusieron fin. Dondequiera que fuese durante la primera o la segunda semana de su llegada, me escondiera donde me escondiese, todo el mundo sabía exactamente dónde me encontraba. Iba a todas partes acompañada de un enjambre de patas y rabos delatores, de modo que ni ellos ni yo lográbamos escondernos. El rincón ocupado por el invernadero pasó de ser el más tranquilo del jardín al más ruidoso. De él procedían continuos gritos de *couche* y *pfui*. En su interior, el tumulto formado por ladridos desatados y los estragos causados en los muebles impedían cualquier posibilidad de trabajar.

Con el tiempo todos nos calmamos, pero la primera visita de los cachorros al invernadero resultó desastrosa. Las antiguas macetas apiladas en un rincón, que Ingulf ni siquiera se había dignado mirar, sufrieron la embestida de los enormes cachorros, que arrancaron las raíces de las plantas y esparcieron al aire su contenido, ebrios del placer de la destrucción. La estera en la que Ingulf —¿no fue un perro admirable, después de todo?— se había tumbado con una dignidad calmada, fue agarrada por ambos extremos y sometida a tirones con tal júbilo que terminó partida por la mitad. Tampoco se quedaron cortos con un cojín que tuvo la mala fortuna de caerse de mi silla, y como colofón, en un paroxismo de buen humor, Ivo dio un brinco para lamer mi cara distraída y volcó la mesa, de modo que el suelo quedó cubierto por una espantosa mezcla de *Fraülein Schmidt* y *Mr. Anstruther* —la novela que en aquel momento estaba intentando escribir—, tinta y cristales. ¿Acaso habrían podido Shakespeare o Kipling trabajar en esas condiciones?

Recuerdo que me arrodillé para rescatar lo que todavía podía aprovecharse de *Fraülein Schmidt* y que allí en el suelo, mirándome junto a un enorme borrón de tinta, estaban las observaciones que ella había ido haciendo y que yo estaba escribiendo cuando Ivo volcó la mesa.

«Un pecador —dijo ella, y yo escribí— debería siempre pecar alegremente.»

Y también:

«Desgraciado aquel —dijo ella, y yo escribí— que mientras peca siente remordimientos».

Cabría suponer que yo estaba de acuerdo con ella. Al fin y al cabo, ¿no hablaba ella por mi boca? ¿Acaso no era la trompeta que yo, mañana tras mañana, hacía sonar con tanto afán? Con todo, tenía frente a mí a los pecadores más alegres del mundo, saltando alrededor de sus pecados con una dicha carente de remordimientos, y, lejos de admirarlos, me sentía tan enojada que apenas daba abasto para soltar *pfuis* a la velocidad suficiente.

Tal vez *fraülein Schmidt* no tuviera tanta razón como ella creía. Se precipitaba un poco, quizá, a la hora de sentar las normas.

En cierto modo, durante un tiempo perdí la fe en ella e interrumpimos nuestra comunicación.

§

Se podría asentar la otra premisa indiscutible, valga para ampliar la mencionada en la página treinta y nueve, de que nadie que aspire a trabajar debería tener cachorros de gran tamaño. Probablemente esa persona no debiera tener cachorros de ninguna clase, pero mucho menos de los grandes, y mucho menos aún si esa persona es de tamaño pequeño.

Yo era menuda y lo sigo siendo, de modo que cuando Ingo e Ivo se alzaban sobre sus patas traseras y apoyaban las delanteras en mis hombros —un comportamiento de lo más molesto que me esforcé en erradicar—, sus caras quedaban a la misma altura que la mía, y por rápido que intentara volver la cabeza no siempre lo hacía con la rapidez suficiente para evitar un lametón. Además, sus rabos, en perpetua agitación, quedaban a la altura de los tableros de las mesas y barrían cuanto encontraban a su paso.

Solo esas dos costumbres ya hacían imposible que entraran en casa. Aunque había otras, comunes a todos los cachorros, que únicamente el paso del tiempo podría corregir. Mis esfuerzos eran en balde, ya que cada vez que me acercaba para agarrarlos por el collar, ellos, sabedores de lo que pretendía, reculaban con violencia. Y en lo tocante a su costumbre de enterrar el hocico en lo que fuera, jamás conseguí ni siquiera que ladearan la cabeza.

Por consiguiente, mientras yo atendía a las tareas de la casa ellos se quedaban a solas en el invernadero, comiendo o durmiendo, y tenía que prepararme a conciencia para, al regresar junto a ellos tras ese intervalo, afrontar su calurosa bienvenida sin caerme al suelo. Con el tiempo, sin embargo, las cosas se fueron apaciguando. Descubrí que el secreto para vivir en paz con los cachorros —hasta entonces solo había tenido perros adultos (exceptuando a Bijou, que no cuenta) y no sabía nada acerca de ellos— consiste en darles largos paseos y grandes cantidades de comida. Hay que atiborrarlos con regularidad. Solo entonces duermen durante horas, las suficientes, en el caso de Ingo e Ivo, para que yo pudiera ocuparme de Mr. Anstruther, hacia el que comenzaba a sentir cierta animadversión.

Aquella fue, pues, la táctica que seguí y que de hecho permitió que una nueva estera fuera colocada en el invernadero, sobre la que yacían, aturdidos por el bienestar, alejados de este mundo, un relajado montón de patas, orejas y rabos, y dos panzas llenas a reventar que confirmaban mi teoría, mientras yo volvía a la carga con fraülein Schmidt.

Perro VIII Prince

El siguiente perro que tuve era inglés. Y era inglés porque, a los tres años de la llegada de Ingo e Ivo, las circunstancias hicieron que yo dejara de ser pomerana. Todos dejamos de serlo y, al haber dejado de serlo, los niños y yo nos marchamos a Inglaterra.

Ivo se quedó con el pastor e Ingo con el *Oberinspektor*. No pudieron venir conmigo por razones de cuarentena, pero sé que tuvieron un buen hogar y unos nuevos dueños que estaban orgullosos de ellos. En realidad, nadie podría no estarlo, pues se habían convertido en perros hermosos. No muy inteligentes, tal vez —aunque bastante más que Ingulf—, pero sí perros magníficos, vigorosos y cabales; el tipo de perros que, de haber sido esposas, habrían aburrido a un marido sensible y hecho las delicias de uno anodino.

Prince era muy diferente. Era un perro maligno, armado con un ojo rojo incandescente que me hizo titubear en cuanto me lo presentaron. Aunque en aquel

momento, apesadumbrada como me sentía, no me interesaban demasiado las presentaciones, algo que, sin duda, él enseguida percibió. No lograba dejar de pensar en un pasado que hacía tan poco había sido un presente feliz. No era capaz de evitar mirar atrás. Me parecía increíble el modo repentino en que una existencia ordenada y regular podía esfumarse, y con ella todo su protocolo y rigurosidad. Lo echaba todo de menos. Me sentía triste y sola. Todos mis puntales se habían desmoronado y el lugar de los puntales lo habían ocupado las responsabilidades. ¿Acaso cinco niños, el menor de ellos de solo seis años, no constituyen una seria responsabilidad?

Pero esto no es una autobiografía, de modo que no me extenderé. Bastará con que diga que después de haber vivido en Pomerania, la vida en Devonshire me pareció un camino de rosas, y que yo, acostumbrada como estaba a esperar disciplina en los demás, no pude sorprenderme más cuando el jardinero inglés, durante nuestro primer encuentro, en lugar de cuadrarse y juntar de golpe los talones, se apoyó cómodamente en su pala.

Henos allí, un pequeño rebaño de pomeranos, avezados a la rigidez en las relaciones interpersonales, a vivir a merced de la naturaleza y los fuertes vientos, a las ráfagas de arena y, por lo general, a unos modales más bien ásperos; henos allí, el día de nuestra llegada, todos vestidos de negro, recibidos por un perro negro que no dejaba de olisquearnos con desconfianza, inmersos de repente en los modales empalagosos y la forma de vida relajada de Devonshire. Una vez instalados, pese a no sentirnos felices, comenzamos a engordar, seducidos por la cuajada y la succulenta crema con que la acompañaban. Fue allí donde, tras años sin haber recibido prácticamente ninguna invitación a causa de la ausencia de vecinos *hochgeboren*, me vi involucrada en recepciones para tomar el té, y donde, al principio, sorprendí a mis visitas con mis hábitos de *Junker*, contraídos durante la larga época de relación con frau *Direktor*, frau *Inspektor* y frau *Vieharzt*, y que me llevaban a tener la deferencia de permitirles tomar asiento.

Prince lo observaba todo con su ojo rojo incandescente. Su tarea consistía en convertirse en mi acompañante cuando los niños, liberados para siempre de su *Lehrkraft* alemana, se encontraban en la escuela, de modo que, con actitud desconfiada y precavida, participaba en cada una de mis salidas de visita. Por desgracia, con el paso del tiempo él y yo nos gustamos cada vez menos. Negro como el demonio, cubierto por una mata ondulada parecida al astracán excepto en la cabeza y en la cara, daba la impresión de estar muy poco proporcionado. A partir de la cabeza, su cuerpo dibujaba una curva ascendente hasta llegar al rabo, que le otorgaba un aspecto taimado y sospechoso. Tenía cinco años, demasiado mayor para conseguir hacer algo con él, aun en el caso de que, cada vez que veía aquel ojo rojo, no hubiera sentido la tentación de retroceder. Los perros detectan enseguida a la gente que se siente tentada de retroceder. Y no es necesario que se demuestre en un gesto evidente, pues por íntimo e insignificante que sea el retroceso, ellos lo perciben. Con los perros, o hay una confianza y un afecto del todo genuinos o no hay nada, y no tardé en darme cuenta de que en el caso de Prince no iba a haber nada.

No obstante, acostumbrada a tener perros pisándome los talones, cuando comencé a devolver las innumerables visitas lo llevaba siempre conmigo y lo dejaba en el carruaje tirado por ponis —entonces me desplazaba en un carruaje tirado por ponis que parecía un teckel, por lo poco que se elevaba del suelo, y con mi indumentaria alemana de luto riguroso, supongo que debía de tener todo el aspecto de la reina Victoria en sus primeros tiempos— mientras hacía la visita correspondiente. Cuando los coroneles jubilados, que eran los maridos en la mayoría de aquellas casas, me acompañaban a la salida, al ver a Prince decían «Buen perro», y hacían ademán de acariciarlo.

Pero Prince no era un buen perro y no tardaba en demostrarlo, y entonces los coroneles, retrocediendo como yo solía hacerlo, me preguntaban con tono severo de dónde lo había sacado.

No lo había sacado de ninguna parte, pertenecía a la casa y ya estaba en ella cuando la compré, aclaraba yo.

—Yo que usted vigilaría a ese perro —aconsejaban los coroneles, manteniéndose tan alejados como les permitía el decoro.

—La idea es que él me vigile a mí —respondía yo.

—Me refiero a que debería andarse con cuidado —decían los coroneles.

Pero eso era precisamente lo que hacía. Cada momento que pasaba desconfiábamos más el uno del otro. Me inquietaba su hostilidad, a mí, que siempre me había llevado tan bien con los perros, y tampoco me agradaba demasiado su aspecto; no me gustaba su cara estrecha ni aquel par de ojos tan juntos. No me gustaban, y siguen sin gustarme, los perros negros, porque durante el día es imposible saber qué están tramando bajo la mata de pelo, y de noche, cuando se los deja fuera antes de ir a dormir, es imposible saber dónde se han metido.

A ningún dueño responsable que deje a su perro suelto antes de acostarse le resultará muy divertido quedarse allí de pie, escrutando la oscuridad en la que, si el perro es tan malvado, tan poco afectuoso y obediente como Prince, se negará a aparecer. Aburrida de silbar, mojada por la fría llovizna de Devonshire, solía esperar a la puerta del jardín, aguzando la vista inútilmente, deseosa de acostarme. ¡Qué visibles eran mis gran daneses, y qué fácil, en las raras ocasiones en que se entretenían con algo, salir a por ellos! Pero ¿dónde, en qué parte de aquellos campos oscuros, podía encontrar a Prince, negro como la noche que le daba cobijo y del todo indiferente a mi llamada?

Aquellos minutos que pasaba frente a la puerta con la mirada clavada en la húmeda oscuridad aumentaban cada noche mi sensación de tristeza, la añoranza de lo que una vez tuve, la amarga pesadumbre que nos oprimía a todos allí —a los niños, a la sirvienta alemana y a mí misma—, una tristeza que parecía haberse instalado entre los ladrillos de aquella casa solitaria, rodeada de llanuras verdes y melancólicas.

Tal vez fuera una casa en la que sus anteriores habitantes habían sido infelices. De ser así, nosotros seguimos la tradición. Y cada tarde, surgiendo cual gigantes del manto de niebla que aquel otoño nos envolvió de manera constante, llegaban nuestros visitantes ataviados con impermeables.

§

El otoño, sin embargo, no dura eternamente. Como tampoco la viudedad, según descubrí tiempo más tarde. Los perros también llegan y se van; al parecer, sin que apenas tengamos tiempo de mirar atrás, todo lo que una vez fue deja de ser. De lo contrario no sé qué haríamos, qué sería de nosotros con tal acumulación de acontecimientos.

Así pues, a su debido tiempo, nuestra estancia en Devonshire también tocó a su fin, y acabó, por extraño que parezca, a causa de Prince. Aquel perro, que nunca me había gustado y al que yo nunca le había gustado, fue la razón principal de que pasáramos de la languidez y el desaliento a contemplar con fuerzas renovadas las posibilidades de felicidad que nos brindaba la vida, aunque el pobre tuviera que pagar por ello con la suya. Se aficionó a perseguir a las ovejas, lo cual dio como resultado nuestra salida precipitada de las suaves hondonadas de Devonshire, de los mantos de niebla atravesados por visitantes, y

nos llevó a la soledad severa y deslumbrante de las montañas suizas.

Mientras no hubo ovejas, es lógico, no las persiguió, pero un día, tras un año de riguroso negro y, por respeto a las decorosas costumbres, de otros seis meses de grises y alguna tentativa de tímidos tonos morados, la aparente inercia en la que había caído comenzó a disiparse y cuando miré por la ventana de mi habitación y vi los campos yermos, tan solo salpicados de ranúnculos, caí en la cuenta de que estábamos en mayo y me sentí con savia renovada.

«¿Por qué no ceder todo esto a un agricultor y sacar algo de dinero?», pensé de repente, con floreciente empuje.

Lo cedí. El agricultor llenó los campos de ovejas. Prince comenzó a perseguirlas, y aquello dio lugar a un doloroso período de indignación por una parte y de inquietud por la otra, de amenazas y disculpas. Pero las disculpas dejaron de surtir efecto cuando aquel perro endiablado decidió no solo perseguirlas sino matarlas, y enseguida intuí que tendría que hacer frente a jueces y sanciones.

Quienes han pasado la mayor parte de su vida en Alemania, y desde luego los nacidos allí, sienten un enorme terror ante la ley. Solo aspiran a no llamar su atención, a pasar inadvertidos, a avanzar por la vida de puntillas. Así pues, cuando sus garras me dieron alcance, aun tratándose de la ley inglesa, supuestamente menos severa, me eché a temblar; los niños, alemanes de nacimiento, temblaban aún más, y Elsa, la sirvienta, no solo alemana de nacimiento sino perteneciente a una clase con pocos medios para defenderse, temblaba más que ninguno de nosotros.

Bonita situación para una viuda, la única protectora de un grupo de huérfanos, y todo por culpa de un perro que nunca le había gustado. Desde el primer momento ofrecí una imagen lamentable —cualquiera que tiemble la ofrece—, pero había sido testigo de la matanza de las ovejas y me consumían los nervios.

Cuando me arrastraron ante el juez, seguía ofreciendo una imagen lamentable, pero al reconocerlo como una de las personas que habían venido a mi casa en varias ocasiones a tomar el té y creyendo, inexperta como era, que aquello habría servido para establecer algún tipo de vínculo con él, me sentí aliviada y tranquila, y sin que nadie me cediera la palabra, comencé a hablar.

Fui silenciada de inmediato. Apenas daba crédito a mis oídos. Me parecía increíble que un hombre que había tomado el té en mi casa en varias ocasiones me mandara callar. De modo que allí me quedé, escandalizada, poniendo el grito en el cielo con todo lo que aún conservaba de *hochgeboren*, mientras escuchaba la sanción que me imponía. Precisamente él, el hombre que tan solo una semana antes estaba sentado en mi salón sirviéndose pastel. El mismo, recordé de repente con indignación, que se había puesto tres terrones de azúcar en cada taza. Jamás volvería a poner a su disposición un pedazo de pastel. Nunca jamás volvería a prodigar mi azúcar en él. Ni volvería a ofrecerle una taza de té.

Y no menos lamentable debió de ser la imagen que ofrecí cuando me informaron de que Prince sería entregado a la policía para que lo sacrificaran, pues nada más oír la terrible sentencia, tras un grito ahogado, vomité. Allí mismo, delante de todo el mundo, a pesar de que nunca me había gustado. Pero volver a casa y arrancar a sangre fría a un pobre perro de su cuenco de comida, y dejar que se lo llevaran para morir...

El juez, tratando de fingir que no pasaba nada, tratando de fingir que los gritos desgarrados no hendían el aire de la sala, clavó la mirada en un algún punto por encima de mi temblorosa cabeza y dijo: «Siguiente caso»

Segunda parte

Perro IX

Coco

Después de aquello, no quise quedarme a vivir en esa casa. Desde el día en que llegamos no pasé un solo momento realmente feliz y las circunstancias de la muerte de Prince me hicieron ver muy claro que todos necesitábamos un cambio de aires.

Cambié de aires. Las viudas son criaturas que disponen de gran movilidad y pueden cambiar de aires cuanto gusten, elegir dónde y cómo quieren vivir con una libertad desconocida por las esposas. Y partimos, irresponsablemente partimos. La casa estaba todavía en mis manos y a buen seguro ningún marido habría tolerado que se construyera una casa nueva —justo lo que yo pretendía—, sin haberse librado antes de la antigua, sobre todo siendo pobres, y nosotros estábamos muy cerca de serlo, o eso creíamos. Aun así nos marchamos, confiando en que la suerte nos suministraría un comprador. Y así fue, apenas nos fuimos apareció. En ocasiones la fortuna sonríe a los más insensatos. Si esto fuera una autobiografía describiría ahora el modo en que fui encadenando insensateces, comprando parcelas imposibles en Suiza, pues, aparte de belleza, no tenían nada —ni carreteras, ni agua, ni nada de lo necesario si se quería construir una casa—, y vendiéndolas después a las mismas personas a las que se las había comprado por la mitad de lo que yo había pagado; contratando a un arquitecto recomendado por un cartero que me había cruzado un día por la calle; comportándome, en definitiva, como lo hace la gente que por primera vez en la vida se siente del todo libre y no tiene que rendir cuentas a ninguna clase de autoridad. Pero esta es la historia de mis perros. Así que no entraré en los altibajos, en las alegrías y los temores, en los períodos alternos de confianza y abatimiento que marcaron el año que tardó en construirse la casa que habría de convertirse en nuestro hogar feliz, sino que seguiré adelante con Coco.



Fue mi siguiente perro. Suizo. Nativo de la zona en que nos habíamos establecido, estaba provisto de una tupida mata de pelo para hacer frente al frío de aquellas altitudes, un hermoso abrigo de pelo marrón ondulado con motas plateadas que habría sido la envidia de la estrella de cine más caprichosa. Un día subió por el camino y se acercó a la casa y ofreció sus servicios para cuidar de nosotros —vivíamos en un lugar aislado y éramos casi todo mujeres—; yo, que lo vi por la ventana, avanzando a paso sosegado junto al campesino que lo acompañaba, tan seguro de sí mismo, tan digno, sereno, hermoso y grande, salí a conocerlo y en ese mismo momento se convirtió en mi perro y lo fue hasta el día de su muerte.

Exceptuando a los perros con los que vivo ahora, jamás he querido a ningún perro como quise a Coco. Su absurdo nombre era lo único estúpido en él. Era tan inteligente que estar con él era como disfrutar de la compañía inusual de alguien de mi misma especie, suponiendo que exista un compañero que, además de encantador, sea leal, cariñoso y se abstenga de hacer críticas. Tan hermoso como útil, había sido entrenado para llevar paquetes con cuidado, tirar de una pequeña carreta, ir a buscar la leche él solo todas las mañanas y traerla a casa sin verter una sola gota por el camino. Además, dos veces por semana, en compañía del *concierge*, subía la montaña en dirección al pueblo más cercano y regresaba con nuestras provisiones y las suyas, con el pedazo de carne cruda que sería su cena entre los dientes sin que se le pasara por la cabeza, por hambriento que estuviera, hacer otra cosa que no fuera llevársela al cocinero y esperar a que se la ofreciera a su debido tiempo, servida en un plato. Siempre dio la impresión de ser muy consciente de lo espléndido de su pelaje y de la necesidad de estar a la altura, con sus modales perfectos, de la extrema magnificencia de su aspecto. Y sabía cuánto lo quería. Dudo que alguien lo hubiera querido más que yo, y aquello también contribuía a alimentar su decoroso orgullo.

En la página anterior aparece fotografiado junto a mí en el porche. Y aquí, el verano siguiente, en la postura por aquel entonces ya habitual en él de tumbarse a mis pies cada vez que yo me sentaba y de apoyar una pata protectora en mi tobillo.

Il ne lui manque que la parole, decía el *concierge*, que también lo adoraba. La verdad es que no logro entender que alguien que viva con un perro inteligente y leal pueda sentirse alguna vez solo. Aunque en ese momento también yo temí sentirme sola en aquel lugar aislado cuando los niños, después de las vacaciones, tuvieran que regresar a la escuela; aquella era la única duda que albergaba acerca de la magnífica idea de construir nuestro nido en una montaña. La casa se convertiría en un hogar de vacaciones para los niños, donde podrían invitar a sus amigos, esquiar en invierno y escalar en verano, y yo, entre aquellos períodos, dispondría constituían nuestra principal fuente de ingresos. Esa había sido la idea. Sin embargo, cuando las primeras vacaciones tocaron a su fin me pregunté en secreto cómo resultaría. En realidad tenía mis dudas cuando vi el aleteo de pañuelos en el tren que partió a finales de septiembre y emprendí el camino de vuelta a casa por la sinuosa carretera, la interminable carretera, a paso de tortuga, durante tres buenas horas, en solitario. Después de una vida en constante compañía, después de las tardes de té en Devonshire, el ambiente atestado del *Schloss* de Pomerania y, antes aun, la presencia continua de mi mademoiselle, y más atrás en el tiempo, la omnipresente niñera llamada, misterio inexplicable, Da Hooleran, después de todo eso, ¿me gustaría el silencio, el vacío, el transcurso de los días marcado por la ausencia de cambios, salvo los que pudieran producirse en el tiempo o en el pudín que tomaría para cenar?



Pero no había contado con Coco. Cuando me apeé de la calesa en el punto en que la carretera finalizaba y se divisaba el pueblo en lo alto, allí, en el punto desde donde había que recorrer el último tramo a pie, estaba él esperándome con el *concierge* para darme una feliz bienvenida y cargar con los paquetes que llevaba. Y en compañía de mi querido perro crucé, serena y contenta, los campos de azafrán otoñal, a través de cuyos pétalos traslúcidos el sol del atardecer se colaba al bias.

§

Octubre fue de lo más hermoso allí arriba. El tiempo fue perfecto casi hasta finales del mes. El enorme valle que se extendía a nuestros pies permaneció cubierto por una tenue neblina, las laderas, verdes y radiantes, iluminadas por cerezos encendidos, y el Weisshorn, con permiso del Mont Blanc, el mayor orgullo de Suiza, descollaba, fastuoso y espléndido, frente a las ventanas de mi habitación.

Pasé a llevar una vida apacible y rutinaria, de tranquilas mañanas durante las que trabajaba sin interrupción —resulta imposible que te interrumpen si tu única compañía es un perro que se comporta de manera ejemplar—, de almuerzos en el porche con la totalidad del paso del Simplón como guinda a la inmensa panorámica de que disfrutaba entre bocado y bocado, de largos paseos vespertinos con Coco —*C'est un ours! C'est un ours!*, gritaban los niños que nos encontrábamos por el camino—, de atardeceres de lectura junto a la chimenea con Coco tumbado ante ella, rebasando la estera por ambos extremos. Después llegaba la última visita a la terraza antes de mandarlo a dormir, momento en que dejábamos la sala iluminada por el fuego y nos adentrábamos en la vasta noche, la vasta y fascinante noche, tachonada de estrellas, adornada con montañas coronadas de nieve. Nuestra casita colgada entre ellas, en lo alto, cerca del firmamento, y a lo lejos, bajo nuestros pies, las luces del pueblo que había en el valle, titilantes y danzarinas, como reflejadas sobre el agua.

A ese majestuoso esplendor nos asomábamos Coco y yo todas las noches antes de acostarnos, y disfrutábamos de unos minutos —al menos yo, mientras él me observaba sentado—, de *recueillement*. Esta palabra resulta tan difícil de deletrear como de traducir, pero describe con exactitud el estado en el que cada noche pasaba mis últimos momentos de vigilia. El *concierge*, su esposa y la *jeune fille*, como ellos se referían a la sirvienta, llevaban rato dormidos, de modo que Coco y yo teníamos el mundo entero, o eso parecía en aquel silencio elevado, en aquella pureza indescriptible, solo para nosotros dos.

Momentos de asombro y plenitud. ¡Y yo que temía sentirme sola! ¿Sola? Fue allí, durante los primeros instantes de soledad real que conocía, donde comencé a sospechar que lo que la gente denomina soledad es lo que más adoro, pues, ¿cómo podía pasar por alto que aquellas se estaban convirtiendo en las semanas más felices de mi vida, en lo que hasta entonces llevaba de vida? Había disfrutado de momentos felices con bastante frecuencia, si no de manera constante —¿acaso alguien es feliz constantemente?—, sí en rachas prolongadas y gloriosas. Sin embargo, aquella felicidad tenía una calidad especial que no había conocido hasta entonces, «la sublime noción de una omnipresencia sin par», en palabras de Wordsworth. A decir verdad, nadie como Wordsworth para describir estados de ánimo que resultan casi indescriptibles.

En ese estado de *recueillement* cautivador, de fusión de no sé qué universal y eterno, pasaba las noches antes de acostarme hasta que llegaron las nevadas. Y llegaron de repente. Al principio eran solo breves amenazas, hasta que un día estalló. Veremos ahora, pensaba, mirando a través de las ventanas manchadas de nieve la furia desatada en el exterior, veremos hasta qué punto soy capaz de tolerar la soledad.

Pero aun entonces, tras el inquietante asombro inicial ante el absoluto, durante las primeras tormentas de nieve, pese a nuestro aislamiento en una casa de repente oscura, me sentía contenta. Sobre todo porque era evidente que Coco estaba encantado. Aquello era a lo que él estaba acostumbrado. Justamente para eso estaba dotado de un pelaje tan tupido y hermoso. Y en cuanto al *concierge*, su esposa y la *jeune fille*, acostumbrados también a aquel tiempo, si bien no podía decirse que disfrutaran de nuestros días de encierro, se lo tomaban como un hecho ineludible.

Voilà l'hiver, me comunicaron, por si no me había dado cuenta. Aunque no tardaríamos en entrar de nuevo, añadieron, en *le beau temps*.

De no haber sido por Coco, me atrevería a aventurar que al cabo de un tiempo aquella oscura y ruidosa soledad marcada por días y noches en que el universo parecía rugir, me habría resultado penosa. En realidad, debo admitir que durante los peores vendavales, acurrucada junto al fuego preguntándome cuánto más resistiría el tejado, solo encontraba alivio al posar la mano sobre su cabeza y notar su pata en el tobillo. Sin él, es más que probable que transcurridas unas semanas en aquellas circunstancias habría tenido que hacer acopio de toda mi fortaleza interior. Así que recomiendo a todas las personas, sean del sexo que sean, pero sobre todo, según parece, del mío, cuyo valor tiende a flaquear tras largos períodos en soledad, que suelen sentir miedo por la noche si no tienen a nadie con quien hablar, que no disfrutan apagando ellas mismas las luces y subiendo en silencio a un dormitorio solitario, que rebosan afecto y no tienen en quien depositarlo, que anhelan ser amadas pero, por las razones que sea, no lo son, recomiendo a todas esas personas que vayan, por ejemplo, a Harrods, y se compren un perro. Allí, dispuestos en hileras, encontrarán un surtido de amigos deseosos de que les den la oportunidad de hacer feliz y proteger a alguien. Y eso, además, sin pedir nada a cambio, y pase lo que pase, sin que jamás se les ocurra quejarse, ni enfadarse, ni juzgar, y para los que ningún pecado cometido

contra ellos será nunca lo suficientemente grave para no perdonarlo de inmediato con alegría. Unos auténticos santos. Santos risueños, además, algo que, según mi parecer, es importante. Entre nuestros santos humanos, numerosos, qué duda cabe, y merecedores de exaltación, sería difícil encontrar a uno que fuera más santo que un buen perro.

Así pues, en palabras de un poema que encontré el otro día por casualidad y me causó una honda satisfacción, alzo mi copa:

*Brindo por los perros buenos.
Sea cual sea su raza, tengan o no pedigrí,
aunque nunca hayan ganado ningún premio de postín,
brindo por los perros buenos.
Por los rabos que se agitan, por las miradas sinceras,
la extraordinaria valía y lealtad insospechada
que tal y como merecen nunca serán valoradas.*

§

Una mañana me desperté y allí estaba de nuevo *le beau temps*, indiscutiblemente *beau*, aunque distinto del que había disfrutado meses atrás.

En aquel mundo blanco y congelado no tenía cabida el deleite. En nuestras idas y venidas, Coco y yo teníamos que salvar altos montículos de nieve y pasar por debajo de carámbanos, una hilera de lanzas resplandecientes cada día más crecidas que colgaban como flecos de los aleros del tejado. La luz era tan cegadora, con aquellos rayos fulgurantes que bajaban del cielo brillante y ascendían de la brillante nieve, que tenía que usar gafas de cristal ahumado. Los caminos habían desaparecido, y el *concierge*, cuando salía a buscar provisiones, tenía que calzar los esquíes. Entonces, durante las breves tardes, en lugar de salir a pasear con Coco, salía en trineo, y él, con febril exaltación, hacía cabriolas junto a mí, levantando con ello ráfagas de densa nieve. Era imposible llevar falda, de modo que tuvimos que quitárnoslas. Incluso la *jeune fille*, en sus días libres, salía ataviada con pantalones bombachos. En aquella época el gozo de vivir que se apoderó de nosotros era tal, que cada vez que cruzábamos una mirada sonreíamos de oreja a oreja, y todo lo relativo a la comida, al mero hecho de comer, se convirtió en uno de los acontecimientos más agradables e importantes de este mundo.

En pocas palabras, estábamos sanos, y en consecuencia éramos felices y cabe suponer que sabios. Era como si el sol se filtrara a través de nuestros cuerpos claros, oportunamente traslúcidos. La brisa, suave y pura, nos llevaba de un lado a otro como si tuviéramos alas. En casa cantábamos, y fuera descendíamos en picado sobre los esquíes o en trineo. Incluso la *jeune fille* cantaba y se lanzaba colina abajo. Y más sorprendente aún, incluso el *concierge* de gesto malhumorado y su corpulenta esposa. La primera vez que los vi con los esquíes sentí un escalofrío, pues no creí que unos objetos tan delgados pudieran soportar el peso de aquella mole. Pero ella salió disparada, segura de sí misma y de ellos como nadie, y desapareció tras una pendiente de nieve como un pájaro enorme, obeso y rígido, aunque innegablemente diestro.

«¡Ojalá, ojalá siga así hasta Navidad! ¡Ojalá los niños tengan ocasión de disfrutar de este invierno!» me decía tan a menudo, que llegué a convertir aquellas palabras en una especie de plegaria.

Y así fue: los niños tuvieron ocasión de disfrutar de todo aquello, y creo que

habríamos pasado la Navidad más maravillosa de nuestras vidas, de no haber sido por un detalle: los invitados.

§

Los invitados pueden ser, y a menudo son, encantadores, pero jamás se les debería permitir tomar el mando. A partir de aquel momento, y hasta que marzo despuntó y puso fin a sus idas y venidas —o más bien a sus venidas, ya que sus idas fueron desde el principio, cuando menos, negligentes—, mis invitados tomaron el mando. Si los menciono no es para hablar de mí y olvidarme de que en realidad estoy escribiendo sobre mis perros, no; su aparición en estas páginas es debida a la actitud que Coco mostraba hacia ellos. Si quiero escribir sobre Coco he de hacerlo también sobre mis invitados. De otro modo, como tantas otras cosas, los habría obviado.

En primer lugar, su llegada a la tranquilidad de mi hogar se produjo del modo siguiente: yo tenía cinco hijos, y durante las vacaciones de Navidad cada uno de ellos si quería, podía invitar a dos amigos. Así se lo había prometido en un momento de entusiasmo cuando construía la casa, y tenía la intención de cumplir mi promesa a rajatabla. Pero dos amigos por cabeza sumaban diez amigos en total, que, más mis cinco hijos, ascendían a un total de quince niños revoloteando a mi alrededor. ¿No serían demasiados?

Con las vacaciones cada vez más cerca, empezaron a asaltarme las dudas. No me preocupaba la falta de espacio, pues la casa había sido planificada con vistas a que los probablemente numerosos amigos de mis hijos pasaran con nosotros las vacaciones. No era aquello lo que me inquietaba, no, sino la cantidad de niños que habría en casa, siendo yo la única adulta.

Muy pronto los temores se multiplicaron. ¿Qué ocurriría si, en aquel ambiente poderoso y excitante, los niños se convirtieran en criaturas igualmente poderosas y excitadas? Quince criaturas correteando por allí, poderosas y excitadas, sin que ningún otro adulto me ayudara en la labor. Así que, cuando su llegada era ya un hecho inminente, inminente hasta tal punto de que ya había quince camas preparadas, y la primera comida, que incluía una bandeja de sesenta *meringues à la crème*, estaba en marcha, los nervios me pudieron y, telegrama mediante, también yo invité a alguien.

Se trataba de un hombre de avanzada edad —muy parecido al tordo de Hardy, frágil, descarnado y pequeño—, elegido entre mis amigos por sus hábitos ordenados. Creí que su mera presencia serviría para mantener a raya al que, no me cabía ya ninguna duda, sería un grupo de pequeños vándalos gritones y exaltados. Llegó. Y a las pocas horas sus hábitos se volvieron desordenados. Desde el mismo instante en que apareció tuve la sensación de que no parecía tan mayor como yo lo recordaba.

Aquello, según deduje más tarde, se debía al efecto de la casa, del entorno y del aire que se respiraba. La gente llegaba cargada con el peso de los años, agarrotada por las vicisitudes de la vida, y al cabo de unos días no solo se olvidaba de todo aquello por lo que había pasado, o de haber padecido alguna vez achaques como el reuma, sino que comenzaba a actuar con un vigor casi lamentable. La altura, el aire, el resplandor, producían efectos de lo más extraño. Con el paso del tiempo, llegó a convertirse en un lugar común que aquella casita de madera se mecía en un mar de emociones. Allí siempre había alguien desbordado por las emociones, por lo general violentas, ya que en aquella casa todo era exagerado. El llanto, cuando estallaba, no lo hacía en forma de goteo sino como un torrente; la admiración siempre disponible, se tornaba desmedida; la devoción, que crecía

con facilidad, pronto se volvía extravagante; en cuanto a las antipatías, que a veces llegaban al odio, eran de lo más feroz.

Supongo que se debía al vigor que sentíamos. Y tengo la sospecha de que el hecho de que estuviéramos aislados del mundo, de que dependiéramos los unos de los otros como los viajeros del Arca de Noé cuando se quedaron encallados en el Ararat, también tenía algo que ver. Sea como fuere, los invitados, abalanzándose sin remilgos sobre lo que encontraban a su paso, aprovechaban al máximo la situación y se transformaban en unas criaturas bien distintas.

Mi invitado, por ejemplo, convocado por su reputada formalidad, no tardó más de dos días en dar señales de vigor. Tales señales aparecieron por primera vez durante el desayuno y se manifestaron con un impetuoso frotamiento de manos y unas sonoras palmadas en las espaldas de los niños más cercanos. Como yo sabía que tales palmadas eran ajenas a su naturaleza, no pude por menos de mirarlo con asombro.

Más tarde, cuando los niños hubieron abandonado turbulentamente la habitación y nos quedamos solos con los cruasanes y la cafetera como única compañía, con un tono de jovialidad hasta entonces insospechado, y puesto que, según me aseguró, mis palabras no saldrían de allí, me pidió que le contara con toda confianza quién me ayudaba a escribir mis historias.

Aquello me extrañó. Aunque no tanto como lo que vino a continuación, pues tras haberme preguntado de qué trataba la historia que tenía entre manos en ese momento, y yo haber respondido —a regañadientes y muy a mi pesar, ya que en el fondo parecía un hombre de principios— que, lamentándolo mucho, trataba sobre el adulterio, él exclamó con una efusividad horripilante: «¡El hábito más delicioso de este mundo!».

¿Qué clase de invitado era él para mí —me pregunté, horrorizada—, una viuda, la única protectora de un grupo de huérfanos?

Pero lo peor estaba aún por llegar, ya que muy pronto, en lugar de ayudarme con los niños enfervorizados, dejó incluso de fingir que le interesaban y, para mi preocupación, pasó a concentrarse en mí. En otras palabras, dejó de ser un invitado para convertirse en un pretendiente.

Sé que este es un tema delicado, y si no fuera por Coco, que le dio alas, no lo tocaría. También sé que la elevada altitud tuvo mucho que ver en el asunto. Aquel hombre jamás había mostrado el más mínimo interés hacia mí, pero la altura se le subió a la cabeza, y tal vez también el hecho de que no hubiera allí nadie más, salvo los niños, con quien hablar. Estas cosas solo ocurren si surge la oportunidad. Un hombre puede llegar a convencerse de que le gusta alguien por la mayor nimiedad, por el accidente más insignificante, como pueden serlo el entorno o las condiciones meteorológicas. Así pues, habiéndose presentado la oportunidad, y con un entorno y unas condiciones meteorológicas tan vigorizantes, aquel hombre inició un cortejo en toda regla, y yo, del todo contraria a tales mecanismos de rejuvenecimiento, comencé a evadirlos, a esfumarme y a mantener las distancias, mientras que Coco, en lugar de gruñir y enseñarle los dientes, no podía mostrarse más contento.

No entiendo a Coco. Nunca logré entender la actitud que adoptaba con mis pretendientes. Era imposible que cada uno de ellos —en aquel momento había uno o dos más, dadas las circunstancias— hubiera sido el hombre adecuado para mí y que Coco hubiera sido capaz de notarlo por instinto. Al final se demostró que en tales cuestiones el instinto no le funcionaba demasiado, pues los recibía a todos con las mismas muestras de efusividad. Qué extraña la forma en que aquel perro era capaz de distinguir a un

pretendiente en el mismo instante en que lo veía, de localizarlo entre un grupo de no pretendientes con tan solo una mirada fugaz y de señalarlo de inmediato como merecedor de toda su atención y muestras de aliento. Mucho antes de que yo me diera cuenta de que había uno cerca, y con frecuencia, estoy segura, mucho antes de que el propio pretendiente supiera que lo era, allí estaba Coco, dándole su aprobación. Al cabo de un tiempo, cada vez que lo veía menear el rabo ya me ponía nerviosa.

Pero bueno, volviendo al primero, diré que se dedicó a fastidiarme las navidades, puesto que supongo que no hay nada más desconcertante que sentirse acosada cuando una no quiere que la acosen, salvo, tal vez, no ser acosada cuando a una le gustaría que lo hicieran. Una preciosa cantidad de tiempo fue malgastada en evasivas, argucias y huidas, todas ellas dificultadas en extremo por Coco, que no dejaba de dar brincos, y al final optó por aullar cada vez que él y yo nos encerrábamos en mi habitación o cuando yo trataba de esconderme tras la esquina más insospechada. Pronto quedó muy claro que Coco no quería escabullirse. Al parecer, su idea consistía en que los tres pasáramos juntos todo el tiempo posible, y como no resulta agradable estar en compañía de un perro que no para de moverse cuando está a solas contigo, y menos agradable aún estar con un invitado que no para de moverse cuando no está a solas contigo, aquellos fueron días penosos.

La maravillosa mañana en que partió, la espléndida, feliz mañana en que se marchó *unverrichtete Dinge*, como describe la expresiva locución en alemán, ¡con qué júbilo renovado me deleité en la obra de Dios! Me sentía como si hubiera estado alejada de ella una eternidad. Me sentía como si hubiera tenido que hacer frente durante una eternidad a sentimientos no correspondidos, lo cual es aún peor, a mi parecer, que hacer frente a los que son correspondidos, aunque a la larga ambas situaciones suelen resultar igual de infructuosas. Después de un lánguido adiós con la mano, me quedé de pie en la terraza y me sentí como una convaleciente, como alguien a quien por fin le ha abandonado la fiebre y le invade una paz absoluta. El extenso valle colmado de luz, rodeado por el Weisshorn, el Rothorn y el paso del Simplon en un anillo radiante, no me había parecido nunca tan hermoso. El aire tenía un frescor nuevo, una nueva pureza. Aquella bien podría haber sido la primera mañana en el Edén, tan clara e inmaculada era. A mi espalda, las ventanas de la casa estaban abiertas de par en par y de una de ellas me llegó el canto vigoroso de la *jeune fille* mientras atizaba las sábanas del que se acababa de marchar. De la cocina emanaba el delicioso olor del guiso que nos serviría para almorzar al aire libre —él había rechazado la oferta de almorzar al aire libre—, y cuando estuvo listo, Coco, recuperada su personalidad, me ayudó a llevar el balde repleto de exquisiteces al lugar en que los niños y yo íbamos a comérmolas, sobre una pendiente cubierta de nieve, sentados al sol en nuestros trineos.

Amados hijos. Querido perro. Libertad preciosa. Mundo encantador.

Tal fue el efecto que tuvo en mí la partida de mi primer invitado.

§

Pero no querría que nadie pensara que soy una maleducada. Me gusta creer que todos mis impulsos van dirigidos a la hospitalidad. Mientras aquel hombre estuvo en mi casa, me ocupé con esmero de que se sirvieran las mejores cenas, y las botellas de vino fueron abiertas con tal diligencia que al final se terminaron y tuvimos que recurrir a la limonada. Sin embargo, cuando las cosas tocan a su fin, tengo la sensación de que, por lo general, lo hacen acompañadas de una sensación de alivio. Por agradables que fueran mientras duraron, también es agradable poder relajarse y regresar a la comodidad de la

rutina. Esto es particularmente cierto cuando lo que llega a su fin es el cortejo de un pretendiente, ya que los pretendientes no dejan de ser una carga. Incluso si son de aquellos a los que se puede ignorar, mientras están cerca, una tiende a acicalarse, y eso supone un esfuerzo, y los esfuerzos implican tiempo.

Lamentaba los esfuerzos, lamentaba la pérdida de tiempo, y todas las noches, al acostarme y pensar en ellas, lamentaba las molestias que me había tomado para tener, durante la cena, un aspecto magnífico, al menos para mí. Y, sin embargo, había hecho los esfuerzos, había perdido el tiempo y me había tomado las vergonzosas molestias. «¿Qué clase de mujer tentadora estaba aflorando en mí?», me pregunté.

Por fortuna no estoy escribiendo una autobiografía, por lo que no es necesario que profundice en ese aspecto.

§

Una vez hubieron terminado las vacaciones, Coco y yo volvimos a quedarnos solos, y retomamos nuestra vida juntos con pleno entusiasmo por mi parte, y lo que parecía pleno entusiasmo por la suya.

Y si digo parecía es porque, aunque ningún perro podría haberse mostrado más contento de tenerme de nuevo para él solo, también hubo momentos en que lo sorprendí olisqueando junto a la puerta de la habitación que había ocupado mi último invitado. Aquel olfateo tenía un aire melancólico, y cuando lo llamaba acudía de mala gana.

¿Acaso había algo extraordinariamente admirable en aquel hombre —comencé a preguntarme—, alguna cualidad que Coco percibía que a mí me podría gustar? Hay gente que afirma que los perros nunca se equivocan y yo me inclinaba a creerlo, incluso barajaba la idea nada desagradable de haber dejado escapar a un buen marido, hasta que se me insinuaban los siguientes invitados, a los que Coco recibía con entusiasmo desbordante por igual, y me daba cuenta de que tales afirmaciones carecían de fundamento. Era imposible que todo el mundo poseyera las cualidades que podrían agradarme. Los perros no tenían la menor idea. Los perros cometían errores atroces. Se debía, simplemente, a una cuestión de altitud, de aislamiento, el hecho de que los invitados desarrollaran la tendencia a aquello que, de existir el verbo correspondiente al sustantivo moscardón, tal verbo lograría expresar.

Los nuevos invitados llegaron a mi casa porque no soy capaz de decir que no, al menos no con rapidez, es decir, en el momento preciso y crucial. Si se me da tiempo, puedo decirlo como la que más, pero cuando me llaman por teléfono no consigo evitar mostrarme de acuerdo con todo.

Y ellos me llamaron por teléfono, de manera que, casi de inmediato, se convirtieron en mis invitados. Según me contaron se habían encontrado con mi último invitado en Ginebra, adonde se había dirigido tras salir de mi casa, y al ser Ginebra un lugar llano, estando como está a orillas de un lago, al parecer no tardó en recuperarse allí del burbujeo embriagador de mis montañas y en volver a ver las cosas en su justa dimensión.

Aquella justa dimensión lo había llevado a reconocer haber vivido sin lugar a dudas la mejor escapada de su vida y, agradecido, no tenía palabras para expresar con suficiente entusiasmo las virtudes de mi casa y cuanto había en ella. Yo era, según les había dicho a mis amigos —si puede llamarse amigos a un grupo de gente a la que había visto en Londres en alguna que otra ocasión—, la anfitriona perfecta. Había un perro de una efusividad encantadora, casi engañosa. Los sirvientes eran de lo más pintoresco. La comida era

extraordinaria. En definitiva, mi casa era un lugar que debía visitarse a toda costa si alguien se sentía alguna vez alicaído o tenía la sensación de estar haciéndose mayor.

Al otro lado de la línea telefónica escuché embelesada aquellas alabanzas. Como sucedió por teléfono, no tuve la sangre fría de analizarlas en aquel preciso momento. Pero transcurrido un rato así lo hice y no pude evitar cierta sospecha. Todo aquello de la comida, por ejemplo, o el comentario sobre la conducta engañosa del perro. ¿Era posible que, en lugar de avergonzarme devolviéndome bien por mal como había pensado al principio, no estuviera sino vengándose de mí? Al fin y al cabo, eso de que me mandara a cuatro invitados más olía a venganza.

Aquellos invitados, que todavía no lo eran pero no tardarían en serlo, al contarme por teléfono que se sentían proclives al abatimiento y que al menos uno de ellos se estaba haciendo mayor, solo encontraron de mi parte muestras de aprobación. Según me dijeron, habían planeado pasar lo que quedaba del invierno en Roma y se les había ocurrido que estaría bien hacer un alto en el camino cerca del valle y subir a visitarme. Subir a almorzar, quizá. O, si resultaba demasiado tarde para eso, tal vez quedarse a pasar una noche. O incluso, habida cuenta de que una noche más no suponía una gran diferencia, quedarse a pasar un maravilloso fin de semana. Propuestas a las que, teniendo en cuenta la transformación que experimenta mi personalidad cuando me enfrento a un teléfono, me sorprendí respondiendo «¡Oh, sí, será muy divertido!», con gran entusiasmo.

Así pues, interrumpieron su viaje cuando faltaban tres horas para llegar a Ginebra y aparecieron formando un montón en la puerta de mi casa. Que formaran un montón era debido a que se trataba de una familia —una madre, una hija y dos hijos—, y Coco, para mi estupefacción, se abalanzó de inmediato sobre los dos hijos.

Así comenzó, no un fin de semana, puesto que una vez pusieron los pies en mi casa allí se quedaron, sino semanas y semanas de vida en discordante contraste con la calma majestuosidad del entorno. Allí estaban las montañas, sentando un ejemplo de noble imperturbabilidad al que nosotros no prestábamos la más mínima atención. Mi casita era un hervidero. La madre, que era la que se estaba haciendo mayor, de súbito y de modo no poco aterrador, comenzó a rejuvenecer. La hija, que resultó ser la que tenía tendencia al abatimiento, estaba ya como unas castañuelas durante el desayuno, a la mañana siguiente. Los dos hijos, quienes, como Coco había advertido de inmediato, estaban por desgracia en la edad de sentirse atraídos por las mujeres maduras, no perdieron ni un segundo y, al no haber nadie más a mano, se entregaron a mí en cuerpo y alma. Corrían a recoger cualquier cosa que se me cayera. Me arrebatában de las manos lo que aún sostenía. Competían entre sí para leerme poesías por los rincones. Se aferraban a mis palabras y reían agradecidos cada vez que abría la boca, a veces incluso antes de que la abriera, conducta que tiende a secar por completo las fuentes de la conversación.

Los jóvenes de ese estilo existen, y es una lástima, porque resultan fatales para las mujeres mayores, que dan crédito a sus palabras y se vuelven peligrosamente pretenciosas. Lo cierto es que aquellos habrían resultado igualmente fatales para mí de haberlos tomado en serio, pero aún no tenía edad para eso, por lo que su devota entrega solo me provocaba irritación.

En realidad me sentía profundamente irritada. Me irritaba que mientras que en casa se limitaban a mantener una actitud ardorosa, en cuanto subían ciento cincuenta metros más, entraban en erupción. Me irritaba que la madre y la hermana comenzaran a mostrarse vigilantes. Y me irritaba, tal vez por encima de todo, el comportamiento de Coco, sus intentos descarados por favorecer *tête-à-têtes*.

Adquirió la embarazosa costumbre de correr de mi lado hacia los jóvenes, y de los jóvenes hacia mí, agitando el rabo con virulencia, lanzándonos miradas acuciantes, ladrando si no le prestábamos atención, atreviéndose incluso a tirarnos de la manga. Y la madre comentaba: «Qué perro tan extraño. Se diría que...».

Pero ahí se interrumpía. De hecho, a las dos semanas de su llegada cualquier comentario se veía constantemente interrumpido.

§

Siempre me esmeré en que las parejas se juntaran de acuerdo con su edad, los cuarentones con cuarentonas, los veinteañeros con veinteañeras. Si los cuarentones decidían, como a veces sucede, no prestar atención a las cuarentonas y frecuentar a veinteañeras, intentaba, por su bien, disuadirlos, igual que trataba de disuadir a cualquier veinteañero que, por culpa de la inexperiencia propia de su edad, se creía capaz de encontrar la felicidad junto a una cuarentona.

Por fortuna, en aquel momento en mi casa no había nadie dispuesto a prestar oídos a la seductora llamada de la juventud; todo hacía pensar, pues, que, seríamos felices juntos. No lo éramos. Creo que debido a que estábamos demasiado sanos. El excesivo bienestar físico suele implicar perturbaciones mentales. Al parecer, la vitalidad extrema desemboca o bien en amor o bien en peleas. Mis nuevos invitados, en aquellas circunstancias, sin nadie a quien amar, comenzaron a pelearse, y como en aquella altitud no se conocía el término medio, después de los primeros días de disfrute impetuoso, dejaron de hacerlo, con idéntico ímpetu: los hijos porque los esfuerzos de Coco por atraerlos hacia mí no hicieron sino acrecentar lo que no tardó en convertirse en un evidente distanciamiento; la madre y la hija porque notaron el distanciamiento y no les gustó, aunque menos les habría gustado que no se hubiera producido.

Sin embargo, el ambiente de crispación no sirvió para que se marcharan. Muy al contrario, contribuyó a que se quedaran, pues desarrollaron la tendencia a zanjar asuntos pendientes que, tarde o temprano, se manifiesta en extremo vigorosos. De modo que hasta que zanjaran sus asuntos pendientes no partirían hacia Roma. La madre quería zanjar asuntos con sus hijos y la hija con sus hermanos. Y todos, muy a mi pesar, querían zanjar asuntos conmigo, pues era evidente que una de las razones que motivaban su deseo de dar y recibir explicaciones era yo. No la única razón, pero sí una de ellas. Había otras, como los billetes de tren. En aquel ambiente embriagante, cualquier nimiedad bastaba para atizar pasiones, y era evidente que yo no podía ser la única causa. La única diferencia entre los billetes de tren y yo era que de ellos se hablaba abiertamente y de mí no. Para hablar de mí se metían en sus habitaciones y cerraban las puertas. Y yo, a solas en el salón después de la cena —durante el día no se producían episodios de esa clase porque nos manteníamos activos en el exterior y, además, nos separaban los esquíes—, yo, entonces, a solas en el salón con Coco, sabedora de lo que sucedía en el piso de arriba, me irritaba.

«Gerald, ven a mi habitación un momento. Quiero enseñarte algo», decía la madre. Poco después la hija hacía el mismo comentario para llevarse al otro hermano, solo que en aquella ocasión era a Gilbert a quien llamaba. Y como la casa era de madera y los suelos delgados, a veces, sentada a solas junto al fuego con Coco, no podía evitar oír fragmentos de la conversación proferidos con tono elevado como «Cinco hijos», o —más molesto todavía, por no ser aún cierto— «Debe de tener, como mínimo, cuarenta años».

Entonces me levantaba, descolgaba mi abrigo de piel de la percha, silbaba con

ostentación para llamar a Coco y nos adentrábamos juntos en la noche, cruzábamos el pequeño bosque de abetos que había detrás de la casa y paseábamos sobre la nieve crujiente hasta llegar a una roca que conocía. Allí me sentaba a contemplar las estrellas que surgían del cielo verde pálido, abrigada por la indiferencia y el silencio inmensos.

*Sencillez y claridad, sin sombra de mancha.
Divina claridad...*

solía musitar. Sí, aquello era lo que la gente necesitaba, me decía, aún molesta, aunque comenzando a sentir un poco de vergüenza por ello en mitad de aquella pureza helada, de aquella quietud congelada, con los riachuelos del verano detenidos y silenciosos entre las rocas.

Entonces aparecía otra estrella parpadeante por encima de la blanca pendiente del Rothorn. A mi alrededor se levantaban las montañas, ejemplos exquisitos de paz.

*Otro mundo sobre nuestras frentes que no deja ver
cuan ilimitados pueden ser los horizontes del alma...*

Y allí estaba yo, preocupándome por que mis invitados se encerraran en sus habitaciones y comentaran que tenía cinco hijos. Al fin y al cabo los tenía. No podía ser más cierto.

Cuan vastos, y, sin embargo, cuan transparentemente claros...

Preocupándome por que dijeran que tenía cuarenta años, a los que a buen seguro llegaría algún día, si seguía viviendo al mismo ritmo que hasta entonces.

Cuán bueno sería residir allí, y libre respirar...

El hecho era que, según concluí con la vista clavada en las laderas relucientes del Weisshorn, manteníamos una relación demasiado cercana, y mis invitados, al ser todos miembros de una misma familia, hacían que tal cercanía fuera aún peor. El remedio —descubierto de repente como una revelación— no consistía en perder la serenidad y esperar en vano que los invitados que tenía se marcharan, sino en invitar a más. Invitados que no mantuvieran ninguna relación. De sangre distinta. Entonces me di cuenta de que si se quiere conservar la libertad sin perder la hospitalidad, en lugar de unos cuantos invitados deben tenerse muchos. Hay que abrir las puertas de par en par. Llenar todos los rincones de la casa. De este modo estarían tan ocupados conociéndose los unos a los otros que no tendrían tiempo para mí y así podría dedicarme a mi siguiente libro en paz.

En ese momento me puse en pie y, dirigiéndome a las solemnes montañas, exclamé triunfante:

*¡Qué honrada parcela todavía
se le deja a cada hombre por cumplir!*

Después corrí con Coco de vuelta a casa y me puse a escribir cartas y a enviar telegramas.

Al no tratarse de una autobiografía, no hace falta que describa con detalle qué sucedió a continuación, puesto que durante las siguientes semanas, Coco —y cuanto escribo, en realidad, tiene que ver solo con él— se limitó a bostezar. Así pues, bastará mencionar que, tras haber provisto a los jóvenes de muchachas de su edad, a la hermana de alguien que no era su hermano, y a la madre con el padre de alguna otra criatura, todos se comportaron como yo había esperado. Todos salvo el padre.

Con él, según se demostró, me había equivocado, pues una vez emparejado con quien, a mi parecer, habría de complementarse de forma natural, el hombre mostró poco deseo de quedarse a su lado y muy pronto, tras echar un vistazo por la ventana, comenzó a decir que necesitaba estirar las piernas y a desaparecer detrás de las jóvenes.

Aquella actitud desbarató todos mis planes. La madre se había lastimado un tendón esquiando y tuvo que quedarse un par de días en casa para recuperarse, y a mí se me ocurrió que a él, un hombre de más de sesenta años, le agradecería hacerle compañía, sentarse junto a ella y charlar, lo cual me daría una gran libertad.

Sin embargo, me había olvidado del aire vigorizante. Además, él era de esos a los que no les gustan sus coetáneos, y aún menos los coetáneos con vendajes. La madre, no quedaba más remedio, llevaba un vendaje, tenía un pie temporalmente *hors de combat*, que mantenía en alto sobre los cojines del sofá al que estaba confinada. Pero ¿qué es un pie, comparado con el resto del cuerpo? Nada de lo que pudiera haberle sucedido esquiando interfería con su receptividad en lo intelectual. Su alma, su espíritu, todas aquellas partes que, con toda justicia, se consideran valiosas, estaban más abiertas que nunca a establecer relaciones. Lástima que mi nuevo invitado no diera ningún valor a esa clase de relaciones. No le interesaba la receptividad intelectual. A él le gustaba la juventud, y tras ella se aventuró con descaro, echando a perder —según me contaron las jóvenes más tarde— todos sus paseos por las montañas, pues, por vigoroso que se sintiera, seguía siendo mucho mayor que ellas, de modo que se rezagaba en los ascensos y se lamentaba durante el camino de vuelta.

Dada su decisión de no quedarse en casa con vejestorios —supongo que el hombre nos tomaba a la madre y a mí por vejestorios, y por supuesto, en comparación con las jóvenes, ninguna de las cuales había cumplido los veinte, es probable que lo pareciéramos, por mucho que cueste admitirlo—; dada su decisión de no quedarse en casa con personas de esa índole, yo era la única que podía hacer compañía a mi invitada impedida.

Aquello resultó tan inesperado como aciago. En lugar de sentirme más libre tras haber invitado a más gente, mi libertad había disminuido. Pero ¿qué podía hacer? La humanidad, junto con la hospitalidad, me impedía dejar sola a una inválida. De modo que me senté a su lado y pasé horas y horas interminables manteniendo, o eso espero, un gesto inexpresivo, mientras mi pensamiento desconsolado se entretenía en las muchas cosas que tan alegremente podría estar haciendo.

Junto a nosotras se sentaba Coco, y bostezaba. Había perdido el interés por los jóvenes en el mismo momento en que ellos lo habían perdido por mí y no dio muestras de sentir la más mínima inclinación por ninguno de los nuevos invitados. Ahora estaba aburrido. No entendía por qué tenía que quedarse en casa en mañanas tan espléndidas como aquella, ni por qué yo no salía a esqui ni él corría a mi lado colina abajo. Sin cesar, sin mesura, bostezaba, y echaba la cabeza atrás, aquella cabeza de pelaje caoba partido por la mitad, emitiendo los sonidos que emiten los ancianos que bostezan y a los que poco

importa lo que la gente piense de ellos.

Aquel perro era el fabricante de bostezos más extraordinario que haya conocido jamás. Era imposible no contagiarse, de manera que mi invitada y yo también comenzamos a bostezar. Al principio eran bostezos de señorita, contenidos, muy distintos a las muestras de abandono desvergonzado de Coco; ella solía llevarse la mano a la boca en cada ocasión y cuando terminaba decía, a modo de disculpa: «En serio, no sé qué me ocurre esta mañana». Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que comenzara a bostezar de verdad. Al fin, ambas lo hacíamos abiertamente, sin disimulo.

Ese era otro de los efectos curiosos de vivir allí arriba: la pérdida del pudor. Es evidente que no me refiero al pudor más estricto, que solo la muerte podría arrebatarnos, sino a sus manifestaciones menores, que nos abandonaron por completo. Los bostezos evidentes, sin una mano o cualquier otro objeto que los ocultara, por ejemplo. Y podría dar más ejemplos si estuviera escribiendo una biografía, pero como supongo que afortunadamente, no lo estoy haciendo, no tengo por qué darlos.

§

Hasta principios de marzo no afloró el buen tiempo en las montañas, y mientras duró también perduró la presencia de invitados. No los mismos, tras uno llegaba otro. Y una vez hubieron regresado a sus oficinas o a la catedral —durante diez días había alojado a un prebendado—, una vez, decía, de vuelta al lugar de donde habían salido, mis últimos invitados, que con su bronceado llamaban la atención entre las multitudes de pálidos ingleses, describían con detalle dónde habían estado y las bocas de quienes los escuchaban comenzaban a salivar.

Sé por los resultados que así sucedió. Muchos de mis conocidos me mandaron cartas enternecedoras en las que expresaban lo mucho que echaban de menos el aire puro, cuánto me envidiaban y lo desgraciado de ser tan rematadamente pobres para no poder ir a Saint Moritz aquel año. Y dado que, como ya he mencionado, soy incapaz de decir que no si me pillan desprevenida, y de resistirme a los comentarios sobre mi bondad —¡que te supongan buena persona es tan halagador!—, respondí a todas aquellas cartas y les dije: «Venid». Además, sentía que tener aquel espacioso chalet con todos sus baños, en un lugar donde el tiempo era siempre tan cristalino, solo para Coco y para mí, mientras a la gente de Londres la empapaba la lluvia y la cegaba la niebla, caía en la categoría de lo vergonzoso.

Así pues, mi casa jamás estuvo vacía. Antes bien, como eran pocos los que se marchaban y muchos los que llegaban, hubo momentos en que estaba a reborar y, de no ser porque el final de la estancia no iba acompañado de facturas, habría parecido un hotel. Si hubiera aparecido en la Baedeker, diría que me habrían concedido tres estrellas.

Tres estrellas, sin embargo, o más bien aquello que representan, resultan caras, y en aquellos días caí en la cuenta de que me estaba quedando sin dinero. Me había entregado a mi carrera como anfitriona —una carrera nueva para mí, pues en Pomerania no habíamos tenido invitados— con una actitud de desenfado exento de cálculos. La primera vez que me lo planteé supuse que donde comía uno comían dos, y que cuanta más gente hubiera que alimentar, menos dinero habría que invertir. Aquellas suposiciones eran erróneas. Tal vez sean ciertas para un hotelero, y a buen seguro los hoteles son capaces de alojar a una persona más por menos, en proporción, diríamos, de lo que costaría tener a una persona más, pero desde luego no fueron ciertas para mí. Cuando lo descubrí me volví pensativa por momentos.

Los sábados, después de pagar las facturas semanales, me quedaba pensativa hasta el punto de que, en las conversaciones con mis invitados durante las comidas, era incapaz de dar muestra alguna de lo que describe mejor que ninguna otra la palabra *verve*, y aquello, yo lo sabía, era lamentable. Una anfitriona, si pretende cumplir su cometido con éxito, debe mantenerse en un estado de *verve* permanente. Al menos cuando está con sus invitados, ese debe ser su estado. Que se desplome, si ha de desplomarse, en su habitación, pero en presencia de ellos debe mostrarse poseída por una *verve* inagotable.

Los sábados no tenía *verve*. Me sentaba a la cabecera de la mesa, vacía de todo excepto inquietud, con el ojo que aún tenía puesto en la hospitalidad —cada día me parecía más a Mrs. Todgers— vidrioso, y el que se encargaba de hacer los cálculos con un brillo antinatural. ¿Durante cuánto tiempo —me preguntaba— sería capaz de servir pudin con cierta esplendidez? ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que, de modo abrupto e ignominioso, las comidas pasaran a consistir en frutos secos? Y aquellas doncellas — algunas de mis invitadas, las que requerían mayores cuidados para componerse, trajeron a sus doncellas—, que una vez en la cocina se volvían criaturas incontrolables, con lo dóciles que parecían cuando me cruzaba con ellas por el pasillo y se arrimaban modosas a la pared. Y aquel agente —a uno de mis invitados su gobierno le exigía que fuera donde fuese lo acompañara siempre un agente, pues estábamos a principios de 1914 y las sufragistas iban a por él—, que, a juzgar por las facturas, daba buena cuenta del whisky.

Pensativa, aquellos sábados me quedaba sentada, ni siquiera capaz de fingir un ápice de *verve*; y no sé qué habría sucedido, a qué insignificante límite de tranquilidad, en mi desazón, habría descendido, o a qué altura de sencilla franqueza, por el mismo motivo, habría ascendido al tener que explicar a mis invitados que estaría bien que todos se marcharan en aquel momento y me dejaran terminar mi libro, si mi atención no se hubiera centrado en algo diferente.

Aquel algo diferente fue un nuevo invitado. No lo había invitado nadie, pero, con una excusa que más tarde adiviné poco convincente, apareció por allí.

Cabe pensar que con lo preocupada que estaba por los pudines y demás me bastaba con tener que atender a los invitados que ya tenía para acoger a otro. Y no podía ser más cierto, pero aquel era distinto; aquel invitado, que subía despacio por el sendero helado camino de mi puerta, que resbalaba cada dos escalones y retrocedía uno, no era otro que el Destino. Y nadie puede escapar a su destino.

§

No me parece que destino sea una palabra demasiado bonita. Sugiere, en mi opinión, estremecimientos y sudores fríos. Sin embargo, no hubo nada de eso en la bienvenida que Coco le dispensó cuando se abrió la puerta y lo vimos entrar, y en honor a la verdad, tampoco lo hubo por mi parte. Y si bien es cierto que tuve la sensación, inusual a horas tan tempranas después del desayuno, de estar en manos de Dios, por lo demás no fui consciente de ninguna señal de inquietud. Tampoco recordé —hasta pasado un tiempo— que el único momento de mi vida en que había tenido tal sensación fue cuando me estaba vistiendo para acudir a la fiesta en Italia en la que conocí a mi primer marido. Es una sensación de desaliento. Quizá los maridos nunca hayan sido lo mío.

Estaba sentada detrás de una montaña de libros de cuentas, pues era sábado, a solas con Coco, que no dejaba de bostezar. Él conocía bien aquellas mañanas y le desagradaban tanto como a mí. Los invitados habían salido a disfrutar del sol, pertrechados con comida y

esquíes, y no volverían hasta el anochecer. Le resultaba duro, como podía apreciarse en su expresión mientras descansaba sobre sus patas resignadas y bostezaba en mis narices, que él y yo tuviéramos que quedarnos en casa en un espléndido día invernal como aquel. Pero no era consciente de lo cerca que estaba del entusiasmo. Los pasos que se acercaban dejaron atrás la ladera de la montaña sin que ni siquiera él los oyera, y no fue hasta que comenzaron a ascender la cuesta que conducía a la casa cuando interrumpió un bostezo, levantó las orejas, se tensó en señal de atención y salió disparado hacia la puerta. Al que oía, a quien corría a recibir, no era otro que el Destino. El mío y, de forma indirecta, también el suyo.

La puerta del porche se abrió y nuestro visitante entró en el salón en que, rodeados de calentadores y sentados junto al fuego, pasábamos la mayor parte del tiempo, y Coco, después de haber olisqueado la hendidura de su trasero, comenzó a proferir una serie de ladridos breves y jubilosos. Yo conocía aquellos ladridos. Como también la peculiar muestra de éxtasis de su rabo. Todo lo que hacía me resultaba familiar, por lo que no tuve más remedio que concluir que, en algún lugar, por lo visto cercano, había un nuevo pretendiente.

Permanecí sentada presa de la abulia. Otro pretendiente. Desde el prebendado no había habido ninguno, y ya había dado por hecho que se habían terminado. Siempre llega el momento, me había dicho, no estoy segura de si con satisfacción o no, en que los pretendientes se terminan, por lo que tal vez no fuera uno nuevo sino el primero, que había decidido regresar, aquel al que había invitado para que me ayudara con los niños durante las navidades. Tal vez volvía para ver cómo estaba. Volvía, quizá, para preguntarme si me habían gustado los invitados que me había mandado y mofarse de mí.

En eso, no obstante, fui injusta con él. Era un hombre demasiado bueno para esas cosas. Enseguida se había olvidado del más mínimo resquemor que pudiera haber sentido, y aunque albergara algún deseo de vengarse de mí, en mi fuero interno sabía que no sería ruin, y resultó cierto que, estuviera donde estuviese en ese momento, en Ginebra o de nuevo en Inglaterra, en realidad no se encontraba subiendo la cuesta nevada y resbalosa que llevaba a mi casa.

Sin embargo, alguien lo había hecho. Incluso yo oí que alguien lo había hecho, y además, alguien que despertaba en Coco las expectativas más salvajes que hubiera visto hasta entonces. ¿Por qué?, me pregunté, las manos cruzadas, en estado sumiso, con una actitud de inconsciente receptividad y a la vez resignación ante el Destino.

La respuesta, que en aquel momento solo conocía Coco, era que no se trataba de un pretendiente como los demás, al principio chispeantes, después llameantes, y que al fin se apagaban por falta de leña, sino uno que llegaría a convertirse en mi esposo. De modo que, en el mismo instante en que abrió la puerta y asomó la cabeza, Coco corrió a dispensarle una bienvenida de acuerdo con su importancia.

En realidad no lo dejó respirar. «Entra, entra... ¡Oh, por favor, entra! Estás en nuestra casa, que a partir de ahora es también la tuya, así como todo cuanto hay en su interior», parecía querer decirle con aquellos apasionados saltos, lametones, meneos, y gritos estridentes y jubilosos.

En cuanto a mí, permanecí sentada. La extraña sensación de estar en manos de Dios era demasiado pesada para permitirme hacer algo que no fuera quedarme sentada. Y el recién llegado, secándose la ceja con una mano y apartando a un excitado Coco con la otra, dijo: «Debería arreglar ese camino».

A lo que yo, inmóvil en mi silla, sin apenas volver la cabeza, sumida como estaba

en un estado de total resignación, pregunté: «¿El camino?».

Y él respondió: «Cenizas. Eso es lo que debería echar».

§

Aquellas fueron sus primeras palabras. Ahora que las recuerdo me resultan peculiares, pero como esto no es una autobiografía no hace falta que ahonde en ello. Bastará con que diga que era un hombre al que había visto en una o dos ocasiones en Londres mientras construían mi casa de las montañas, y, que, proclive como soy a prodigar cordiales invitaciones cuando su materialización parece remota, le había propuesto, sin duda con aparente interés, que pasara a visitarnos en cuanto estuviera terminada.

Una vez la casa estuvo terminada, pasó a visitarnos, solo para saludar, según dijo, de camino a no recuerdo dónde. Pero mi casa no quedaba de camino a ningún sitio, y ya entonces estaba claro que él lo sabía, pues su equipaje lo esperaba en un trineo aparcado junto a la casa, por si acaso —explicó con buen humor, siguiendo adelante con su plan meticulosamente trazado— a mí se me ocurría pedirle que se quedara. Porque tenía un plan, y así me lo confesó tiempo más tarde, y sabía tan bien como Coco que era un pretendiente. Lo que, a diferencia de Coco, él aún no sabía, era que pasaría de pretendiente a marido. La decisión, por supuesto, era mía —por extraño que resulte pensar que estuviera en mis manos tomar alguna decisión—, y yo, imbuida de una sensación de lo inevitable hartamente desventajosa, de predestinación, me dejé llevar sin oponer resistencia y permití que sucediera.

«Pues claro que debe quedarse», dije con tono fatalmente hospitalario, apenas consciente de estar dando el primer paso.

Llevaba chanclos y botas forradas de piel con las perneras de los pantalones por dentro, y el cuello de la camisa almidonado. De la cintura le asomaba la cadena de oro del reloj. No tenía el aspecto de un hombre hecho a las montañas, ni de tener intención alguna de subir por ellas. Si se quedaba, era evidente que permanecería en casa. Tal vez saliera alguna vez a la terraza a tomar el sol, pero la mayor parte del tiempo estaría en el interior de la casa. Y yo tendría que quedarme con él. Y juntos, en posición sentada, sin que ninguno de los dos lo supiera todavía, avanzaríamos hacia nuestro Destino.

§

La casa estaba casi llena. Y llena también de bastantes emociones, pues a aquellos que aún no se habían marchado se añadieron los que aparecieron con el que acababa de llegar. Por aquella época el asunto de los emparejamientos no marchaba demasiado bien. Los invitados se habían mezclado, y observé que las infidelidades comenzaban a producirse. Y siempre suele haber quien las recibe con malestar, que en aquel ambiente elevado y poderoso, no tardó en convertirse en cólera. La mitad de mis invitados, como era de esperar, estaban encolerizados y la mayor parte de los otros parecían distraídos e inseguros, mientras que unos pocos adoptaron una pose de petulancia.

Así las cosas, fue agradable recibir a alguien que no estaba al corriente de la agitación del lugar, que se sentaba a fumar su pipa sereno y despreocupado, repartiendo sonrisas a la espera del momento oportuno. Yo no sabía que estaba esperando el momento oportuno, por lo que me pareció reconfortante que, en aquel ambiente crispado, fuera capaz de mantenerse impertérrito. «Un hombre sosegado», me decía. Un hombre de confianza,

amable, sencillo y sosegado. Y tan sensato, además, con aquello de las cenizas. Debo decir que hice lo que me dijo y el camino que conducía a mi casa quedó negro en lugar de blanco, y aunque no era una visión hermosa, resultaba tranquilizador saber que él podía subir y bajar sin temor a resbalar.

Con el paso de los días, que no resbalara se convirtió en mi principal preocupación, que estuviera tan seguro y cómodo tanto fuera como dentro de casa, que tuviera a su disposición la silla que quisiera, que las comidas se ajustaran a sus preferencias, consistentes, por lo general, en muslo de capón. No tengo explicación para mi comportamiento. Jamás había sentido el deseo de servir, de obedecer, de quedarme de pie con la cabeza inclinada y las manos cruzadas, de ser, en definitiva, la sierva de mi señor. Sin embargo, desde el primer momento me mostré dócil y maleable, cediendo sin oposición, poseída por aquella extraña sensación de estar en manos de Dios.

El resto de mis invitados contemplaban la escena con sorpresa. Era obvio que estaba siendo cortejada, e igualmente obvio que yo no hacía nada por evitarlo. No me había comportado de aquel modo con el prebendado cuando también él me cortejó. A él me había resistido, pero con aquel otro hombre me volví de arcilla. Para el anterior no había vertido ceniza ni me había molestado en averiguar su comida favorita. Por la noche se sentaba y fingía leer el *Hibbert's Journal*, mientras yo, al otro extremo de la habitación, me mostraba premeditadamente vivaz con los otros.

Cuánto había cambiado mi comportamiento y qué normal era que aquellos invitados que habían vivido la historia con el prebendado observaran la escena con interés. Al final optaron por dejarnos a mí y al recién llegado a solas, en una táctica que solo puede calificarse de notoria. Si abrían una puerta y nos encontraban allí, la cerraban de súbito y se alejaban. Apartados nos sentábamos, con Coco orgulloso y feliz entre los dos, y por las noches, cuando era irremediable que el salón se llenara de invitados, estos se apiñaban en los rincones más alejados.

«¿Se da cuenta de que ya perciben que me pertenece?», decía mi pretendiente, para añadir a continuación, pues era un hombre dado a considerar la mayoría de los asuntos de importancia igual, con la mano apoyada sobre la cabeza de Coco: «Debería alimentar a este perro con carne de caballo, cruda y picada».

«Sencillez y claridad sin sombra de mancha», murmuraba yo entonces, pero en qué contexto tan distinto. Fue entonces cuando en mala hora comencé a pensar que las viudas eran mujeres incompletas.

§

Llegado este punto, si no estuviera escribiendo sobre perros diría unas palabras sobre las viudas. Muchas son las reflexiones que se me han ocurrido desde que volví a enviudar. No hay nada sobre ellas que desconozca y lo que sé con mayor certeza es que, lejos de ser mujeres incompletas, las viudas son el único ejemplo de mujeres completas que existe. El no va más, en realidad.

Pero mi tema son los perros, y a los perros he de regresar. A Coco, en concreto, el perro de esta etapa, pues de haber mantenido él otra actitud hacia los preliminares de mi segundo matrimonio, yo habría guardado silencio sobre ellos. No puedo, sin embargo, guardar silencio cuando ese perro se dedicó a hacer tantísimo ruido. Su entusiasmo desbordante se apoderó de la casa. Era como si llevara todo aquel tiempo sintiendo la responsabilidad de hacerse cargo de mí en solitario y le entusiasmara la idea de que alguien

lo ayudara en la labor. En cualquier caso, se comportaba como si así fuera y jamás dio muestras de plantearse que él y yo estábamos muy bien tal y como estábamos.

Debo admitir que a veces también lo pensé, durante las viglias, por ejemplo, cuando, liberada de la presión de la compañía constante, era capaz de pensar con calma. Entonces la desazón se apoderaba de mí y solo lograba librarme de ella recordando el entusiasmo de Coco. «Los perros nunca se equivocan», me decía para eliminar los pensamientos inquietantes, olvidando lo mucho que se había equivocado en otras ocasiones, en un intento por levantar el ánimo. Aunque tal vez no sea muy buena señal que alguien que se plantea contraer matrimonio necesite levantar el ánimo.

Así pues, sin apenas pensarlo, avancé, diríamos, hacia mi suerte, pues destino no me parece una palabra demasiado bonita. Cuando el tiempo empeoró y los invitados, incluido mi pretendiente, corrieron alborotados como las hojas en pleno vendaval en dirección al valle, a refugiarse en los trenes, yo ya era presa de sus garras, o digamos de la coyuntura, pues garras tampoco me parece una palabra demasiado bonita. Aun consciente de la situación en que me había metido, el alivio por quedarme de nuevo sola fue enorme, respiré hondo y tuve la sensación de que, al menos durante un tiempo, podía postergar la decisión, no habiéndoseme ocurrido todavía la palabra «escapar».

Desde la terraza barrida por el viento, Coco y yo vimos partir a nuestros invitados, incluido mi pretendiente, las orejas de Coco del todo erguidas por la fuerza del aire y las puntas de mi bufanda de lana ondeando con brío. Estoy segura de que a ojos de los que descendían por el camino aquella mañana cenicienta, la nuestra debió de ser la viva estampa del desamparo. A nuestras espaldas la casa vacía, detrás de ella la silueta melancólica de una abrupta ladera cubierta por el mal tiempo, sobre nuestras cabezas las nubes inclementes y en derredor árboles tensos y cimbreados. Sí, supongo que parecíamos un par de desamparados y mis últimos invitados debieron de pensar: «Pobrecita».

Qué equivocados estaban. No tenía nada de pobrecita. Ya en aquel momento, es tal la sensación de alivio cuando nos liberamos de la presión, que ya en el momento de mi último adiós con la mano, me costó un gran esfuerzo dibujar la apropiada expresión pesarosa. Recuerdo que me dirigí al interior de la casa, de la casa en silencio, de la casa deliciosamente vacía, a paso tan ligero que se diría que corrí.

El hecho, para qué negarlo, es que los descansos resultan agradables. Cualquier clase de descanso. Y el descanso que proporciona un amante que se marcha es, a menudo, el más agradable que pueda existir. Después de un tiempo en su compañía, o en la de quien sea, pero sobre todo en la suya, se necesita con urgencia recomponerse y renovarse, lo cual solo puede llevarse a cabo en condiciones si se produce un descanso. Por consiguiente, fue recibido por mi parte como una bendición. Levanté el ánimo. Después de tanto tiempo teniéndolo por los suelos, sentí que por fin volvía a alzar el vuelo. Después de tanto tiempo aplastado, era como si de pronto comenzara a recuperar su tamaño. Lo primero que hice al entrar en la casa, vacía y espaciosa, fue agitar la campanilla, decirle a la *jeune fille* que se deshiciera de los muslos de capón que había en la cocina y pedir un huevo escalfado para cenar.

§

Todas estas son sensaciones agradables, mas no el tipo de sensaciones que alguien que está considerando volver a casarse debería tener. Con el transcurso de los días me fui dando cuenta de que no lo eran, y de que la satisfacción que sentía por estar sola

demostraba sin lugar a dudas que, ya que había enviudado, aquel debía seguir siendo mi estado. De otro modo, ¿por qué razón, tras el alivio natural que, insisto, sigue a cualquier partida, no lograba echar de menos a mi pretendiente? Aquello no podía ser amor, que con tanta fuerza se manifiesta en ausencia del amado. Entonces solo lo sospechaba, pero hoy lo sé con absoluta certeza, pues desde entonces ha habido momentos en mi vida en que he echado de menos a personas de un modo tan extravagante que no era capaz de alejarme del lugar en que habían estado colgados sus abrigos e incluso acariciaba la percha que habían ocupado sus sombreros. Allí me quedaba, aferrada a la percha indiferente, contando con añoranza las horas, los días y las semanas, como suelen hacerlo aquellos que han perdido a un ser querido. «Ayer a esta hora aún estábamos juntos... la semana pasada a esta hora... el mes pasado a esta hora...», algo por el estilo.

Pero entonces era Coco el que hacía visitas conmemorativas, olisqueando el lugar que habían ocupado los abrigos, rascando la puerta de la habitación en que había dormido mi pretendiente, mientras que yo, de nuevo entregada a mi trabajo, cada día más llena de esa sensación de armonía, de equilibrio interior que siempre me ha aportado el trabajo, pronto llegué a maravillarme por haber siquiera contemplado la posibilidad de tener nuevos maridos. ¿Para qué iba a querer alguien como yo complicarse la vida con otros maridos?, solía preguntarme con sorpresa. Además, al haberme ceñido a los huevos escalfados para cenar, volvía a tener los gastos bajo control, por lo que las facturas de los sábados dejaron de entrañar momentos de terror. Faltaba poco para que llegara Semana Santa, y con ella el buen tiempo, y las vacaciones, y los niños felices, y la vida parecía volverse más dichosa a cada segundo.

*¡Qué honrada parcela todavía
se le deja a cada hombre por cumplir!*

Ya lo creo.

Entonces, una noche, mientras pasaba los dedos por la estantería, di con un libro de Goethe, y la casualidad quiso que al abrirlo me encontrara con la magnífica afirmación de que *im Wahren, Guten, Schönen resolut zu leben*, era el único lema que merecía la pena seguir.

Aquello me acabó de decidir. Esas pocas palabras me causaron un extraño arrobamiento. Así viviría, como la viuda que era, como una viuda —me prometí, sujetando con fuerza el libro contra el pecho— que se acordaba de las alegrías del pasado, de la bondad e indulgencia recibidas en su lejano hogar de Pomerania, una viuda que se dedicaría únicamente a rendir merecido tributo al que había perdido, siguiendo con toda su alma el sabio consejo del compatriota del finado.

Huelga decir que aquello no encajaba con un nuevo marido, pues, ¿quién puede rendir tributo a un hombre y pensar al mismo tiempo en tomar otro? Tal conducta demostraría, cuando menos, poco tacto, y es probable que algo mucho peor. Así pues, antes de comenzar a levantar, construir y consagrar, consideré que debía escribirle a mi pretendiente y hablarle de la situación.

Lo hice aquella misma noche. Entonces ya había recibido varias cartas tuyas, cada una de las cuales emanaba la seguridad serena, la plácida asunción que tanto habían contribuido a mi resignada sumisión en su presencia, y yo había respondido a todas con evasivas, recurriendo casi siempre a detalladas descripciones del tiempo. Ahora, en cambio, si pretendía seguir los pasos del magnífico Goethe, era evidente que lo primero que debía

hacer era mostrarme *resolut* con mi pretendiente, de modo que le escribí una carta en la que le decía, de la forma más agradable posible, que, a ratos —la cortesía tiene la culpa de que nos mostremos menos firmes de lo que en realidad deseáramos—, me asaltaba la sensación de que ya que había enviudado, viuda debía continuar, pues albergaba la sospecha, lo cual era cierto, de no estar dotada para el matrimonio, o, para decirlo con mayor precisión, para el matrimonio recurrente, y que, en general, tras haberlo considerado desde todos los ángulos y haber analizado la situación, había llegado a la conclusión de que, después de cierta edad, era mejor no meterse en camisa de once varas.

A modo de respuesta recibí una carta en la que me pedía que definiera «camisa de once varas».

No pude. Jamás se me habían dado demasiado bien las definiciones, y de haberlo intentado en aquella ocasión habría topado con la dificultosa tarea de recurrir a recuerdos sobre él que ya no tenía; así, dejando de lado el asunto de la viudedad, le escribí una carta en la que le hablaba de Goethe y el lema que recomendaba aquel hombre genial y sabio, un lema que, al menos en mi caso, no incluía la posibilidad de más maridos.

Deseosa de explicarme con claridad y poniendo todo mi empeño en conseguirlo, le expliqué que era poco probable que dos personas quisieran ser *resolut* sobre el mismo asunto en el mismo momento; es decir, que lo que a una podía parecerle *Wahr* y *Gut* y *Schön*, a la otra podía no parecérselo en absoluto, sobre todo si esa otra no había dormido bien o no había disfrutado de su cena. Sin embargo, le dije, la palabra *resolut* por sí sola había conseguido insuflarme más fuerzas que una transfusión de sangre, y ahora veía con claridad dónde residía la dicha verdadera, y que lo *Wahr* para mí era el trabajo, lo *Gut* eran mis hijos y lo *Schön* consistía en dedicarme por completo a esas cosas. Tenía la esperanza, añadí, de que me deseara buena suerte, del mismo modo que yo se la deseaba a él. Le deseaba, le dije, toda la felicidad del mundo junto a una persona mucho más digna de su compañía que yo. Y terminé ofreciéndole convertirme en una buena amiga que siempre lo recordaría con sincera benevolencia y afecto.

Era una carta hermosa, pensé. Lo único que faltaba era que me ofreciera a convertirme en una hermana para él, pero en aquel momento no se me ocurrió. Aun así, me pareció una carta hermosa, y debo decir que me sorprendió y me dolió que me respondiera con una postal.

Cuando fuera a Londres, decía brevemente, tendríamos ocasión de hablar sobre el tema.

¿Cuando fuera a Londres? Pero si yo no tenía intención de ir a Londres, le comuniqué, también en una postal, para, indignada como estaba, demostrarle que cualquiera puede mandar postales.

Entonces se hizo un silencio. «Bueno», pensé, cuando día tras día Coco salía por las cartas y entre ellas no había nunca una de aquel que supuestamente me adoraba. Al principio temí que aquello pudiera significar que preparaba una visita sorpresa llena de reproches, y con inquietud comencé a considerar dónde me escondería en tal caso. Pero no debería haberme preocupado; no ocurrió nada. Ni apareció ni escribió.

Más tarde descubrí que estaba aguardando el momento oportuno y que podía aguardar tanto como quisiera para conseguir lo que se proponía, pero como en ese momento no lo sabía y, al igual que la mayoría de las mujeres, me habría gustado poder tenerlo todo, primero me sorprendí, después me indigné y por fin me ofendí. ¡Aquella carta mía, tan larga, tan afectuosa, tan amable, tan hermosa, respondida con una simple postal! Si bien era cierto que tenía ganas de zanjar el asunto, no quería zanjarlo de ese modo. Así

pues, poco a poco fue apoderándose de mí la desolación, el sentimiento de encontrarme abandonada en mitad de un paisaje de montaña, inhóspito y oscuro, sin nadie en el mundo que de verdad me quisiera. Fue entonces cuando comencé a acercarme al lugar en que solía colgar su abrigo, aunque solo fuera, como me decía, para alejar de allí a Coco y reprenderlo por ser un perro bobo.

§

A finales de marzo, a punto de entrar en abril, las tormentas por fin comenzaron a ceder y encontramos la primera violeta.

Digo encontramos porque, aunque Coco no reparó en ella más que Peter Bell en las prímulas, fue él el que, volcado con entusiasmo en sus asuntos, me condujo hacia la roca sobre la que solía sentarme el invierno en que me tocó huir de la madre, la hija y los dos hijos; allí, asomando su delicado cuello entre las rocas y mirando el sol a hurtadillas, estaba la violeta.

Aquello fue todo un acontecimiento. Aquella primera violeta significó para mí lo mismo que para Noé debió de significar la ramita de olivo en el pico de la paloma. Una señal de seguridad. De esperanza. El invierno había terminado y desaparecido. La oscuridad había llegado a su fin. Los últimos rastros de nieve, ocultos todavía en fríos rincones, pronto se desvanecerían, y los meses por llegar lo harían acompañados de luz y belleza.

Me senté junto a aquella hermosa florecilla y sentí el deseo de abrazarla. Supongo que a quienes viven rodeados de invernaderos o tienen floristerías a la vuelta de la esquina les parecerá una tontería, pero puedo asegurarles que no lo es, pues tan intenso fue el noble arrebató que sentí, que no pude por menos de hacer una nueva promesa. Igual que la violeta se asomaba al sol, yo me asomaría a un futuro resplandeciente, lleno de cosas buenas y de excelente reputación, a ese *resolut leben* que, durante un breve y vergonzoso período, había amenazado con desmoronarse, porque cuando se produjo el momento memorable de mi retorno a la luz tras una etapa de tinieblas, de primavera tras el invierno, yo había recuperado mi estado normal, igual que Coco, y hacía ya tiempo que ninguno de los dos se permitía el más mínimo olisqueo conmemorativo.

Allí, en aquel instante, la vida apareció ante mí libre de impedimentos, lista para que empezara el siguiente acto, luminosa por la esperanza de la libertad. Entonces reconocí la sensación que me había invadido la mañana en que mi pretendiente se marchó: no era la sensación de estar postergando algo de modo temporal, sino la de la libertad más sencilla y absoluta, la de un alma que recupera su libertad como un ave que se escabulle de la red del cazador. Así fueron pasando los días, marcados por la armonía del trabajo, la felicidad de saber que al fin de cada uno de ellos faltaba menos para que llegaran las vacaciones y con ellas mis queridos hijos, en los que podría volver a centrar todos mis pensamientos, libres como estaban de los escozores de la conciencia que los había copado cuando prestaba oídos a las lisonjas del cortejo y me dedicaba a tener ideas absurdas como que una viuda es una mujer incompleta.

¿Una mujer incompleta? Nadie podría sentirse más cerca de la plenitud que yo cuando encontré la violeta y di gracias a Dios, o cuando, una semana más tarde, rebosante de un inquebrantable amor maternal, corrí entusiasmada a la estación del valle a recibir a mis retoños y llevármelos a casa, donde, a partir de entonces, me dedicaría en exclusiva a su bienestar y felicidad.

A partir de entonces. Ahora que ha pasado ya tanto tiempo, suspiro y me sonrío — hay ocasiones en que tan solo nos queda sonreír— al recordar aquel convencido «a partir de entonces». No habría de existir ningún «a partir de entonces» después de aquellas vacaciones. Coco no volvería a darnos la bienvenida cuando nos viera aparecer, ni a prestarse a ayudarnos con los bultos, ni a ladrar de contento mucho antes de que nuestra calea enfilara el último tramo. La cálida escena de bienvenida de aquella Semana Santa, en la que cruzamos los campos hablando animadamente, avanzando con cautela entre montones de nieve a medio derretir, yo con un niño agarrado en cada brazo, los otros tan pegados a nosotros como les era posible y un perro orgulloso cargado con la bolsa de más valor, frente a todos, abriendo camino, no volvería a repetirse. Qué afortunados fuimos al pasar aquellas últimas vacaciones tan felices, tanto que no nos importaba que aún hiciera frío, que el suelo amaneciera cubierto de escarcha o que el invierno bravucón siguiera regalándonos ráfagas de nieve, ni que, a pesar de estar en Semana Santa y a pesar de estar en el mes de abril, no hubiera hojas.

¿Qué más nos daba? ¿Por qué íbamos nosotros, tan contentos como nos sentíamos por estar de nuevo juntos, a preocuparnos por algo como las hojas? Como si los árboles estuvieran cubiertos de hojas, comíamos a diario en el exterior, obstinados en comportarnos como si de verdad estuviéramos en primavera, y nos reíamos cada vez que una racha embravecida y mordiente arrancaba las servilletas de debajo de los platos y las hacía revolotear montaña abajo.

Qué suerte sentirnos tan dichosos. Y qué suerte también que recordara los problemas que me habían causado las facturas y les pidiera a los niños que no invitaran a más de un amigo cada uno aquellas vacaciones, pues, al ser un grupo reducido, conseguimos vernos las caras con más frecuencia que si los amigos hubieran ascendido a diez. Una gran suerte, igual que el hecho de que mantuviéramos una actitud tan despreocupada e irresponsable, disfrutando de cada minuto del día, porque aquella fue la Semana Santa de 1914, la última Semana Santa de una existencia sencilla y relajada, así como nuestra primera y a la vez última Semana Santa como niños, todos juntos en la casa que había construido para nuestra felicidad.

§

Cuando hablo de niños me incluyo porque, al mirar atrás, me doy cuenta de que también yo, hasta ese momento, había sido uno de ellos.

Y es una confesión dolorosa, pues nadie detesta el infantilismo más que yo, pero lo cierto es que me hizo falta la Gran Guerra —y un segundo matrimonio— para comenzar a madurar. Aquella Semana Santa faltaban todavía cuatro meses para que estallara la guerra, y mi segundo marido, aguardando el momento oportuno en silencio, quedaba aún más lejos, por lo que los niños y yo pudimos aprovechar aquellas últimas vacaciones para divertirnos con todo; yo disfrutaba tanto como ellos de cosas tan simples como que el viento me arrebatara la servilleta de la mano y se la llevara montaña abajo. La mayor nimiedad nos hacía reír, o más que reír, tal vez debería decir que nos hacía batir las alas y cacarear. Sin reservas nos entregamos a cualquier posibilidad de diversión que se nos presentara. La vida era clara y transparente como el agua cristalina. Era una broma, una irresponsabilidad continuada que nos llevaba a Coco y a mí a perseguir con entusiasmo las servilletas voladoras por el camino, mientras los niños que estaban en la terraza, los otros niños, nos animaban con alborozo.

Vacaciones felices, absurdas, marcadas por el regocijo irracional y las tonterías más encantadoras. Un regocijo que parecía retumbar en la casa una vez volví a quedarme a solas, como si se hubiera instalado en ella para siempre la tendencia al júbilo desenfadado. Y creí que así se mantendría, pues no vislumbraba razón alguna —siempre y cuando me mantuviera a salvo de posibles maridos— que pudiera impedirlo.

Con tal certeza, me puse manos a la obra y retomé mi trabajo, deseosa de que llegaran las siguientes vacaciones, las largas vacaciones de verano, mientras salía a diario a dar paseos con Coco por un glorioso escenario de luz y color. A lo largo de mayo, a lo largo de junio, el mundo que habitaba se tornó más y más esplendoroso. Era la primera vez que veía las montañas salpicadas de flores, y mientras avanzaba entre ellas, me alegraba de haber levantado nuestro refugio justo allí. Un hogar perfecto, solía decirme, cuando me volvía para contemplar la casita de contraventanas azules, encajada a la perfección en la ladera, con la guirnalda de lirios que había colocado en el barandal de la terraza a punto de florecer. Mientras la miraba con ternura, pensé que no podía haber elegido un lugar mejor para mí y para mis hijos. Allí pasaríamos años felices juntos, hasta que se casaran. De allí saldrían mis hijas a su debido tiempo, una por una, convertidas en cuatro hermosas novias. Después llegarían los años de placidez en los que ejercería de abuela, y pasaría temporadas con niños pequeños en lugar de mayores. Y siempre, cada año, habría un mes de mayo, y siempre tendría la compañía de perros y libros, y esos libros serían siempre tan magníficos como el que incitaba a *im Wahren, Guten, Schönen, resolut zu leben*, y durante mucho, mucho tiempo, el perro sería Coco.

Las vanas ilusiones de los felices, que comenzaron a desvanecerse a finales de junio. Como una neblina sobre el resplandor, las dudas se cernieron sobre ellas, después la inquietud, y al fin el miedo más absoluto. Cuando, un mes después, en lugar de que mis hijos vinieran a mi casa a pasar el verano, fui yo la que, asaltada por presentimientos funestos y pesar en el corazón, se desplazó a Inglaterra para visitarlos, Coco fue el último al que vi.

Me había llevado la bolsa en la boca, sujeta con cuidado por la correa, a través de los campos, hasta llegar a la carretera en la que esperaba la calesa que habría de bajarme hasta el valle. Él sabía que me disponía a abandonarlo y tal vez pensara que no me atrevería a llevar a cabo una acción tan horrible si no me daba la bolsa, por lo que, llegado el momento de la separación, se opuso a entregármela. Aunque su resistencia no fue excesiva. Era demasiado educado y amable para interferir en los deseos de los demás. Así pues, pronto dejó que se la quitara de la boca y se quedó mirándome sin moverse, diciendo con los ojos, con aquellas orejas tristes y el rabo entre las piernas, todo cuanto quería decir.

Y allí lo dejé, inmóvil junto a la carretera desierta, viendo cómo partía hacia los que serían años de profunda tristeza, de aguda miseria, mi hermoso perro, mi mejor amigo, mi querido protector, el perro al que tanto había querido y cuidado, y que tanto me había querido y cuidado de mí. Y cuando volví a verlo, después de cinco años, se estaba muriendo.

La muerte de Coco

Fue un suceso extraño, la muerte de Coco. No el hecho de que muriera, pues debido al inesperado arrebató de insensatez del *concierge* era inevitable que sucediera, sino el modo en que lo hizo. Pese al largo tiempo que ha transcurrido, el recuerdo todavía me

tortura.

El día en que, sola, regresé a la casa de la que había partido aquella reluciente tarde veraniega de hacía cinco años hubo una tormenta de nieve. Entretanto habían construido una línea de ferrocarril que ascendía por la montaña y cuando me apeé en la pequeña estación descubrí que solo el *concierge* había ido a recibirme. Coco no estaba.

Por un instante supuse que se debía a la nevada, pero enseguida recordé que aquel perro había pasado toda su vida en las montañas y estaba acostumbrado a las inclemencias del tiempo. Como durante aquellos años había desarrollado una acusada tendencia a asustarme con facilidad, pregunté alterada:

—¿Y Coco? ¿Dónde está?

—*Il est un peu souffrant* —respondió el *concierge*.

—*Souffrant? Vous avez fait venir le vétérinaire?*

—*Pas encore. Sachant que madame devait arriver, j'ai attendu sa permission.*

—*Attendu!* —«Oh, no, necio, más que necio, pensé», dirigiéndome apresuradamente a casa, abriéndome camino entre la tormenta, cegada por la nieve, resbalando a cada paso y con el corazón atenazado por el miedo.

—¿Por qué no lo mencionó en la última carta? —pregunté mientras me volvía para mirar la silueta doblegada que avanzaba trabajosamente a mis espaldas.

—Hace tres días estaba bien —fue la respuesta que me llegó, apenas perceptible, amortiguada por el viento.

—¿Dónde está?

—En su caseta. No puede salir.

Seguí abriéndome paso con grandes esfuerzos, tropezando y resbalando con frecuencia. «Qué necio, qué gran necio, ¿por qué no llamaría de inmediato al veterinario? ¿Por qué no haría todo lo posible, todo lo posible por mi perro?»

El último tramo que conduce a la casa es una pendiente que cuando se cubre de nieve es muy resbaladiza —me caí dos veces, de bruces—, a continuación están los escalones que llevan a la terraza, después el porche, y en el mismo porche, la puerta de entrada.

Jadeante, ascendí el último tramo, y ya desde lejos comencé a silbar y a gritar tan alto como me fue posible, pues apenas tenía aliento.

«¡Coco! ¡Coco! —chillé—. Mi querido perrito, ya estoy en casa...»

¿Y qué vieron mis ojos, nada más llegar al porche? ¿Qué era aquella mancha oscura tendida ante la puerta, bloqueándola, que no me dejaría entrar a menos que la saltara, allí colocada para que, sucediera lo que sucediese, no me pasara inadvertida?

Coco. De algún modo había logrado salir de su caseta y llegar hasta la entrada. Sabía que regresaba a casa, sabía que irían a buscarme a la estación y las fuerzas que le quedaban las invirtió en estar conmigo de nuevo, durante un instante, durante el último de los instantes.

«¿Coco?», susurré, inmóvil frente a él, incapaz de dar crédito a mis ojos. «¡Oh, Coco...!»

«Es increíble —comenzó a decir una voz muy lejana a mis espaldas— que haya logrado llegar hasta ahí. Lleva tres días sin moverse de la caseta.»

Me arrodillé y le sostuve una pata entre las manos. Hizo un movimiento apenas perceptible con el rabo y trató de levantar la cabeza, pero no logró sostenerla y se resignó a mirarme.

Durante un segundo, durante un fugaz segundo, nos miramos a los ojos y fue

entonces cuando su mirada se vidrió.

«Coco... he vuelto. Querido, jamás volveré a abandonarte...»

No sé por qué pronuncié aquellas palabras. Sabía que había muerto, y que no había frase, lamento ni demostración de amor que pudiera devolvérmelo.

Me dejé caer sobre el suelo embaldosado, muy cerca de él, apoyé mi cabeza en la suya y prorrumpí en un llanto de profunda amargura. Ahora sí estaba sola en este mundo. Incluso mi perro me había abandonado.

Tercera parte

Perro X Pincher

De poco sirve recrearse en las penalidades. Padecí muchas entre mi primera despedida de Coco, la tarde de verano justo antes de que estallara la guerra, y la despedida definitiva, durante la tormenta de nieve, cinco años después, pero me limitaré a señalar que jamás creí que pudieran acumularse tantas desdichas. Sin embargo, como en aquella época no tuve perro, no es necesario que las mencione, lo cual supone un alivio. ¿A quién le apetece relatar o recordar antiguos sufrimientos? Mejor es dejarlos de lado, relegarlos al silencio, extraer de ellos las lecciones convenientes y volverles la espalda para dirigir la mirada a la felicidad que pueda estar por llegar.

Este fue el consejo que traté de seguir mientras avanzaba a trompicones hacia el siguiente período de mi vida. Sin embargo, los sufrimientos hacen mella. Es imposible librarse de ellos como de los abrojos tras un paseo vespertino, cuando se hace un breve alto, se arrancan y se retoma la marcha. Tan solo los años, el transcurso de años y años, consiguen por fin eliminarlos. Y supongo que nadie logra vivir los años suficientes para librarse de todos.

No obstante, a mí me pareció haberlo logrado. No quería más desdichas y me propuse lograrlo. Y ahora me alegro, pues si tal y como en ocasiones creí durante aquel tiempo la existencia se hubiera vuelto insoportable, si, en otras palabras, hubiera muerto, jamás habría tenido ocasión de descubrir gran cantidad de cosas hermosas y placenteras. En esta vida es recomendable armarse de paciencia, esperar y ver qué nos deparará el futuro.

Tuve que esperar una larga temporada. Por ejemplo, tras la muerte de Coco pasaron más de cuatro años antes de que apareciera Pincher, pues es bien sabido que nadie que haya querido mucho a un perro y lo haya perdido es capaz de plantearse sustituirlo por otro. Aun así, la única cura que funciona en esos casos es, precisamente, sustituirlo por otro —por lo que he oído esta regla es también aplicable a los amantes— y cuanto antes se haga, mucho mejor.

Sin embargo, yo, obstinada en llorar su pérdida, pasé casi cinco años sin el consuelo que podría haberme aportado otro perro. ¡Qué pérdida de tiempo! Solo le pido a Dios que algo así jamás me vuelva a suceder. Además, aquella estúpida abstinencia habría durado

incluso más de no haber sido porque un amigo observador, juzgando que necesitaba compañía con urgencia y sabedor de que no podía ser la de un marido, puesto que del segundo había huido, decidió que debía ser un perro, de modo que metió a Pincher en una caja y me lo mandó.

Yo vivía en una pequeña cabaña en New Forest —un paraje remoto, ahora me doy cuenta, aunque entonces prefería referirme a él con un nombre más grandilocuente—. Casi nunca se veía a nadie por los alrededores, de modo que cuando el carro se detuvo frente a la verja de mi casa creí que se había confundido de dirección y que el paquete que aquel hombre cargaba camino de mi puerta no era para mí.

—Traigo un perro —dijo, mientras lo dejaba en el suelo con sumo cuidado.

—¿Un perro? —pregunté. Y como no esperaba la llegada de ningún perro le dije que se había confundido de dirección.

—Es aquí, ¿no? Ahí está, delante suyo —dijo, acercándose la tarjeta para que pudiera leerla.

—En efecto. Aquí está, delante de mí —respondí, alardeando de gramática como lo suelo hacer cuando da la casualidad de que domino el tema que se trata.

—Entonces mejor que lo saque y le dé de beber —dijo el repartidor, preparándose para partir—. Responde al nombre de Pincher —añadió, y regresó para señalar la esquina de la tarjeta. Después se subió al carro y desapareció.

Pincher, que había estado atento a la conversación, comenzó a revolverse en la caja, porque, en efecto, estaba sediento y conocía el significado de «beber» como el que más. Al margen de quién pudiera habérmelo enviado y de qué hacía allí, era evidente que debía sacarlo y darle agua, de modo que llamé a la mujer que trabajaba para mí y juntas abrimos la caja y lo soltamos, o, mejor dicho, se escabulló en cuanto separamos un poco la tapa. Y si algo no tiene vuelta de hoja es que estoy hecha para los perros y los perros están hechos para mí, porque en ese mismo instante empecé a sentirme mejor.

Sentada en el suelo, lo observé admirada mientras correteaba por la habitación olisqueándolo todo, haciendo buenas migas hasta con las sillas. A ellas se subió para volver a bajar tras unos segundos y proseguir con la inspección del sofá. Una vez hubo terminado saltó sobre mí y me olisqueó el pelo y la ropa, al tiempo que todo él culebreaba de entusiasmo.

«¡Vaya! Pero si eres la cosita más linda y más graciosa de este mundo», dije entre risas, tratando de abrazarme a su cuerpo lanudo —era un perro muy lanudo— con poco éxito, pues enseguida se zafó y salió disparado para volver a corretear por la habitación.

Era característico de Pincher, hasta que le hicieron lo que relataré a continuación, salir disparado continuamente. Jamás he conocido a un perro más lleno de vida y de insaciable curiosidad. No podía estarse quieto, e incluso por la noche, cuando ya estábamos todos en la cama, sospecho que mantenía un ojo abierto para no perderse nada, para estar listo de inmediato ante cualquier cosa que pudiera surgir.

Al igual que aquella primera violeta sobre la que he escrito, Pincher se convirtió en el presagio de lo bueno que estaba por venir, y desde el mismo instante de su llegada, mi cuerpo y mi mente experimentaron una notable mejoría. Tenía que ocuparme de su comida y de sus paseos y cuanto hacía por él parecía sentarme bien a mí. Nada más aparecer en mi vida, cada vez que me sentía recaer en el abatimiento, me acercaba a él y lo acariciaba, y si me asaltaba de nuevo la necesidad de entretener la tristeza, lo único que tenía que hacer para atajarla era ir a distraerme con Pincher. Si bien su presencia no bastó para eliminar por completo el peso de la desdicha —pues aún no había alcanzado del todo la serenidad—,

desde luego contribuyó a nivelar un poco la balanza, porque era un perro con innegables propiedades vigorizantes, de gran efecto reconstituyente, y me proporcionó un estado muy parecido a la satisfacción. Después de haber pasado semanas juntos descubriendo New Forest tuve la certeza de que mi aspecto pronto volvería a ser tan radiante como el suyo.

§

Pero perseguía a las gallinas. No sin pesar, tuve ocasión de descubrirlo el primer día que nos cruzamos con una. Al igual que Ingraban (perro IV), que no era capaz de dejar en paz a los ciervos, y al igual que Prince (perro VIII), que no era capaz de dejar en paz a las ovejas, si Pincher descubría una gallina lo invadía de inmediato un instinto sanguinario. A la larga, aquello fue su perdición. Y digo a la larga porque los resultados no fueron inmediatos, a diferencia de lo ocurrido con sus predecesores. Su justo castigo no se dio prisa en descender sobre él. Lo acechó en silencio, y por fin le dio caza por culpa de mi ignorancia y credulidad. Sobre lo que sé poco, tiendo a confiar en lo que me dicen, y uno de los temas sobre los que menos sabía era la castración.

Tenía la vaga noción de que se le atribuían propiedades apaciguadoras y de que aquellos perros que antes de la intervención eran incontrolables se volvían apáticos. Eso era todo. No estaba al corriente de los pormenores. Y hasta que Pincher persiguió y dio muerte a la mejor gallina ponedora de mi vecino —resultó que la gallina le había costado dos guineas, que no me quedó más remedio que pagar—, no consideré importante que se volviera apático.

Pero ¿cómo lograr que perdiera el interés? Su entusiasmo por las gallinas, así como por cualquier otra cosa que se moviera y emitiera un olor determinado, era vehemente, y, a menos que lo mantuviera atado, estaba segura de que nada lograría evitar que persiguiera a esos animalitos. Sin embargo, pasear con correa supone un ejercicio más bien escaso para un perro, al igual que para la persona que se encuentra al otro extremo de la correa. Un paso demasiado lento para el perro suele ser demasiado rápido para la persona, y, una vez asumido que debía llevarlo siempre atado a fin de evitar que corriera la misma triste suerte que Prince, comenzó para mí una etapa de las más deplorables que quepa imaginar, en la que fui arrastrada atropelladamente entre matorrales, ciénagas y helechos por un perro diminuto a la caza desesperada de solo él sabía qué olores.

Paseos extenuantes, los de aquellos días. Extenuantes, claro está, para mí, que regresaba a casa hecha unos zorros, mientras que Pincher, ni que decir tiene, lo hacía en plena forma. Sin embargo, como todo en esta vida, aquello también llegó a su fin el día que un guardabosques que nos había estado observando y sabía, al igual que todo el mundo, que había tenido que pagar dos guineas por la matanza de la gallina, nos sorprendió en plena batalla en la espesura del bosque y, con una sonrisa afectada, señaló que mi perro parecía un poco revoltoso.

Aquello —aunque yo no lo sabía— supuso el principio del fin de aquellos paseos en particular, y también fue el principio del fin de Pincher. Y si bien el fin no le llegó hasta tres años después, la primera sombra se cernió sobre él en ese preciso momento.

—Oh, no tardará en calmarse —dije sin aliento, preocupada por su reputación.

—No lo hará. No a menos que se ocupen de él —respondió el guardabosques.

—¿Que se ocupen de él?

—Conozco a esa clase de perros. Nada puede curarlos.

—Pero...

—Un amigo mío lo haría en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Hacer el qué?

—Ocuparse de él.

Contemplé al guardabosques, que se había agachado para acariciar la cabeza de Pincher y le estaba diciendo que era un buen chico. No me cabe ninguna duda de que estaba pensando en sus crías de faisán y el posible destino que les esperaba con un perro como el mío rondando por allí. Al menos eso es lo que conjeturo ahora, ya que en aquel momento no se me ocurrió.

—Solo necesita que se ocupen de él —repitió, sin dejar de acariciarlo—. Te quedarás tranquilo y te convertirás en todo un caballero, ¿verdad que sí, campeón? Porque si no —añadió mientras se incorporaba—, tendrás que pagar por las pobres gallinas a las que ataques.

—¿Si no qué?

—Si no se ocupan de él.

Desconcertada, le pedí que se explicara. Lo hizo. Era un procedimiento de lo más habitual, me dijo. El perro ni se enteraría. Regresaría a casa sonriente. Y él tenía un amigo, un veterinario de primera que...

Por fin, después de que se cobrara la vida de una segunda gallina —al parecer hermana de la primera, puesto que también me costó dos guineas—, y con el recuerdo del triste final de Prince vivido en mi memoria, lo llevé al veterinario y le pregunté qué opinaba.

Opinaba lo mismo que el guardabosques. Hombre agradable de modales tranquilizadores, ataviado con indumentaria blanca impoluta, también él me aseguró que la operación era muy sencilla y que de no practicársela no conocería la paz. Disputas con los vecinos, facturas por las gallinas y por último la misteriosa desaparición del perro era el futuro que preveía.

Cedí. La profecía de una misteriosa desaparición terminó por decidirme. Y sí, Pincher regresó a casa como si nada. No se percibía en él ninguna diferencia aparente. Seguía siendo el mismo perrito simpático que me olisqueaba el pelo e intentaba lamerme la cara con el mismo entusiasmo, si no más, cuando llegaba la hora de cenar. Cierto es que dejó de saltar, o que saltaba mucho menos, pero nadie desea de un perro que se pase el día saltando. Así, inmensamente aliviada, inmensamente satisfecha, di las gracias al guardabosques la siguiente vez que lo vi y pagué de buen grado la factura del veterinario.

Pero ¿qué era lo que le estaba sucediendo a mi Pincher? ¿Acaso no estaba engordando, y a un ritmo más bien rápido? ¿Acaso no se ensanchaba por momentos, a ojos vistas? En efecto, lo hacía, y pronto llegó el día en que apenas pude levantarlo y también pronto, en lugar de subir de un salto a las sillas con la agilidad que lo caracterizaba, se volvió abúlico, y cada vez más gordo e inactivo, acabó por pasarse el día tumbado.

«Esto se debe a que come demasiado», me dije, reacia a plantearme cualquier otra posibilidad. Su interés por la comida, hasta entonces normal y que no dudaba en interrumpir si divisaba en las cercanías un conejo o un ratón, lo absorbió por completo, y el antiguo entusiasmo por actividades de riesgo, como la caza, lo centró en exclusiva en la comida.

«Buen chico», solía observar satisfecho el guardabosques cuando me veía caminando a mi paso habitual por el bosque, con la mano, que tantos esfuerzos había tenido que hacer para aferrarse a la correa, libre para lanzar una rama o arrancar una flor, y con el gordo de Pincher, sobrio y obediente, pegado a mis talones. «¿Qué le dije? ¿No se ha

convertido en un auténtico caballero?»

¡Ay de mí!, se había convertido en algo más que un auténtico caballero. Era una auténtica damisela. O aún peor, una auténtica dama de avanzada edad. O mucho peor aún, una auténtica dama glotona de avanzada edad, para la que, una vez extinguida toda pasión, solo existía el placer de la buena mesa.

Con el transcurso de los días fui cayendo en la cuenta de la situación, y llegó el momento en que ya no soportaba la presencia del guardabosques, por lo que me mantenía alejada del bosque, como tampoco soportaba la presencia del veterinario, por lo que me mantenía alejada del pueblo, por no mencionar que apenas soportaba la visión de Pincher, de tan avergonzada como me sentía por lo que le había hecho.

Descartados aquellos lugares, nuestros paseos, en consecuencia, se convirtieron en breves salidas por los campos más cercanos, y con el tiempo, cuando él se volvió aún más gordo y lento, en simples tambaleos por el jardín, durante los cuales, como podía leerse con facilidad en la mirada que clavaba en mí mientras se tambaleaba, su único deseo era volver al interior de la casa cuanto antes y averiguar qué había para cenar.

Un estado de cosas lamentable, harto perturbador para la conciencia de la persona que lo había provocado. Tras dos semanas de ejercicio penoso en un jardín cada vez más húmedo —estaba a punto de llegar el otoño—, se me ocurrió que si nuestro futuro tenía que consistir en aquellos tambaleos, bien podríamos marcharnos a tambalear a Londres. Allí, al menos, vería a mis amigos y podría olvidar, estando con ellos, lo que le había hecho a Pincher. Además, ¿no era absurdo permanecer en New Forest si no era posible adentrarse en el bosque? ¿De qué diantre servía vivir rodeado de hermosos parajes si no se tenía la posibilidad de descubrirlos? Y aunque no cabe duda de que los perros están mejor en el campo, esto solo es aplicable a aquellos que poseen todas sus facultades, y como por mi culpa Pincher ya no las poseía, me pareció que se había convertido en el perro ideal para la ciudad.

Ese fue mi razonamiento, y así fue como, a su debido tiempo, él y yo nos marchamos a Londres y nos establecimos en un apartamento, ya que los apartamentos, me parecía, eran los lugares apropiados para que Pincher desplegara todas sus virtudes negativas. Que no se moviera, que no hiciera ruido, sería muy valorado por nuestros vecinos de al lado. Las sirvientas le tomarían cariño cuando descubrieran las pocas molestias que ocasionaba. A los ascensoristas no les importaría llevar a una criatura tan tranquila arriba y abajo, e imaginé que los porteros incluso disfrutarían abriéndole la puerta, pues él la cruzaría con inalterable sobriedad.

Y allí estábamos nosotros, en noviembre de ese mismo año, paseando por las mañanas junto al río, bajo la atenta mirada del Big Ben, y por las tardes entre los árboles sin hojas de Saint James Park. Ávida de reparar el daño que había cometido, jamás dejé que nadie sino yo hiciera nada por él ni lo sacara a pasear, de modo que se convirtió en mi fiel compañero, pobrecito Pincher, y cuando acudía a alguna fiesta, permanecía inmóvil, por mucho que tardara, sentado junto a la puerta de nuestro apartamento, esperando mi regreso.

Un perrito enternecedor. Pero el hecho de sentirse enternecido no implica el sentimiento del amor: me duele confesar que había dejado de querer a Pincher. Estaba en su justo derecho de exigir mi afecto, pero el afecto no es algo que se pueda exigir, y para el agraviante no resulta fácil querer al agraviado. Además, ¿quién es capaz de hacer frente a un reproche que, pese a ser tan evidente, jamás se manifiesta? El pobre Pincher, aun habiéndoselo propuesto, no podría haber manifestado nada, pero nunca se lo propuso. Era la viva imagen de la satisfacción. Vivía aturdido por la satisfacción y la perspectiva de

comer. Y esa conformidad suya hacia todas las cosas me afligía más que cualquier demostración de mal genio, pues, aunque él no se diera cuenta, ¿no merecía yo el peor trato que me pudiera dispensar?

No, no quería a Pincher. Aparte de sus defectos, se había convertido —también por mi culpa— en un perro de lo más aburrido, además de extraño y poco atractivo a la vista. Pero, aunque no pudiera quererlo, aún podía fingir que lo hacía, y como no tenía un pelo de avisado, tampoco se daba cuenta de la farsa. Lo acariciaba y le hacía carantoñas con frecuencia, y a menudo, para hacerlo feliz, me quitaba el sombrero cuando ya estaba a punto de salir y optaba por quedarme en casa con él, solo para que se diera cuenta de que estaba allí y pudiera tumbarse a roncar plácidamente junto al fuego, en lugar de, presa de la devoción, caminar hasta la fría entrada a esperar mi regreso.

«Pobrecito Pincher... pobre perrito», solía susurrarle, invadida por el remordimiento y la pena, sentada en el suelo junto a él, mientras le colocaba la cabeza sobre mi regazo. Y lo cierto es que el hecho de que ni siquiera sospechara que yo lo había sido todo menos un ángel para él, tampoco hacía que me sintiera mejor.

§

El amigo que me lo había regalado, aturdido por su aletargamiento y creciente volumen —yo había guardado el más estricto silencio sobre lo sucedido—, siguió con su actitud observante y tras mucho observar concluyó que a aquel perro le ocurría algo extraño.

Aquel volumen, me hizo saber mi amigo mientras yo lo escuchaba con inquietud, era antinatural, y seguramente se debía al aletargamiento, y el aletargamiento se debía a que, por así decirlo, era hijo único. Si tuviera un compañero de juegos, dijo mi amigo, no tardaría en apreciar el cambio.

Yo sabía de sobra que no sería así, pero como no deseaba embarcarme en largas explicaciones, me limité a desmontar la posibilidad de conseguirle un compañero de juegos. Tener más de un perro en un apartamento resultaba imposible, argumenté; además, los administradores no lo permitirían.

«Tú inténtalo», dijo mi amigo, mirando pensativo el cuerpo ancho y la cabeza apenas visible de Pincher, a lo que había que añadir que, pese a tener poco más de un año, a tenor de su aspecto y actitud, cualquiera le habría calculado por lo menos diez.

Los comentarios de aquel tipo me causaban una honda pena. Solo yo conocía el motivo —por ser culpa mía— de que Pincher aparentara tener diez años. Y diez años mal llevados, además. Diez años rayanos en la senilidad. La situación era la que era, y como sabía que no había compañero de juegos que pudiera hacerlo cambiar me opuse con firmeza a la propuesta, llegué incluso a decir que otro perro solo serviría para que Pincher sintiera un violento ataque de celos.

¡Ataques violentos! El bulto abúlico y satisfecho que descansaba sobre la alfombra no parecía capaz de protagonizar un ataque de ninguna clase. Esa época ya había terminado. Estaba, sin lugar a dudas, *jenseits des Guten und Bösen*, aunque yo no tenía intención de admitirlo y dar pie con ello a preguntas de difícil respuesta, de modo que, inclinándome, arrepentida, para acariciar con dulzura a mi pobre perro, mascullé que estábamos más que satisfechos el uno con el otro.

Sin embargo, un amigo resuelto a hacer algo que considera un acto de bondad resulta imparable, y al día siguiente llegó el compañero de juegos. Sin que volviéramos a

comentar el asunto, y sin que yo le diera permiso, apareció metido en una cesta.

Al principio creí que la cesta contenía violetas. Estábamos en marzo y en Londres había violetas por doquier. Las tiendas rebosaban de esas hermosas flores y adornaban todas las esquinas de la ciudad, así que llamé a la sirvienta y le pedí que trajera un cuenco con agua mientras cortaba la cuerda y abría la tapa.

Pero no eran violetas. Hecha un ovillo, con la cabeza entre las patas y gesto de gran seriedad, mirándome por el rabillo del ojo que tenía abierto, había una diminuta criatura blanca y esponjosa, que llevaba una tarjeta al cuello en la que se leía: SOY KNOBBIE. UNA SEÑORITA DE TRES MESES. DÉJAME INTENTARLO CON PINCHER.

Perro XI Knobbie

Nos miramos. Ella permaneció inmóvil, contemplándome fijamente con el ojo que tenía abierto. Pincher, indiferente ante el fuego, ni siquiera se molestó en levantar la cabeza y ella tampoco le prestó demasiada atención, aunque estoy segura de que lo olió, porque desde que se ocuparon de él, cualquiera —no hacía falta tener el olfato de un perro— percibía el olor del pobre Pincher.

Sin embargo, ni una sola vez dirigió el hocico hacia él. Fue en mí en quien centró su atención. Jamás habría yo imaginado que un solo ojo pudiera evaluar algo de forma tan concienzuda. Lo que vio no puedo saberlo, pues, ¿quién es capaz de adivinar cómo nos perciben los perros? Pero lo que yo vi fue un cachorro de fox-terrier, blanco como la nieve salvo por las orejas, que eran, y son —está sentada junto a mí mientras escribo—, de un hermoso tono castaño, separadas entre sí por una ancha y recta banda de color blanco.

Perfecta e inmaculada como si aquella misma mañana se hubiera bañado y hubiese desayunado en el Paraíso, permaneció sin dar muestras de inquietud a la espera de que hiciera algo, mirándome con el ojo que tenía abierto. «Knobbie», la saludé, casi con una reverencia, a modo de presentación, y tuve la sensación de que ella me devolvía el saludo, de que hacía un leve movimiento de cortesía con la cabeza. Por experiencia sé que los perros son capaces de acciones todavía más sorprendentes. Winkie, por ejemplo, cuando se sentía mal...

Pero todavía no he llegado a Winkie.

«¿Te apetece salir de la cesta, Knobbie?», le pregunté con suma educación, pues por algún motivo aquella perra inspiraba buenos modales.

Como no pareció tener nada que objetar, la tomé entre las manos —era rechoncha y suave como la seda— y la dejé con cuidado en el suelo. A decir verdad, me cautivó que lo primero que hiciera no fuese mojar la alfombra.

Aquello era de agradecer. Ingo e Ivo (perros VI y VII), los únicos cachorros que había tenido hasta entonces —salvo por Bijou, que no cuenta—, no hacían sino mojar alfombras, y eso que tenían seis meses cuando llegaron a mí, tres más que Knobbie. Pero ella era una señorita. Ahora sé que a las señoritas, en el universo canino, jamás se les pasa por la cabeza hacer algo por el estilo una vez se les ha enseñado que ese comportamiento no es deseable. Son de lo más escrupuloso y elegante; prefieren esperar cuanto sea necesario a que las saquen a la calle antes que comportarse de modo inoportuno. En aquel

momento, sin embargo, lo desconocía, y a fin de no correr ningún riesgo y a la vez evitar que un comienzo tan brillante se viera deslucido, la tomé de nuevo en brazos: ella volvió a cautivarme, pues al instante se acurrucó.

No había lugar a dudas. Se había acurrucado junto a mí, era la primera de mis perros que lo hacía. Los grandes daneses, por su naturaleza, no pueden acurrucarse, y todos los demás —a excepción de Bijou, que no cuenta— ya eran adultos. Cómo no iba a estar encantada. Cómo no iba a irradiar felicidad, con aquella cosita apretada contra el pecho que apoyaba la cabeza debajo de mi barbilla. Todas las mujeres bondadosas, y la mayoría de los hombres bondadosos, mantienen el instinto maternal hasta el fin de sus días y adoran que algo pequeño e indefenso tenga la deferencia de demostrarles su confianza acurrucándose junto a ellos. En especial, opino, las mujeres en mi situación de entonces, cuyos maridos, por la razón que fuere, no están con ellas, y cuyos hijos ya se han casado y viven en países lejanos. Esas mujeres, por mucha altivez que finjan al decir «No quiero que nadie me quiera», de un modo vago y violento son las que desean más que nadie que las quiera todo el mundo, y cuando ese deseo se reduce de todo el mundo a alguien, como en ocasiones sucede, entonces empiezan los problemas.

En ese momento entran en juego los perros. Y en ese momento apareció Knobbie. No quiero dar a entender que yo me sintiera como acabo de describir, pero es cierto que la vida, a medida que pasan los años, nos va privando de las alegrías más sencillas: las relacionadas con el amor y la educación de la progenie. Alegrías de las que yo llevaba tiempo privada. Los días de criar a mis hijos se habían terminado. El amor que sentía por ellos estaba presente tan solo en mis pensamientos. Por consiguiente, en aquella época había una carencia, un vacío en mi vida, al parecer evidente, puesto que mi amigo lo había percibido y había tratado de suplirlo y llenarlo con Pincher.

En la primera ocasión había fracasado —por motivos que jamás le fueron revelados—, pero cuando lo intentó de nuevo con Knobbie dio en el clavo, porque si la llegada de Pincher me ayudó a recuperar un poco el equilibrio que había perdido, la de Knobbie completó mi curación.

Efecto extraño, el que produjo en mí aquella perrita, aunque no más extraño que el que un arbusto de lilas que florecían bajo el sol una mañana de mayo produjo en una mujer que conozco. Apesadumbrada por una pena mayor de la que se creía capaz de soportar, resolvió quitarse la vida aquel día, pero durante un paseo previo por el jardín se fijó en el arbusto y decidió que tal vez mereciera la pena esperar un poco, ya que, según ella, un mundo capaz de producir tanta belleza no debería ser abandonado a la ligera. De igual modo, yo, abrazada al ovillo pequeño y caliente que era el cuerpo de Knobbie, recuperé la sensación, perdida hacía años, de que la vida ofrece momentos maravillosos y decidí que lo mejor que podía hacer era perseguirlos.

Y entonces, como un susurro, oí en mi interior la palabra *resolut*, como si la antigua promesa despertara de su sueño.

Im Wahren, Guten, Schönen resolut zu leben...

¿Y por qué no —me pregunté, con la cabeza apoyada sobre las suaves orejas de Knobbie— intentarlo de nuevo?

§

Pero no tiene sentido intentar algo así en Londres. Al menos, para mí no lo tenía. Sentía que no podría ser *resolut* rodeada de gente. Las fiestas hacían que me olvidara de lo

Wahr, Gut y Schön. Aquellas reuniones tenían sobre mí el mismo efecto que los teléfonos: anulaban la que, me gustaba pensar, era mi verdadera personalidad. Con inquietud y vergüenza, me daba cuenta de que en ellas prestaba oído a las zalamerías y me volvía melindrosa. Así pues, no es de extrañar que, a su término, cuando por fin llegaba a casa y me encontraba con Pincher esperando pacientemente junto a la puerta y con la buena de Knobbie dormida en su cesta, ambas inocentes criaturas, recuperara en parte mi personalidad desperdigada, como tampoco es de extrañar que me preguntara si aquellas fiestas merecían realmente la pena.

No la merecían. Nunca habían sido de mi agrado. Los amigos, aunque encantadores, en aquellos momentos de hastío solo me parecían encantadores si espaciaban sus visitas, y, ¿cómo espaciar algo en Londres? Allí parecía haber demasiado de todo. Así las cosas, me sentaba abatida en la cama y me dejaba llevar por los recuerdos de los años pasados en Pomerania, donde solo cada seis meses dábamos o asistíamos a una fiesta, y la época gloriosa que viví en Suiza, cuando los invitados se marchaban y nos quedábamos Coco y yo a solas con las montañas.

De aquellas meditaciones concluí que no estaba hecha para las aglomeraciones, y era evidente que Knobbie, a tenor de su comportamiento cuando la sacaba a pasear por el parque, tampoco lo estaba. Cuando caminaba con ella por Whitehall, el ruido del tráfico la aterrorizaba. La compostura que tanto me cautivaba cuando estábamos en casa desaparecía por completo en la calle, y la simple visión de otro perro, por lejos que estuviera, la llevaba al borde del desmayo. Sin duda, una vida de reclusión era lo que mi inexperta y susceptible damisela necesitaba, así como, al parecer, lo que también yo necesitaba si pretendía adoptar en serio una actitud *resolut*. Habría que pensar en Pincher, pero Pincher estaría feliz en cualquier lugar siempre y cuando gozara de mi compañía y de abundante comida, así que un buen día, con un tambaleante Pincher pegado a mis talones y Knobbie debajo del brazo, volví la espalda a Londres y regresé de nuevo al campo.

Qué distintos mis sentimientos de entonces de los que me habían llevado a New Forest a esconderme y olvidar. Y no era solo, según creo, que el tiempo hubiera realizado su labor paliativa y sanadora, sino que además tenía la compañía de mis perros. No había tenido ninguno durante los penosos años que siguieron a la muerte de Coco y a los que puso fin la llegada de Pincher; de haberlo tenido, es probable que me hubiera repuesto antes. Ahora tenía dos, y aunque uno suponía más una carga que una alegría, partí confiada, segura de que aquello era lo mejor para una persona que seguía siendo, imagino, lo que mis tías Charl y Jessie definían como peculiar, y con la esperanza de que a Knobbie le sirviera para recuperar el juicio.

Lo cierto es que me preocupaba mucho por Knobbie, cuyo estado de ansiedad terminó por decidirme. Sin ella, es probable que me hubiera quedado en Londres para siempre y hubiera desarrollado un extraordinario don de gentes.

§

Pincher me llevó a Londres y Knobbie me alejó de allí. Era como si los perros decidieran mi futuro.

A mis conocidos este hecho no les pasó inadvertido y se lamentaron de ello. Utilizaron la palabra «capricho» y añadieron que los caprichos eran deplorables. Sin embargo, yo hice caso omiso, pues quien hace caso a sus conocidos no suele llegar lejos, ni siquiera al campo, y si estaba decidida a algo era a marcharme al campo.

No obstante, en aquella ocasión no me alejé más de treinta kilómetros a fin de poder visitar a mis amigos y pasar con ellos unas horas si alguna vez tenía una recaída y sentía la necesidad de integrarme en la vida social. Pese a estar tan cerca de Londres, el entorno era del todo rural, pues la casa, que se alzaba en solitario, tenía vistas a un campo de golf y los otros tres lados estaban rodeados de bosques.

En aquellos bosques se abrían para Knobbie senderos interminables y seguros en los que jamás se encontraría a un alma, mientras que para Pincher había un espacioso jardín en el que tumbarse y resollar a placer, rodeado de árboles centenarios a la sombra de los cuales podría yacer si le incomodaba el sol. El día que tomamos posesión de la casa no hacía sol, pero como el sol, tarde o temprano, acaba por brillar, su ausencia en aquel momento no me molestó, y allí que nos instalamos, del mejor humor posible, al menos Knobbie y yo; supongo que Pincher, al margen de su apatía, también lo estaba, pues nada más llegar recibió una copiosa cena.

A mí me parecía una casita encantadora. En ella se respiraba paz y tranquilidad. Los bosques, engalanados de otoño, comenzaban muy cerca de la casa, en la parte trasera, y enfrente se extendía el campo de golf, aquel día vacío a causa de la niebla. Junto a la ventana del salón había un palomar que el mismo amigo que me había regalado los perros llenó de palomas cuyo zureo habría de relajarme mientras trabajara. Y en la alfombra que había delante de la chimenea, otro regalo del mismo amigo —no sé cómo llamarlo, ¿el zoólogo, tal vez?—, un gato negro azabache que según él me traería suerte y que enseguida se interesó por Knobbie y decidió ocuparse del aseo de sus orejas.

La cena fue servida, se corrieron las cortinas, las llamas del fuego bailaban, la tetera silbaba. Parecía la escena de una novela en la que la pluma, olvidándose durante unos instantes de los sentimientos elevados, se detenía en la descripción de una sencilla imagen de interior. Y mientras comía magdalenas —que en Londres nunca me habían apetecido, pero que en aquel momento engullía a discreción—, con Pincher sentado frente a mí, observando con atención mis movimientos como si no se hubiera terminado su abundante cena hacía tan solo unos minutos, y con el gato, recién finalizada la limpieza de las orejas de Knobbie, dándole la vuelta con destreza para seguir lamiéndole el estómago, sentí que había retomado el camino de la tranquilidad y que lo único que debía hacer era avanzar por él con paso seguro.

§

Así fue como inicié una nueva etapa de soledad amenizada por perros que, como cabía esperar, me llenaban de satisfacción.

Era Knobbie, por supuesto, la que se encargaba de amenizar, cada día más encantadora ahora que se había librado de sus temores, ya que Pincher, desde que yo había permitido que se ocuparan de él, no servía ni siquiera de adorno. Cuando llegó a mi vida era un perrito agradable a la vista. Solo yo tenía la culpa de que su aspecto fuera ahora tan estrambótico que no hubiera niño capaz de pasar junto a él en silencio, por lo que consideré que los comentarios que propiciaba cuando todavía vivíamos en Londres, durante los paseos diarios que dábamos junto al río, eran parte de mi justo castigo.

También me gustaba vivir en el campo para no tener que soportar esos comentarios, porque me obligaban a caminar con la cabeza erguida de manera antinatural, fingiendo que no los oía o que, de oírlos, no les daba importancia, sobre todo en aquellos momentos delicados, que resultarán familiares a quienes sacan a pasear a sus perros con correa, en los

que no queda más remedio que detenerse y esperar.

¿Qué podía hacer, convertida en el hazmerreír de todo el mundo, sino alzar la cabeza y fingir indiferencia? Sin embargo, mis esfuerzos me costaba, porque a menudo lo que oía me resultaba muy gracioso. «¿Es eso un perro o un yerro? —se preguntó un día a voz en grito un conductor de tranvía que la casualidad quiso que se detuviera justo al lado de Pincher, donde también yo me veía en la obligación de permanecer—. Ya lo sé, tiene pedigrí, seguro. La madre era un erizo y el padre un cabeza de chorlito.»

Siempre me alegraba cuando llegaba la hora de regresar a la seguridad de nuestro apartamento. Sin embargo, ahora, en el espacioso jardín que rodeaba la casa, todo era placidez, y mi pobre erizo —la verdad es que se le parecía bastante— podía andar suelto y no hacía falta que lo sacaran a pasear. Creo que para él supuso un enorme alivio, como, sin duda, lo supuso para mí, que aparte de no disfrutar del regodeo de los viandantes, prefería mil veces salir a correr con Knobbie a tambalearme con Pincher. No obstante, muy a mi pesar, igual que solía esperar mi llegada sentado en el felpudo de la entrada del apartamento, me esperaba junto a la verja, ajeno al frío y a la humedad; de modo que me sentía obligada a volver a casa mucho antes de que Knobbie, por entonces veloz y elegante como un galgo, estuviera lista para regresar, y todo por culpa de aquella criatura paciente e imperturbable, que no se movería de su sitio hasta que me viera.

Y cuando me tenía delante, ¿qué hacía? Se tumbaba a dormir. Solo quería eso, tumbarse a dormir con la certeza de que yo había regresado. En realidad, eso era cuanto Pincher deseaba, aparte de su cena: que permaneciera a su lado mientras él roncaba. Lo cual me irritaba, pues al fin y al cabo no era mi marido.

§

Aquí está Knobbie, el verano siguiente, convertida ya en toda una jovencita, dándole la espalda a Pincher.

Él no aparece en la fotografía, porque justo cuando me disponía a tomarla se tambaleó hacia un lado, tan poco interesado en la compañía de Knobbie como ella en la de él. Desde el primer momento Knobbie se dedicó a volverle la espalda, mientras que a Pincher ella siempre le importó un comino. Pero claro, al pobre perro no le importaba nada en absoluto, y, de no haber sido por el gato, Knobbie habría pasado una infancia solitaria privada de diversión. El gato siempre hizo cuanto estuvo en sus manos, y se lo pasaron en grande juntos hasta que Chunkie, un nuevo regalo del mismo amigo, entró a formar parte de nuestras vidas, momento en que Knobbie, sorprendida por la inesperada aparición de un desconocido cachorro que avanzaba decidido por la habitación, como si la habitación fuera suya y Knobbie, el gato, y Pincher también le pertenecieran, se olvidó para siempre de los gatos y se enamoró perdidamente.



Aquello fue un *coup de foudre*. Y aunque había oído hablar de los *coups de foudre*, hasta entonces jamás había experimentado ni presenciado uno. Con mis propios ojos contemplé la caída del *foudre* que se precipitó sobre Knobbie. A Chunkie, un cachorro de diez semanas mezcla de sealyham terrier, increíblemente pequeño, orgulloso y resuelto, le bastó con mostrarse ufano, mirar con insolencia alrededor y emitir uno o dos ladridos agudos con los que dejó bien claro que nos aceptaba en su vida, para que ella cayera de inmediato rendida a sus pies.

Perro XII Chunkie

Chunkie era, y sigue siendo, un seductor de primera fila.

Está enroscado en mi regazo mientras escribo, y el papel se apoya sobre su lomo dormido.

En la página siguiente, una fotografía de cuando tenía cuatro meses, con esas graciosas marcas en la cara, como cejas arqueadas, a las que todo el mundo se rendía y que le dan un aspecto de asombro permanente.

Me habría gustado hacerle una fotografía el día que la puerta del salón se abrió y apareció solo, por sorpresa. El repartidor que lo llevó a mi casa decidió no presentarse y dejar que causara su particular impresión, y lo cierto es que jamás habría creído que algo tan pequeño pudiera ser tan intrépido, o que criatura alguna, al encontrarse entre desconocidos de tamaño mucho mayor que el suyo, pudiera mostrarse tan decidida.

Tenía el rabo, símbolo orgulloso de un espíritu indómito, erguido como si tal cosa, y

erguido ha continuado desde entonces. En los cinco años que llevo con él no he visto que lo bajara en una sola ocasión, ni siquiera cuando, enojada por su comportamiento, a menudo reprehensible —es un amante extraordinario, siempre dispuesto a recorrer kilómetros y desaparecer durante horas, a riesgo de que se lo lleven, lo atropellen o le disparen, si intuye la posibilidad de aparearse—, cuando, enojada, decía, por tal comportamiento, le levanto la mano con actitud amenazante, entonces, su rabo, en lugar de mustiarse, se agita, y sus ojos, clavados en los míos, son los de aquel que sabe que ha hecho mal, pero aun así considera que el intento ha merecido la pena. A un tiempo petulante, obsequioso y rebelde, se me queda mirando con descaro y no puedo evitar bajar la mano de inmediato. Al fin y al cabo, me alegro de que haya disfrutado y doy las gracias por tenerlo de nuevo en casa.



Cuando el amigo que estaba adquiriendo la monótona costumbre de obsequiarme me regaló a Chunkie, lo añadió a lo que mis amistades comenzaban a denominar «la colección de animales salvajes», y lo añadió porque el segundo invierno en aquella casa le pareció haber observado en mí señales de descontento, de una tendencia a caminar hacia la ventana y fruncir el entrecejo por culpa del tiempo, de un deseo, a sus ojos excesivo porque para él carecía de importancia, de que en Inglaterra brillara el sol con más frecuencia de lo que lo hacía. Y tras haber observado las señales en silencio había resuelto que cuanto necesitaba era otro perro. Para estabilizarme. Para atarme al lugar en el que me encontraba. Pues si bien, según él, una mujer podía marcharse fácilmente con un perro, y ya no tan fácilmente con dos, con tres la tarea sería tan complicada que no se atrevería a acometerla, y queriéndolos a los tres y por tanto incapaz de dejarlos atrás, se quedaría allí donde estuviera y sus amigos podrían seguir visitándola y tomando el té con ella.

Aquellas eran sus consideraciones simplistas, hasta cierto punto acertadas. No obstante, se equivocaba dando por hecho que tras la llegada de Chunkie, yo quería a los tres perros. No era así. Quería solo a dos. En lo concerniente a Pincher, lo único que sentía era una responsabilidad cargada de reproches, y cualquier momento habría sido bueno para alejarme de él, si le hubiera encontrado un buen hogar. Naturalmente, jamás le confesé eso a mi amigo, que me lo había regalado, y que, pese a sus dotes de observación, nunca reparó en que Pincher no ocupaba un lugar en mi corazón.

Pese a esas dotes de observación, tampoco averiguó la razón por la que me

espantaba pasar otro invierno en aquella casita. La nuestra era una amistad mantenida y en esencia sustentada por los perros; o al menos así era como yo la percibía, puesto que me guardaba muchas cosas para mí. Creyera él lo que creyese, lo cierto es que no tenía ni idea, y lo último que se me hubiera pasado por la cabeza habría sido comentarle mis íntimas decepciones y las causas de mi vergüenza.

Allí se sentaba los días que venía de visita a tomar el té rodeado de sus regalos de cuatro patas, sin sospechar que horas antes, durante la mañana de intensa e implacable lluvia, yo había estado mordiéndome los puños a causa de mi incapacidad, creciente tras cada día lluvioso que pasaba, de ser *resolut* cuando el tiempo era desapacible.

No cabe duda de que todos nos hemos sentado alguna vez entre personas de modales sobrios que comían magdalenas con aspecto imperturbable y mantenían una conversación pausada que no reflejaba cómo se sentían realmente por dentro, personas que, quizá, aquella misma mañana también se hubieran mordido los puños por alguna preocupación secreta. ¿Quién es capaz de adivinarlo? Tal vez a mi amigo el zoólogo también le estuviera reconcomiendo el espíritu algún pesar en aquel instante, mientras parecía estar sentado plácidamente junto al fuego, aunque lo dudo, porque él era un hombre que ya había tomado una determinación, que no era otra que regalarme perros, y el hecho de haber tomado una determinación tiende a proporcionar ese equilibrio interior que se llama paz.

Sin embargo, yo, tras diez semanas de fríos aguaceros casi constantes, estaba descubriendo con pesar que mis planes de vivir resueltamente, los mismos que me habían alejado de Londres y habían hecho que me instalara en la soledad, se quedaban en nada cuando llovía. En otras palabras, aunque deseaba más que nunca perseguir lo *Wahr*, lo *Gut* y lo *Schön*, solo me sentía capaz de hacerlo con el brío necesario si brillaba el sol.

No era de extrañar que me mordiera los puños. Aquel desconcertante descubrimiento fue desalentador. Sentía una vergüenza terrible. Pero así era, y sentir vergüenza no hacía que cesara el frío y la lluvia, y el frío y la lluvia me causaban sabañones, y los sabañones lo desbarataban todo. Especialmente desalentador era recordar que no me había sentido de ese modo en mi casa de las montañas, donde el viento rugía y la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas durante semanas interminables, todo ello sin que se apagara por un instante la chispa de mi interior. Era probable que allí también hubiera tenido sabañones, pero habían alterado tan poco mi estado de ánimo que no era capaz de asegurarlo. ¿Sería que me estaba haciendo mayor? ¿Acaso era aquella la manera, la manera trivial y despreciable, en que la edad tenía intención de manifestarse: en altibajos, en una dependencia del buen tiempo y en una extrema aversión por las nubes que no se disipaban?

La edad. Hasta ese momento no había pensado en ella, o solo en la de los demás. Entonces, por primera vez, la idea de que también yo pronto me haría mayor, de que quizá ya estuviera comenzando a serlo, se me pasó por la cabeza. Y fue un momento de profunda impresión.

§

Una de mis amistades —en este caso, una mujer— llevaba una vida plácida bajo el sol. Vivía en la Provenza y en una de sus visitas a Londres pasó por mi casa, llenando el salón en aquella tarde oscura, o así me lo pareció, de todo el resplandor del sur. La luz y el calor de un clima benigno parecían flotar todavía a su alrededor; era como si aquella mujer desprendiera el brillo del sol que había dejado atrás, y con cada movimiento que hacía a mí

me parecía percibir en el aire una dulce fragancia floral, como de jazmín.

«¿Por qué no vienes a vivir cerca de mi casa? —me dijo—. Sé de una casita situada entre olivos. En noviembre —entonces estábamos en noviembre— está rodeada de espesa hierba y margaritas blancas y rosa de largos tallos.»

Resulta extraño que tan pocas palabras sean suficientes para alterar por completo una vida. Entonces no conocía esas margaritas blancas y rosa de largos tallos, pero hoy sí, y es en esa casita del color de la madreSelva, con terreno por delante y por detrás que la convierte en espaciosa, donde ahora me encuentro escribiendo, donde la persona temblorosa crispada por el frío que después del desayuno intentaba, bafeándose los dedos, sostener una pluma, se ha transformado en alguien que ya no tiene que poner sus esperanzas en que el día siguiente amanezca soleado porque sin duda lo hará, y si no lo hace, seguro que así será el día después.

No sé cómo se siente la gente, pero para mí eso es lo que marca la diferencia entre dar gracias a Dios por mi creación, mi continuidad y todas las alegrías de la vida, y permanecer en inquietante silencio. Si me hubiera trasladado directamente aquí desde Pomerania —y, en el primer instante de disfrute de la libertad para escoger dónde vivir que caracteriza a las viudas, hubiera elegido la luz, el calor y las fragancias—, ¡qué bien le habría sentado a mi espíritu! En lugar de envejecer a fuerza de pensar en la edad, habría rejuvenecido; en lugar de vivir momentos de desesperación, habría sentido una calma inquebrantable. Es imposible no contagiarse de por lo menos un poco de la serenidad, la cortesía del cielo bajo el que se vive. Cuando se camina acompañado de belleza, esta acaba por impregnar el espíritu y quedarse allí para siempre. Yo camino acompañada de belleza, no como la dama del poema de Byron, que caminaba acompañada de la suya propia, sino de la belleza de la luz, el calor, el color y la fragancia. Qué fácil ser *resolut* en un entorno como este. Un juego de niños. Es un estado natural. Y si no fuera porque estoy escribiendo sobre perros, me tomaría un momento para exponer las muchas razones que tengo para adorar a la amiga que me trajo a este lugar.

La muerte de Pincher

Knobbie y Chunkie vinieron conmigo a la Provenza, pero Pincher, durante el año que tuvimos que quedarnos en la casa frente al campo de golf a la espera de que la del color de la madreSelva estuviera lista, envejeció tanto, engordó tanto y se volvió tan inamovible, que, en lugar de dejarlo con alguien en quien no pudiera confiar, me pareció un acto de bondad permitir que lo sacrificaran.

Hice cuanto estuvo en mis manos para encontrarle un hogar, pues no había perdido la ilusión por la cena y la idea de que una orden dada por mí bastara para que no volviera a disfrutar de ella, me resultaba perturbadora. Pero ninguna de las personas en que confiaba quería al pobre Pincher. Todo aquel a quien se lo ofrecía respondía que no le importaría quedarse con Chunkie. Incluso el amigo que me lo había regalado se opuso a hacerse cargo de él, alegando que ya no era el perro que una vez había sido (¡cómo si yo no lo supiera!), y que pese a tener solo tres años aparentaba por lo menos treinta.

«Lo que en un perro normal es un año —dijo mi amigo, mientras lo observaba con atención—, en este parecen ser diez.»

Y como treinta años no es una buena edad para un perro, y nada hacía presagiar que cuarenta tuviera que serlo, y nadie lo quería y yo no podía llevármelo, todo apuntaba a que

tendría que ser sacrificado.

Sin embargo, resulta terrible dar la orden que catapultaba a una criatura a la fría eternidad de la muerte. Ahí estaba Pincher, calentito y satisfecho, aún capaz de arrastrarse junto al fuego y roncar, aún entusiasmado por la cena. ¿Cómo podía yo privarlo de un mañana? No pude. No lo hice. Seguí aplazándolo y aplazándolo, y él siguió disfrutando de mañanas y cenas en cantidades cada vez más fastuosas.

Pobrecito Pincher. No fue hasta el último día en aquel lugar, llegado ya el momento impostergable, cuando el veterinario que había cuidado de lo que mis amistades llamaban ahora Whipsnade vino a casa, y una vez el pobre perro se hubo terminado su última cena — un banquete, en realidad, consistente en todo aquello que más le gustaba—, le proporcionó, con gran delicadeza, un apacible final.

Lo enterré en el jardín. Ojalá mi final sea igual de sencillo. Pero incluso ahora, que ya han pasado cinco años, no logro pensar en Pincher sin que me recuerde la conciencia.

§

Si este no fuera un libro únicamente sobre perros, ahora me entretendría en un bisabuelo que tuve, y en su hija, mi tía abuela, que murieron como Pincher, después de una cena copiosa. En su caso no se precisó la mano de ningún veterinario; bastó la cena. Aunque advertido, mi bisabuelo siempre se mostró desafiante. Según se cuenta en la familia, sus últimas palabras fueron que poco le importaba la opinión de los demás, que un buen pato con guisantes bien valía desafiar a la muerte. Mi tía abuela, mujer de la misma sangre obstinada e indómita, hizo a su vez comentarios similares, aunque lo que a ella le causó la muerte, mucho más innoble a mi parecer, fue el bacalao. Pero como no estoy escribiendo sobre mis antepasados sino sobre Chunkie y Knobbie, vuelvo a ellos: sus cachorros nacieron en la casa del color de la madre selva, una casa por entonces rodeada, casi hasta el tejado, de las entusiastas rosas del sur.

Chunkie, una vez se hizo adulto, no era de esos perros que eluden el matrimonio, y tras haber visto frustrado su deseo tantas veces por culpa de mis intromisiones, así como por el hecho de ser bastante más bajo que Knobbie, aguzó el ingenio, esperó su ocasión, la encontró un día en que ella bajaba por las escaleras delante de él, la aprovechó y nueve semanas más tarde los frutos de su amor nacieron en el sofá de mi habitación.

No puedo negar que me habría complacido que hubiera elegido otro lugar. Jamás supuse que el *accouchement* tendría lugar en casa; ya había hecho todos los preparativos para llevarla a la clínica, según mis cálculos, con tiempo de sobra. Pero me equivoqué en una semana, y una noche, mientras leía y ella yacía a mis pies aparentemente dormida, se incorporó de repente, se volvió, se sentó frente a mí y me miró fijamente.

Su mirada era tan intensa que atravesó la cubierta de mi libro, de modo que lo solté y le pregunté si quería que la dejara salir.

No se movió, siguió mirándome, y yo, inexperta en situaciones de ese tipo, retomé la lectura. Sin embargo, no lograba concentrarme. Los ojos que había al otro lado del libro tenían una expresión tan penetrante que por fin me levanté, me dirigí a la puerta y la animé a salir al jardín. Pero en lugar de salir, corrió de vuelta a mi habitación, subió al sofá y comenzó a tener cachorros.

De inmediato empezó el bullicio en la casa. Mi sirvienta, que se encontraba ordenando su habitación, abandonó lo que tenía entre manos y bajó corriendo mientras anunciaba a voz en grito la escena que se estaba produciendo en el sofá. Subí por las

escaleras como una flecha, se agitaron campanillas, pasos apresurados retumbaron por toda la casa, el chófer corrió a buscar al veterinario y, de todos, solo Knobbie consiguió mantener la calma.



Por la forma en que se comportó antes de que llegara el veterinario, en cuyas manos se abandonó con una confianza conmovedora, cualquiera habría creído que aquel era su décimo parto en lugar del primero. Sabía exactamente qué hacer con cada cachorro al que daba a luz y lo hizo. Era la viva imagen de la serenidad, solo nos pidió, hasta que llegó el veterinario, que la dejáramos en paz. Una vez hubo terminado, nos encontramos con seis cachorros, dos de los cuales nacieron muertos por culpa de aquel salto para subir al sofá, según el veterinario.

Esta es una fotografía de ella tres semanas más tarde, amamantando orgullosa a los cuatro cachorros restantes.



En la de la página siguiente aparece mirando con un punto de preocupación y reproche al pequeño que, de hecho, se convirtió en el chico malo de la familia, y en la de abajo aparece yo, pisoteada por los cuatro un poco más tarde, cuando para mí ya se habían convertido en criaturas perfectas.

Tengo la impresión de que me sentía tan orgullosa de ellos como Knobbie. No es posible que ella los quisiera más que yo.

Un efecto de la maternidad, en mi opinión de lo más extraño, fue que desarrolló una profunda antipatía por Chunkie. Cualquiera diría que no había tenido un parto sencillo, pero lo cierto es que no podía guardarle ningún rencor porque no padeció en absoluto. Aun así, eso hizo, se dedicó a dar muestras de una antipatía evidente, dedicándole las expresiones más horribles cada vez que él pasaba cerca de ella, y si tenía la osadía de dirigir la mirada a alguno de sus retoños, los gruñidos que emitía eran aterradores.



¡Mi dulce Knobbie, convertida al salvajismo por la experiencia que, más que ninguna otra, se suponía habría de ablandar a una dama! La observaba sorprendida mientras recordaba la absoluta devoción que solía mostrar por Chunkie, cuando no toleraba perderlo de vista, cuando lo animaba a que jugara con ella y, adúladora, se reía con ganas de lo que, supongo, eran sus bromas. Y si aún hay alguien que se atreve a decir que los perros no se ríen, que se fije en esta fotografía en que Knobbie lo hace: ¿acaso no se está riendo? ¿Y no tiene Chunkie ese aire de versado *raconteur* que tras haber hecho una gracia se duerme en los laureles mientras el público da rienda suelta al esperado regocijo?

Los perros siempre me hablan de mí. Qué duda cabe de que también yo debí de tener el aspecto de Knobbie en esta fotografía cuando, antes de casarme con ellos, me reía con las historias ocurrentes de los que se convirtieron en mis maridos. Es evidente que con el tiempo, una vez el matrimonio me hubo familiarizado con las historias, dejé de reír con tanto entusiasmo, aunque la ventaja de la repetición es que el que escucha sabe en qué momento volver la cabeza y, como Knobbie, comenzar a gruñir.

Sin embargo, cuando tomé esta fotografía, ella aún se encontraba en su época de juventud libre de cargas. A partir del día en que nacieron sus cachorros, no había nada que Chunkie pudiera hacer, ninguna broma, por divertida que fuera, que una vez comunicada a Knobbie en la forma misteriosa en que se comunican los perros, consiguiera arrancarle una sonrisa. Menos educada —¿o debería decir menos abyecta?— y más honesta que yo, sencillamente, ella no se molestaba en reír. Solo pensaba en sus hijos. Aquellas cariñosas criaturas coparon toda su atención, y también la mía, pues no tardé en descubrir que cuatro cachorros, en cuanto comienzan a corretear, requieren vigilancia constante.



Durante un largo período de tiempo traté de convencerme de que podría hacerme cargo de los cuatro, en apariencia todos ellos encantadores por igual, pero a medida que fueron creciendo la esperanza se desvaneció. Cada vez resultaba más difícil atenderlos a todos, y al fin no tuve otra opción, muy a mi pesar y con infinita tristeza, que regalar dos de ellos a amigos.

Con todo, aún tenía cuatro perros, y mis amistades, que no tardaron en enterarse, me escribieron para decirme que les parecía una situación lamentable. «Solo vives para tus perros», me dijeron, y la verdad es que a menudo sentía que tenían razón, tantas eran las atenciones que, necesariamente, tenía que dedicarles a los cuatro en cuestión de ejercicio, cepillados, alimentación y, en el caso de los cachorros, adiestramiento en lo relativo a sus necesidades, que tanto habría de contribuir a su bienestar.

Aunque no lo parezca, cuatro perros son muchos perros, por lo que los comentarios de mis amigos no me sorprendieron en absoluto. Lo que ellos no sabían era el enorme placer, júbilo y ejercicio que me proporcionaban. Ciertamente que en ocasiones el ejercicio me resultaba excesivo y cuando estaba cansada me planteaba que tal vez hubiera debido embarcarme en una aventura como aquella siendo más joven, pero en cualquier caso, los dieciocho meses que los cuatro pasaron junto a mí fueron los más dichosos y animados, también los más extenuantes, de mi vida.

A las personas con tendencia al anquilosamiento, a las que comienza a espesárseles la sangre por culpa de la inactividad, les recomendaría que probaran a ocuparse de cuatro perros, dos de ellos cachorros. Y que no los dejaran al cuidado de sus sirvientes, sino que se ocuparan de ellos de verdad.

Perros XIII y XIV Woosie y Winkie

Los dos que decidí quedarme fueron Woosie y Winkie. En cuanto a Winkie, jamás me cupo la menor duda de que sería mi perro, tan evidentes y tempranas fueron las muestras de su inteligencia y sensibilidad. Completamente blanco salvo por el lado derecho de su cara, que era negro, y una gran mancha del mismo color en mitad de la oreja izquierda, pronto destacó entre los demás por su cariño y devoción hacia mí. Era un perro de un solo hombre, y yo, cuando tuvo edad de formarse sus propias ideas, me convertí en su hombre.

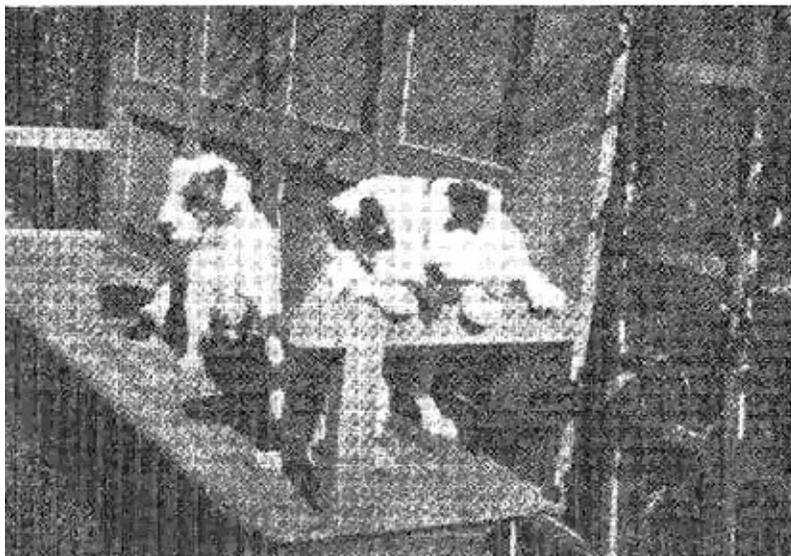
En la página siguiente cuando tenía un año, sentado en mi orgulloso regazo.



Sobre Woosie tuve mis dudas. Tras haber valorado sus méritos y los de los otros dos, me decidí por él porque consideré que, de toda la camada, era el que más se parecía a Chunkie.

Se le parecía. En realidad, no logro imaginar ninguna situación en que las apariencias puedan haber sido más engañosas que en su caso. Chunkie era un perro adorable; Woosie no. Tenían el mismo pelaje, pero no el mismo carácter. Con el tiempo, cuando ya era tarde, pues había regalado los otros dos, me sorprendió lo ciega que había estado al dejarme llevar por un parecido tan superficial. A excepción del pelaje, cuando Woosie cumplió los dos meses era ya evidente que no había en él el menor rastro del carácter encantador de su padre. Su cabeza no guardaba ningún parecido con la generosa amplitud de la de Chunkie, sino que era estrecha, como un bulto extraño, y los ojos, en los

que se adivinaba una ligera bizquera, carecían del brillo bondadoso, de la expresión amable de «vive y deja vivir» que volvía los de Chunkie tan atractivos. Si hubiera tenido más experiencia, la forma de su cabeza y la expresión casi taimada de sus ojos me habrían servido de advertencia, pero me dejé llevar por el grosor de su pelaje ondulado, y cuando tuvo edad para hacer de las suyas, se reveló como un perfecto diablillo.



Aquí está, sin duda susurrando maldades al inocente oído de Winkie, mientras su padre demuestra su desaprobación manteniéndose apartado de él.

No encuentro explicación a cómo la angelical Knobbie fue capaz de engendrar semejante criatura, no le encuentro explicación. Cómo unos padres tan encantadores pudieron tener un hijo como aquel sigue siendo un misterio. Durante mucho tiempo me resistí a creer que sus ronquidos y dentelladas fueran en serio, prefería pensar que estaba jugando. En aquel momento eran insignificantes, de acuerdo con su tamaño insignificante, pero cuando creció también lo hizo la intensidad de sus mordeduras, y supuso un fuerte impacto descubrir que, de no ser porque Winkie era aún más grande, quedaría más bien poco de él. Incluso en superioridad de condiciones, en ocasiones salió malparado. Aquella oreja con la mancha negra en medio que tanto orgullo despertaba en mí, corría el riesgo permanente de acabar en dos mitades. Muy pronto me vi obligada a inmiscuirme en lo que durante tanto tiempo había tomado por juegos y asumir el hecho de que Woosie era un perro malvado, cuyos jugueteos no eran sino luchas encarnizadas.

Lo más perturbador era que comenzara a bregar en el coche. Una vez hubieron crecido, me habitué a sacarlos en coche con sus padres todas las tardes a las tres; es decir, justo antes de que pudiera verme inmersa en el torbellino de los felices acontecimientos sociales que sacudían la Costa Azul desde las cinco de la tarde hasta una hora, bien entrada la noche, que nunca he querido averiguar. Los llevaba a bosques y campos alejados de la carretera para que pudieran correr sin peligro. No bien aparecía el coche, los cuatro entraban de un brinco, tres en el asiento trasero y Knobbie al frente, junto a mí, y con una frecuencia alarmante, en lugar de quedarse quieto y comportarse como su hermano, Woosie empezaba a buscar pelea.

Resulta en extremo desagradable conducir un coche lleno de perros que se pelean.

No conozco nada más difícil ni perturbador. Si te detienes, los echas del coche y los dejas en la carretera te arriesgas a que los atropellen. Si te detienes y no los echas del coche, puedes estar más o menos segura de que también tú acabarás hecha trizas y sangrando. Aun así, por lo general, lo más seguro era detenerse, de modo que lo hacía a un lado de la carretera, con la mayor firmeza de que era capaz habida cuenta de las circunstancias, y allí, por lo menos a salvo de colisiones con otros vehículos, me volvía por encima del asiento y a fuerza de tirones y exhortaciones recriminatorias, hacía cuanto estaba en mis manos para separar al revoltijo de perros peleones que tenía detrás.

Knobbie nunca se peleaba, sino que, una vez comenzada la pelea, reculaba hasta el rincón más alejado y contemplaba la escena con pesar. Chunkie jamás iniciaba la contienda, pero una vez en marcha no se resistía a participar. Lanzándose a ella de cabeza, peleaba con un rigor y un placer que me aterrorizaban, porque tenía una panza tan tersa y abultada que un mordisco de cualquiera de sus enfurecidos hijos la habría perforado. Sin embargo, nunca lo hicieron, ni ninguno de nosotros resultó herido de gravedad, aunque a tenor del ruido y la violencia, cualquiera habría pensado que nadie podía salir de aquel coche con vida, y mucho menos de una pieza. Al menos durante el regreso dominaba la paz y conseguíamos llegar en relativo orden, porque a esas alturas ya habían corrido y el ejercicio les había calmado los ánimos.

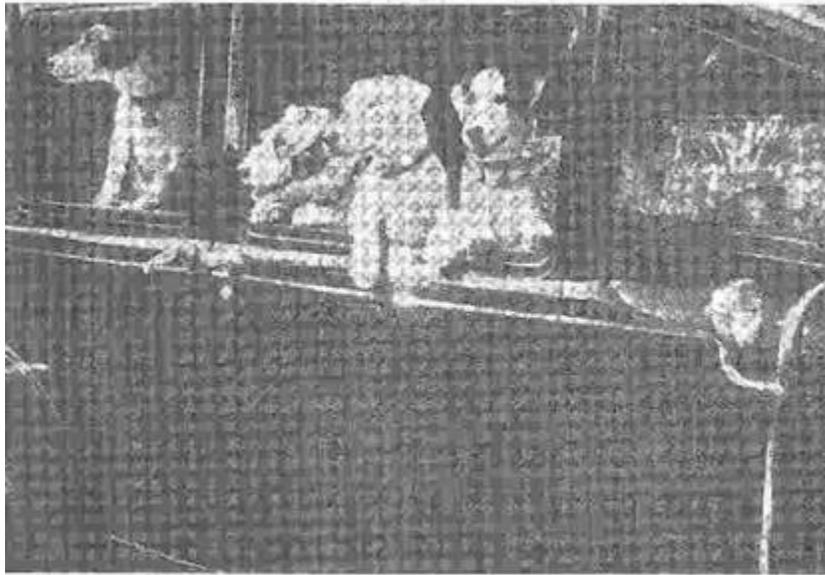
¡Pero cuánto ejercicio necesitaban para alcanzar ese estado! Tengo la impresión de que de todas las razas la terrier es la más movida. Cada día nuestros paseos requerían más y más tiempo para apaciguar su creciente entusiasmo, y no tenía sentido tratar de evitar mi parte del ejercicio sentándome en el tronco de un árbol mientras ellos se perseguían, porque si lo hacía, interrumpían de inmediato lo que estuvieran haciendo y también se sentaban, inquietos, lloriqueantes, temblorosos de impaciencia por volver a jugar, y no se levantaban hasta verme en pie, lista para seguir adelante.

Aquello era de lo más agotador. Habían nacido el día de Todos los Santos, que, como todo niño de coro sabe, es el 1 de noviembre, y cuando alcanzaron la edad en que se volvieron incansables, abril y mayo habían comenzado ya a regalarnos su calor. Entonces descubrí que no me resultaba nada sencillo mantenerme tan activa en aquella primavera meridional. Sin embargo, a ellos no les afectaba, de modo que guiados por la rauda y elegante Knobbie, y con el paticorto aunque indómito Chunkie en la retaguardia, cruzaban los campos al galope como si el calor no existiera, mientras que yo, muy rezagada, me esforzaba por continuar y daba las gracias si lograba no perder de vista a aquellos cuatro cuerpecillos blancos.

Para mí, el único momento agradable de nuestras salidas era cuando regresábamos al coche. Una vez allí los encerraba, soltaba un suspiro de alivio, me dejaba caer en el asiento y le pedía a Dios que, al menos durante aquel día, no tuviera que dar un paso más. Con todo, lo cierto es que aquellos padecimientos diarios me resultaron muy beneficiosos. Me mantuvieron en forma, me aligeraron y evitaron que acumulara las curvas que a nadie le gusta tener, mantuvieron alejado el momento, que supongo no tarda en llegar a aquellos que acumulan en lugar de liberar, de la falta de aliento y el ensanchamiento del contorno. Y desde luego, hasta entonces no había sabido apreciar la deliciosa sensación de estar sentada.

«Hemos oído —me escribieron mis amigos— que estás adelgazando. La delgadez no favorece. Y no cabe duda de que esos perros tienen toda la culpa.»

Aquí están esos perros, a la espera de que los deje salir del coche y entrar de nuevo en casa tras una de nuestras excursiones. A la izquierda está Knobbie, después Chunkie, Winkie y por fin Woosie.



No logro evitar pensar que incluso en ese momento de calma Woosie tiene cara de perrito péfido, atento a la más mínima oportunidad de hacer daño.

La muerte de Woosie

No obstante, cuando murió lloré su pérdida. Un amigo talentoso que se quedó en mi casa ese verano, muy dado él al noble arte de la poesía, escribió lo siguiente sobre mi casa y sus ocupantes:

*Este es el hogar de las Gracias y las Musas.
Y el de Knobbie, el de Chunkie, el de Winkie y también Woosie.*

¡Ay!, lástima que no fuera el de Woosie por mucho tiempo. Apenas se hubo secado la tinta del pareado, este dejó de ser aplicable al pobre perro, que cayó cruelmente en las garras de la muerte. Y no me sirvió de consuelo que él hubiera tenido la culpa, que su desobediencia desafiante lo precipitara a su destino.

Desde los inicios de su carrera fue evidente que Woosie no estaba por la labor de obedecer a nadie. Ya podía silbar hasta quedarme sin aliento, llamarlo, amenazarlo, implorarlo, engatusarlo, que él, sin inmutarse, continuaba con lo que en ese momento ocupaba su atención. Si, tras el deshonroso método de correr a atraparlo por fin lo conseguía y amenazaba con darle un azote, él, por su parte, amenazaba con mordirme, y a veces lo hacía. Si a fin de evitar futuras huidas lo ataba con la correa, se sentaba y no se movía a menos que lo arrastrara. Y como no podía arrastrarlo, no se movía. Por fin, derrotada, le quitaba la correa, lo tomaba en brazos y, ajena a sus furiosas dentelladas e intentos por zafarse de mí, caminaba con él durante un rato para hacerle entender que su única opción era pasear junto a nosotros y que no podía salir corriendo por su cuenta.

Pero ¿de qué sirvió? En el mismo instante en que lo dejaba en el suelo —y no tardaba en hacerlo, pues nadie logra cargar durante mucho tiempo con un perro que se revuelve—, salía de nuevo disparado, en ocasiones tras Winkie, que si no lo molestaban era

un perro de una obediencia exquisita, pero que en aquellas ocasiones también salía disparado. Sin embargo, a Winkie no me costaba hacerlo volver. Para ser feliz le bastaba con saber que yo me encontraba cerca, y aunque cuando abría la puerta del coche se precipitaba entusiasmado junto a los otros perros, era el único que se detenía de vez en cuando para asegurarse de que los seguía. Así pues, era tan cauto como sus experimentados padres a la hora de cruzar carreteras, porque cuando llegaba a una siempre me esperaba y en el momento en que le daba la orden, la cruzaba a gran velocidad.

A Woosie jamás se le pasó por la cabeza esperarme o cruzar a toda prisa. Al contrario, solo parecía dispuesto a aminorar la marcha cuando estaba en medio de una carretera. En ellas se entretenía, él que no se entretenía jamás, y se detenía a olisquear cualquier objeto que le llamara la atención, como si los bólidos que tomaban las curvas y pasaban junto a él con la implacable impetuosidad propia de los franceses no existieran.

Aquello fue su perdición. Llegó el día en que los otros y yo, como siempre, corrimos para cruzar una carretera en apariencia tranquila, y él, como siempre, se detuvo justo en el medio. Cuando llegué al otro lado, lo llamé y silbé, como siempre, y como siempre, no me hizo el menor caso. Era una carretera secundaria, en la que nunca había observado mucho tráfico, por lo que en lugar de regresar y tomarlo en brazos como habría hecho de haber sido una *route nationale*, avancé unos pasos entre un arbusto de salvia y jaras, mientras le gritaba que fuera un buen perro y me siguiera; y esos pasos fueron suficientes para evitar que llegara a tiempo de salvarlo cuando un coche tomó la curva a gran velocidad.

Como lo había golpeado antes incluso de que yo pudiera comenzar a correr, siguió su camino sin importarle lo que dejaba atrás en la carretera. Cuando llegué a él estaba vivo pero inconsciente, de modo que lo metí en el coche y conduje frenéticamente hasta la clínica veterinaria más cercana con los otros tres perros, consternados, hechos un ovillo, en el asiento de atrás.

Durante el viaje, la pobre criatura, hecha una lástima, se despertó, y entonces comenzó el horror. Tuve que reducir la velocidad para no causarle más agonía, y creí que no llegaríamos al veterinario a tiempo. Me pregunté qué pasaría si el veterinario no estuviera aquel día. ¡Ay! En mi vida me he sentido agradecida en muchas ocasiones, profundamente agradecida, pero nunca tanto como al descubrir que sí estaba allí.

Juntos trasladamos al desgraciado perrito a la mesa de operaciones, donde, ya más tranquilo, permaneció quieto, con la mirada clavada en mí, a quien, sano y feliz, tan poco caso había hecho. En aquel terrible último momento, yo era su única esperanza. ¡Menuda esperanza!, lo único que podía hacer era acariciarle la cabeza y susurrarle, deseosa de que el veterinario pusiera fin a su sufrimiento cuanto antes: «Pronto estarás mejor, bonito, muy pronto estarás mejor».

Me dio la impresión de que me entendió y me creyó. Mantuvo los ojos clavados en los míos hasta que el bendito sueño que el veterinario le proporcionaba se los cerró lentamente para siempre. No hubiera sobrevivido. Las heridas eran demasiado graves. ¿Y qué decir de la gente que viajaba en el coche —le comenté al veterinario cuando hubo terminado—, que a sabiendas de lo que había hecho (mientras me abría paso entre los arbustos me había fijado en que alguien miraba por la ventana trasera), siguió su marcha como si nada? ¿Acaso podía existir perdón en este mundo para gente así? El veterinario se encogió de hombros. *Après tout, madame, ce n'est qu'un chien*, concluyó.

Mientras conducía de vuelta a casa con Woosie envuelto en una manta que le había pedido al veterinario a mis pies —estaba tan quieto, él que nunca lo había estado, y tan conforme—, tuve la sensación de descubrir por primera vez en su justa medida la crueldad y el sufrimiento de la vida, así como el alivio definitivo, el único consuelo real que solo ha de encontrarse en la muerte. De valorar en alto grado el hecho de estar viva —pues, aparte de algunas etapas desgraciadas, siempre he sido una mujer afortunada y feliz—, pasé a valorar en alto grado la posibilidad de estar muerta. A consecuencia de aquello. Sin atormentarme. Libre de cualquier congoja lastimera. Durante el viaje mi mente tomó derroteros que los satisfechos considerarían morbosos; se adentró, en definitiva, en la cruel realidad. Como no podía haber sido de otro modo con aquella cosita inerte, una cosa que hasta hacía tan poco había sido uno de mis mejores amigos, que hacía tan solo una hora rebosaba vida y disfrutaba con frenesí, tumbada a mis pies, atrapada en la terrible mansedumbre de la muerte. El fin de Woosie. Y la manera en que le llegó me dejó con el enorme deseo, con la ferviente ansia de rogar que perdonara, que todos los pobres animales indefensos perdonaran, la tremenda crueldad de los humanos.

En el camino de vuelta pasé junto a un asno, una bestia menuda que caminaba a paso lento, esforzándose por tirar del enorme individuo que lo guiaba sentado sobre una montaña de artículos del hogar. Sin embargo, sus esfuerzos no lo libraban de los golpes. Era golpeado con fuerza y a menudo. Y al mirar la cara de aquel hombre pensé que para un asno sobrecargado, un perro pateado, un gato apedreado, este debía de ser un mundo poblado por demonios.

Aun así, cuando llegué a casa sentí la calma infinita propia de las tardes veraniegas en el sur. ¿Demonios? Tal palabra era escandalosa. El cielo seguía límpido tras una puesta de sol de oro puro. La silueta escarpada de las montañas de Esterel, delicadas y oscuras, se extendía hasta un mar del color de las perlas. Daba la impresión de que los cipreses, negros e inmóviles, se alzaban como solemnes testigos de la gloria de Dios, y el campo estaba sumido en un silencio tan profundo que parecía que el mundo entero estuviera absorto en sus plegarias de antes de ir a dormir. Por supuesto, no era así. Los que viajaban en el coche que había matado a Woosie a esas horas estarían ya en Montecarlo, probablemente dedicados a cualquier cosa menos a oraciones. Y en las casas de los campesinos, en cuyas ventanas las luces comenzaban a titilar, había, en su opinión, pocos motivos para dar gracias al cielo.

Pero entonces, ¿qué clase de mundo era ese?, me pregunté, mirando en derredor todas aquellas cosas con perplejidad y perturbación. ¿Era toda aquella belleza una mera pantomima? ¿Se trataba acaso de una broma pesada que las criaturas inocentes debían soportar? ¿Era tan solo un manto de belleza corrido sobre el horror, de manera que si se levantaba una esquina descubriríamos algo tan terrible, tal cantidad de sufrimiento y crueldad, que nadie podría volver a vivir en paz?

El jardinero me ayudó a enterrar a Woosie. Lo enterramos en absoluto silencio. No se hicieron preguntas y no se dieron explicaciones. Cuando terminamos, el breve crepúsculo de que disfrutábamos en el sur había tocado a su fin y ya había estrellas.

Sencillez y claridad sin sombra de mancha...

Aquellos poetas...

En la página siguiente aparecen los tres perros que me quedaban el invierno que siguió —Chunkie bajo mi brazo derecho, Knobbie bajo el izquierdo y Winkie, de pie, apoyado en mi rodilla, todos ellos con un desasosegado interés por averiguar qué hacía el hombre de la cámara.

Llegado ese momento los quería ya tanto que resultaba casi doloroso. Y no es que temiera que pudieran correr la misma suerte que Woosie, pues tanto Knobbie como Winkie eran de lo más obediente, y Chunkie, aunque no reaccionaba a las órdenes al instante, era muy listo y se manejaba bien en la carretera. Tras la muerte de Woosie parecían más unidos, como por un afecto libre de distracciones. Las peleas eran cosa del pasado. Ya no había reprimendas. Nunca más tuve que alzar una mano. Y Winkie se volvió tan inteligente y avisado en aquel ambiente de paz, que no tardó en convertirse en un perro excepcional.

Por ejemplo, ¿qué podría ser más excepcional que el modo en que una noche manejó una situación de lo más desagradable? Me desperté cuando salió de la cesta y comenzó a tener la clase de arcadas que suelen preceder al vómito; tras perder la serenidad porque acababa de cambiar la alfombra, no se me ocurrió nada mejor que correr arriba y abajo por la habitación como una gallina descontrolada, primero hacia la puerta del balcón, después hacia la puerta del pasillo, incapaz de decidir por cuál sería mejor que saliera, pero muy segura de que era necesario que saliera cuanto antes. Y él, pese a sus tribulaciones, encontró tiempo para, entre dos arcadas, volver la cabeza y mirarme, como queriéndome decir: «No te preocupes, yo me encargo de todo», y aún con náuseas pero lúcido avanzó hacia mi cuarto de baño donde, una vez situado ante el inodoro, con gran cuidado, gran habilidad y premeditación, vomitó.

Mantengo que es imposible pensar que un perro así no es dolorosamente valioso. Y al margen de su inteligencia y autocontrol, contaba con el valor añadido de que sentía hacia mí una adoración incondicional. Es fantástico que te adoren incondicionalmente. Las veces que me ha sucedido siempre he disfrutado mucho. Y en el caso de Winkie, además, duró. Desempeñó el papel del perfecto marido: abandonando a los suyos, se dedicó a mí por completo.



Rara vez apartaba aquellos ojos hermosos y bonachones de mí. Cuando se iba a dormir y se veía obligado a cerrarlos, estoy segura de que mantenía una imagen vivida de

mí en su corazón, porque si yo hacía el más mínimo movimiento los abría al instante y me miraba con curiosidad, como si quisiera saber si había algo que pudiera hacer por mí. Y fuera adonde fuese, allí iba también él; cada vez que me sentaba él daba un brinco y se sentaba a mi lado, muy cerca, para protegerme, apoyando la cabeza sobre mis rodillas.

Un amor de perro. De todos los perros que he tenido, incluido Coco, él fue al que más quise. Y digo quise, y me refiero a mi amor en pasado, porque está muerto.

Fuit. Amavi.

La muerte de Winkie

Esta historia, como la vida, a medida que avanza, aparece salpicada de tumbas. Da la impresión de que cuanto más se quiere a un perro y más se lo cuida, antes se muere. El perro del lechero, que jamás oye una palabra amable, vive atado a una correa y pasa un hambre tremenda, no se muere; en los cinco años que llevo aquí, un viejo pastor alemán se ha acostado en los lugares más peligrosos y nunca lo han atropellado; el viejo *chien de chasse* del cartero, tan lejos de sus mejores tiempos que apenas es capaz de arrastrarse, sigue con vida. Y Winkie, en cambio, se muere. Winkie, siempre vigilado, protegido, amado y en plena juventud. Precisamente él, de todos los perros esparcidos por el mundo, cae en las garras de la única garrapata, entre los millones de garrapatas que acechan en la hierba y en los arbustos para precipitarse sobre los perros cercanos, que causa la muerte. Así que en esta historia, y en mi vida, hay que añadir otra tumba.

Con todo, pese a la honda tristeza que me causó esta muerte y al tiempo que pasé profundamente abatida, no sentí la peculiar angustia ni el horror que me invadieron cuando murió Woosie. No hubo la crueldad, espantosa por consciente, que había habido en aquella. No es posible indignarse con una garrapata. Al igual que todos nosotros, las garrapatas se afanan por vivir, y habida cuenta de que la naturaleza ha dispuesto que lo hagan aferradas a los perros, ¿qué podemos hacer, salvo tratar de vencer a la naturaleza con inteligencia y tesón? En lo relativo a las garrapatas, mi comprensión y resignación no conocen límite, y después de la lección que me ha tocado aprender, tampoco conocen límite la habilidad y la paciencia con que las busco en los perros que me quedan. Sin rencor aunque también sin piedad, me esmero en encontrarlas con tal devoción que habría que ser una garrapata en extremo inteligente para, llegado el momento, escapar a mis pinzas.

Sin embargo, esto no va a devolverme a Winkie, y es desolador saber que podría haberlo salvado si hubiera sido tan diestra, tan paciente y tan consciente del peligro antes de que muriera como llegué a serlo después. Durante aquellos peligrosos meses de calor, de abril a octubre, no debería haberlos abandonado; pero convencida de que estaban bien porque comían, dormían y jugaban como siempre, y segura de que si Winkie no corría tanto como los demás era porque se trataba de un perro sensato; con aquel calor, convencida, decía, de que todo marchaba tan bien como parecía, los abandoné durante el verano e hice una escapada a Córcega.

La razón por la que yo, que nunca me escapo, lo hiciera en esa ocasión, era que estábamos en agosto, y en agosto cumplo años, y los cumpleaños, tal como había aprendido en Pomerania, tienen suma importancia y no deben pasarse por alto. Tan hondo caló en mí esta enseñanza que no podría olvidarla aunque me lo propusiera. Los años pasan; aun así, cuando llega ese día siento una oleada de entusiasmo, de grandes expectativas, una

necesidad de celebrarlo, un impulso de hacer algo espectacular, porque ese, según insistían en Pomerania no debía olvidarlo jamás, es el día entre los días de la vida de cada uno de nosotros, el día en que es a la vez obligación y privilegio dejarse llevar.

En consecuencia, todos los años miro alrededor con gran atención, en busca de un lugar en el que dejarme llevar. Sin embargo, al cabo de un tiempo son pocos los lugares que resultan apropiados. La dificultad se ve incrementada por el hecho de que estoy sola, sin hijos ni marido que puedan persuadirme para que me conforme con celebrar el día con velas y un bonito pastel. Pasé mi penúltimo cumpleaños, tanto me costó encontrar una actividad festiva que fuera imprudente y respetable a la vez, enfurruñada en la cama. Así, cuando en el último unas amistades jóvenes y apuestas —mujeres, en concreto, aunque en mi opinión la apostura no conoce sexo— me escribieron para invitarme a lo que describían como el lugar más maravilloso del mundo en el que bañarse, la solución a mis problemas me vino como caída del cielo y sin dudarle ni un segundo me dejé llevar hasta Córcega.

Córcega se encuentra a tan solo seis horas de Niza si el mar está calmo —si no lo está, a bastantes más—. Niza se encuentra a tan solo una hora en coche de mi casa, y allí que partí alegremente a reunirme con otras personas de corazón alegre, y me quedé una semana. Cualquiera pensaría que una semana no supone mucho tiempo alejado de los perros y las obligaciones que se puedan tener, pero fue demasiado para Winkie, y cuando regresé no había nada que se pudiera hacer por él.

Aún pensando, en mi total ignorancia, que su extrema languidez se debía al calor, le pedí al veterinario que le diera algún reconstituyente; pero cuando lo vio le miró las encías y los dientes, y con un tono de consternación que me heló la sangre, dijo: *Mais c'est effrayant*.

Y sí, era *effrayant*. Las encías y la lengua de Winkie, que veía en aquella ocasión por primera vez, estaban blancas como la nieve. El veterinario me contó que tenía la enfermedad fatal causada por las garrapatas, la enfermedad más temida en aquella zona, a consecuencia de la cual sus víctimas se desangraban internamente hasta morir. Despacio. Cada día más débiles y frías, con menos fuerzas para tenerse en pie.

§

No quiero dar detalles acerca de la muerte de Winkie. Aún está demasiado reciente.

Ayer, mientras miraba por la ventana el jardín en penumbra y la inusual lluvia golpeaba las hojas amarillentas, me di cuenta de que mis ojos se posaban en el lugar exacto en que habíamos pasado nuestras últimas horas juntos; él, tumbado sobre una silla, con la mirada, que había adoptado un curioso matiz de sensatez y tristeza, clavada en los campos por los que jamás volvería a correr; yo sentada en la hierba a su lado, sosteniendo su fría pata, tan fría por la falta de sangre, mientras esperaba al veterinario, que había de llegar a las seis para administrarle la inyección. Y contando las semanas descubrí que habían pasado diez, y que ayer, ese mismo día diez semanas atrás, había muerto. De modo que aún está muy reciente y no soy capaz de pensar en ello con claridad.

Me consuela saber que le evité el sufrimiento de la última etapa de aquella terrible enfermedad mediante su eliminación y ahora puedo recordarlo como un perro que jamás conoció el dolor de verdad. Siempre, hasta el final, cuando sus ojos adoptaron una extraña expresión de sensatez y tristeza, Winkie fue muy feliz. Jamás nadie lo reprendió. Desde el primer día hasta el último lo único que oyó fueron palabras de ternura y amor. Su corta vida estuvo llena de cuanto un buen perro se merece y su final fue bastante indoloro: solo tuvo

que tumbarse cuando se lo ordené —su último acto de obediencia—, apoyar la cabeza en mi regazo como hacía con tanta frecuencia y por fin el sueño. Sin darse cuenta de nada, el sueño más profundo.

§

He llegado ya al final de mi decimocuarto perro, y con él termina este recuento. Al principio he dicho que he tenido, en total, catorce perros, y tras haber recorrido su breve vida, desde el día que nació en el sofá de mi habitación hasta el día que murió sobre mi regazo, nada más queda por decir.

Aquí están sus desvalidos padres, buscándolo, incapaces de comprender por qué no regresa.

Todas las mañanas, durante los días que siguieron a su muerte, no bien los dejaba salir se subían a su taburete del jardín, desde el que tenían una buena panorámica de los distintos caminos por los que les parecía probable que volviera a casa. En él aguardaban pacientemente durante horas, Knobbie mirando hacia un lado y Chunkie hacia el otro, sin que siquiera la comida sirviera como reclamo para hacerlos bajar.

Y en la página siguiente, poco después, aparece Chunkie a solas conmigo, como permanecemos durante tres semanas, porque Knobbie, por desgracia justo en el momento en que más se necesitaban el uno al otro, tuvo que marcharse para una de sus visitas bianuales a casa del amigo que en esos días la mantiene salvo de las atenciones de Chunkie.



En la fotografía se observa que Chunkie se siente de nuevo alegre. Al principio, cuando Knobbie también lo abandonó, se mostró hondamente deprimido y desconcertado, y para consolarlo de todos sus padecimientos lo llevaba todas las tardes hasta la playa, pues le encanta bañarse y cavar hoyos en la arena. Tras unos días de tratamiento observé con gran placer que recuperaba la actitud de «¡adelante las hachas!» que tanto he admirado en él.

No cabe duda de que Chunkie, sea yo lo que sea, es *resolut*. Ante cualquier revés se muestra dispuesto a afrontar cuanto antes la vida con la actitud adecuada.

¿Y cuál es la actitud adecuada?
La de Chunkie, creo yo: mantener el ánimo en alto y agitar el rabo con brío hasta el final.



Perro listo y sensato, aprovecha al máximo lo que tiene en lugar de lamentarse por lo que no tiene. Cavilando entre las rocas durante aquellas tardes junto al mar se me ocurrió que sería deplorable que yo mostrara menos sensatez, menos entereza y menos oposición a sucumbir ante los infortunios que Chunkie.

Y así fue.

Notas

¹ Se hace referencia a Bidad de Suaj, o el sujita, en inglés *the Shuhite*, que se pronuncia igual que *shoe height*, de la altura de un zapato. (N. de la T.)<<